

EL EDÉN VENCIDO

JUAN CARLOS GUARDELA VÁSQUEZ



UNIMETA

• Fundada en 1965 •

EL EDÉN VENCIDO

JUAN CARLOS GUARDELA VÁSQUEZ



El edén vencido

Juan Carlos Guardela Vásquez

Corporación Universitaria del Meta - UNIMETA

ISBN: 978-958-8004-59-4

Presidenta Sala General

Nancy Espinel Riveros

Rectora

Leonor Mojica Sánchez

Vicerrectora Académica y de Investigaciones

Luz Elena Malagón Castro

Vicerrectora de Posgrados y Educación Continuada

Claudia Lucía Mojica Sánchez

Vicerrector Administrativo y de Calidad

Manuel Humberto Paérez Baquero

Secretario General (e)

Fernando Alonso Rozo Ortíz

Editora

Cárol Castaño Trujillo

Diseño y diagramación

Juan Manuel Bernate Martínez

Fotografías páginas 92 - 148

Corporación Universitaria del Meta - UNIMETA

Carrera 32 No. 34B-26, Campus San Fernando

Villavicencio, Meta (- Colombia)

Teléfono: (57-8) 662 1825 Ext. 130

Fax: 662 1827

Febrero 2020

Villavicencio, Meta, Colombia

www.unimeta.edu.co

Guardela Vásquez Juan Carlos.

El edén vencido / Juan Carlos Guardela Vásquez. Villavicencio: Editorial
Corporación Universitaria del Meta, 2020.

180 páginas: ilustrado

Incluye referencias bibliográficas

ISBN: 978-958-8004-59-4

1. Crónica. 2. Entrevista. 3. Opinión. 4. Juan Carlos Guardela

CDD 070.44

BIBLIOTECA UNIMETA

Contenido

El cuento bien contado	13
CRÓNICAS	15
El duelo	17
La mujer del bolso blanco	23
Un viaje a la indolencia	27
Los mochos de Ralito	39
El edén vencido	47
Tabaco	57
¿Fue Rafael Núñez envenenado?	63
La parábola de El Toto	77
Frenesí por el meneo	83
CRÍTICA	93
Respuesta a Andrés Oppenheimer	95
Profesores que no leen	101
El resto es baile	105
Las brujas están vivas	113
OPINIÓN	119
El cuidador de huesos	121
El reino de la tienda	125
Origen y hervor de la plebedad	129
La sombra es cosa seria	133
Docencia para después de la guerra	137
Volver a ser héroes	139
Volver al amor	143
El poder de los corruptos	145
Los caudillos son semidioses	147
ENTREVISTAS	149
«El habla popular está siendo usufructuada por el poder»	151
Winston Morales: «En la poesía hay muchos poetas de Fórmulas»	157
«En últimas, escribimos para Dios»: Gustavo Arango	163
«Hay que desmitificarlo»: El octavo de los hermanos	169

A Elsa Vásquez, por la memoria del baile.

A Luis Arturo, Maritza Ester, Mirtha del Amparo, Pedro José y Mercedes Rocío.

A Carlos Manuel, Nadia Alejandra, Julieta y a Martina.

El cuento bien contado

No son buenos estos tiempos que corren para que sigan apareciendo los verdaderos cronistas de prensa. Tal vez a eso se deba que cada día sean más escasos.

Para no darle más vueltas al asunto, lo que quiero decir es que, en esta época de tecnologías frenéticas, de redes sociales y de lenguaje abreviado, lo que abunda por donde uno mete la vista es el laconismo, el mensaje resumido, las abreviaturas. La brevedad se volvió forzosa. Imperiosa.

Por eso a mí me causa admiración y me renueva el entusiasmo cuando veo que surgen casos como el de Juan Carlos Guardela, que mantiene viva y latente la vigencia de la crónica, que publica libros, que escribe para revistas y periódicos, que dirige documentales. Debo decir, que, viéndolo en acción, incansable, me alegra recordar aquella vieja sentencia de los clásicos españoles del siglo de oro: todavía hay luz en la poterna y guardián en la heredad.

Si algo tiene que ver el destino en el futuro de un hombre, habría que aceptar que Guardela estaba condenado a ser un narrador. Nació en San Juan Nepomuceno, en el corazón mismo del departamento de Bolívar, allí donde se encuentran en un abrazo la montaña y la sabana espléndida, tierra de cantores y cuenteros, de leyendas y de versos.

Repasando estas crónicas, volviendo a leerlas, me complace comprobar una vez más lo que he pregonado a lo largo de medio siglo de trabajo como cronista: la base fundamental del periodismo, naturalmente, es la ética. La verdad por encima de todo. Pero a su lado, tomadas de la mano, camina la estética.

La verdad rigurosa y severa no riñe con la gracia y la donosura del lenguaje. Por el contrario: se complementan.

Por eso es por lo que, ahora, al escribir estas pocas palabras de congratulación con Guardela, puedo repetir mi consigna eterna: el periodismo auténtico consiste en contar el cuento bien contado. Es decir: la verdad bien dicha. Es decir: ética más estética juntas.

Ustedes mismos podrán comprobarlo apenas empiecen a leer el libro que ahora tienen en sus manos.

Juan Gossáin

ONCI
BY

ROAD
VOIA

Unidos

2.
9.
1.

ALLEN



Pro



CRÓNICAS

El duelo

Publicada en El Espectador, 19 Nov 2018.

Llegamos a San Pedro Frío en mula y a las seis de la tarde. Fue como si una ballena —con animales y todo— nos hubiera engullido en La Punta —un chiquirritico paso de viajeros de la Serranía de San Lucas— y luego de seis horas de batucarnos en sus entrañas, nos arrojara —de una— en la cumbre.



San Pedro Frío en el Sur de Bolívar/Foto: Autor

Estaba oscuro. Exhaustos y empapados bajamos de las mulas. Nos recibieron varios mineros. Arriba, La Teta, el punto más alto de la Serranía de San Lucas, nos recibió con relámpagos.

Hoy aún es un terreno plagado de minas antipersonales dejadas por el ELN para resguardarla de las multinacionales y de gente que quiere usufructuarlas. Nadie se atreve a caminar sus senderos. No es un secreto que solo esa guerrilla tendrá que hacer la labor de desminado y es uno de los temas de un eventual proceso de paz: la inmensa reserva aurífera del país. En el mundo una mina es considerada rentable cuando produce 20 gramos de oro por tonelada, en La Teta se han registrado más de 900.

En la zona hay al menos cuatro yacimientos inmensos. Se cree que cada uno supera los diez millones de onzas troy (una onza troy equivale a 31,1 gramos). El asunto es hallarlos dentro del barrial y la entraña pegajosa de las minas. Por eso la Serranía de San Lucas es uno de los yacimientos auríferos más importantes del mundo.

San Pedro Frío es una meseta friolenta de escombros aplanchados a lo largo de décadas de minería. A los lados hay casuchas de tablas (o tambos) de dos pisos que son fondas algo estropeadas. Nos acostamos en camas de tablas con cobijas. Arriba sonó durante toda la noche la mudez movediza de la selva. La zona estuvo dominada por guerrilla y paramilitares de manera sucesiva desde 1994 hasta 2006. Ese tiempo hubo enfrentamientos entre los dos bandos, pero también un *forfait* que no era por respeto ni miedo, sino por controlar el paso de insumos para procesamiento de droga, así como el *gramaje*, un impuesto al transporte de coca y oro.

Desde las veredas cercanas a Simití hasta La Punta de San Lucas hay todavía avisos de las AUC en casas calcinadas y en ruinas con perforaciones de bala. Desde La Punta hasta San Pedro los grafitis en cambio son de las FARC.

Pero todo el camino está plagado de minas de oro, legales e ilegales. A mediados de los 70 en Simití se libró una guerra entre gUAQUEROS del interior y mineros de la Costa. La pugna cobró cientos de víctimas. Aún se hallan restos humanos en «Caño de Muerto», un arroyo de aguas contaminadas de mercurio en donde tiraban los cadáveres. Cachacos y costeños se mataban a machete por huecos en la tierra y los muertos quedaban tirados en cualquier sendero sin dolientes y sin enterrar.

El ELN llegó un lustro después para solucionar este problema a la fuerza. Cobró impuestos a todos y así controló el negocio. También destruyó buena parte de la infraestructura. Derribió torres de energía, tumbó puentes y atacó a la fuerza pública. En menos de dos años el ELN creó nueve frentes.

En 1995 llegaron los paramilitares del Bloque Central Bolívar y cercaron al ELN ayudados por hombres del Bloque Norte en Aguachica y por el sur con hombres de «El Águila» y de Víctor Carranza. Entre 1996 y 1997 se apoderaron de la zona. Realizaron masacres en San Pablo, a pocas cuerdas de la estación de Policía; en Morales, Micoahumao, Tiquisio, San Lucas y Montecristo.

El crimen que selló ese triunfo fue el del minero Juan Camacho, al que le cortaron la cabeza, jugaron fútbol con ella y la enterraron en una estaca mirando hacia la Serranía, simbolizando que para allá irían. En aquella época Carlos Castaño en una entrevista en televisión dijo que su sueño era colgar

una hamaca en La Teta, sueño que nunca realizó. Luego vino una arremetida de las Farc y el ELN con la que retomaron la zona de San Pedro Frío, sitio que es emblemático pues en esas laderas falleció en 1998 el cura Manuel Pérez y a pocos metros de la población estuvo durante años su tumba.

Hasta el sol de hoy en total han sido más de 17.000 los desplazados de esas tierras.

Temprano y ya despejado, hablé con mineros. Se burlaron del cansancio que aún tenía, lo que me hizo pensar que era bienvenido.

En el comedor uno de ellos, Marco Tulio Aguas, «Malquiño», fuma después de comer pescado y como si me hubiera conocido desde hace siglos, me preguntó:

--¿Usted conoce la historia del duelo de por acá? ¿No? Pues es la mejor de las historias. No se puede ir de aquí sin oírla.

«Hace años, temprano salieron dos amigos a buscar minas. Siempre andaban juntos. El uno era barranquillero y el otro de por acá. Estaban cansados pues por mucho tiempo trabajaron para otros en otras minas. A pesar de haber perforado por todos lados, nunca hallaron media mina. Resultó que en una de esas les cogió la noche y durmieron en una mina ya sellada y en la que se había agotado su mineral. Se durmieron, pero en la madrugada los despertó un ruido de goteo de agua sobre metal al fondo de dicho socavón. Esperaron a que amaneciera. Bajaron y la sorpresa fue que en uno de los zanjones estaba la entrada a una cueva. Y allí hallaron la guaca. No de los “paras” ni de la guerrilla, sino de los tiempos de la Colonia, o quién sabe de dónde. Allí había oro y plata trabajado de los tiempos en que un esclavo de la española Juana Martínez, de Cartagena, halló una bola de oro de casi un kilo.

Había collares, escudos de oro, morrocotas con sellos raros, cubiertos de plata, aguamaniles, copas, monedas de todos los tamaños, candelabros, sortijas, espejos de plata de misterioso reflejo, enredaderas de oro, manillas, peinetas, bastones y un montón de cosas. Ninguna barata. Llegaron a pie con unos sacos llenos. Saltaban de alegría. Dejaron el tesoro en mitad del pueblo para que todos vieran. La gente salió de las minas a ver y quedó asombrada por la cantidad de piezas de oro y plata. Antes del mediodía volvieron a subir. Esta vez llevaron unas mulas. Trajeron sus lomos llenos de objetos de la guaca e hicieron tres viajes más. A las 3 p.m. bajaron con los últimos objetos. A esa hora los guerrilleros habían bajado a ver lo que pasaba y dijeron a todos los mine-

ros reunidos en la plaza que el oro en efecto pertenecía a quienes lo habían hallado. Así que repartieron licor a todos y festejaron. La gente dejó abiertas las puertas de sus cambuches tal como ocurre cuando pasan las malas horas.

Muchos discutieron que no se trataba de objetos de la Colonia sino de los años 50 y 60, décadas en que grupos de alemanes exploraron la zona y dejaron tuberías y caminos listos para extraer el metal. Y que por alguna razón desistieron de la idea dejando guacas en distintos sitios y jamás volvieron. Un oro perdido. A las 5 p.m. los dos amigos estaban sudados por el alcohol y por el esfuerzo de calcular el precio de los objetos. La Providencia les había premiado. A las 7 p.m. estaban borrachos y habían fiado más licor en las tiendas. A las 8 p.m. empezaron a hacer planes. Hablaron de viajes y de comprar cosas. De pronto, algo que venía entre las bolsas ya no estaba. Era una daga antigua, la habían mirado a la luz del mediodía, la habían manoseado con regocijo, pero ahora se había extraviado. A las 8:30 p.m. empezaron a discutir embriagados, se reclamaban la daga antigua. Ambos se gritaron al tiempo: "¡Ladrón!" Pasaron de ser amigos a ofensores. Nadie se metió en la discusión. Hubo un silencio atroz. Salió gente de donde menos se pensó. Fue todo un espectáculo.

Se fueron a los madrazos. Se empujaron. Se maldijeron. Se olvidaron de que eran amigos para todo. Como no tenían familias en la zona no pudieron ser apartados. Una o dos veces una voz salió de la multitud tratando de aplacarlos, pero nada. Cada uno fue a su cambuche acompañado de gentío. Cada uno sacó un machete y regresó con la ira agrandada. Los machetes como que fueron afilados durante semanas porque todo pasó muy rápido. Ambos parecían bailar. Ambos sacaban el cuerpo. Los machetes zumbaban. Al mismo tiempo se dieron, en los cuellos, tajos profundos.

Y listo.

Quedaron en la tierra desangrándose con sus gargantas destazadas. Movían las manos. Mientras morían ambos trataban de decir algo. Lo que se oyó fueron solo ronquidos saliendo de sus fondos.

Eso fue enseguida que bajó un frente entero de la guerrilla, dizque a ordenar las cosas. Los guerrilleros recogieron todo el caudal en silencio. Luego dieron órdenes y dinero a la gente para que ambos muerticos fueran enterrados con el debido respeto. Es posible que dicha pelea se haya formado en la cabeza de cada uno mucho tiempo atrás, mucho antes de los machetazos.

Fue así. Pero la daga estaba allí, entre las bolsas y llena de barro. No buscaron lo suficiente. Se la quedó la guerrilla».

Me sorprende la sabiduría de «Malquiño»; cuando termina la narración mira a la Serranía de San Lucas, abstraído y tal.

Acaso todo surgió en sus mentes por un viejo suceso entre ellos que interpretaron como ofensa. Constató así que la violencia es un reproche guardado mucho tiempo, como una prenda sangrienta.

Bajé de San Pedro Frío batuqueado de nuevo en la barriga de la ballena. Llegué resfriado a Santa Rosa del Sur de Bolívar.

Hoy ya pueden subir las Toyotas hasta el mismo San Pedro Frío, no hay que coger mulas y la zona está despejada por el incansable trabajo de los mineros para tener mejores vías y para que se respeten los Derechos Humanos. Hasta un gobernador de Bolívar hace unos años pudo visitar la zona.

Algún día se contarán las historias enterradas en la montaña. Hoy surgen bandas delincuenciales de hombres que estuvieron en los grupos enfrentados. Aún se siembra coca y aún un dolor de muela en esos territorios es un problema ontológico. Aún se compra el pan de a diario y la liga para el almuerzo con una pepita. Aún se saca el oro moliendo el barro con mercurio. Aún se escuchan en las cantinas las canciones de Uriel Henao describiendo la guerra. Aún esta gente espera.

Regresé con la convicción de que en los corazones de esas montañas hay un viaje al centro de la tragedia. Allí te das cuenta de que la vida que mereciera la pena vivirse está enterrada a cientos de metros, bajo la ambición desmedida de los hombres.

La mujer del bolso blanco

Publicada en El Espectador, 22 de septiembre de 2018.



Es la primera vez que escribo sobre el incidente. Fue en Barranquilla, en la carrera 54 con calle 53. Fue un octubre.

Hay una panadería, estoy en la terraza donde un perro negro mira lejos. Varios muchachos, espigados adolescentes con uniformes, toman gaseosas, chancean con alboroto. Hace calor. Al frente hay un banco con sus avisos y gente entrando y saliendo, gente con diligencias. En su parqueadero hay una camioneta Ford Explorer, blanca, resplandeciente.

De repente, con velocidad impactante, una nube negra ciñó el cielo de la ciudad. Una brisa helada espantó a todos y enseguida fue una sábana de agua. Mucha gente de la calle entró al banco para protegerse. Quienes estábamos en la terraza de la panadería tuvimos que meternos, incluso el perro.

Se vino esa forma fiera de precipitación que solo se ve en esta parte del mundo. Tenía tal intensidad que empezó a llover de forma horizontal. El agua llegó hasta adentro de la panadería mojando los exhibidores, la caja, las mesas vacías. —Ahora empieza lo bueno— dijo el señor que atendía la panadería señalando hacia afuera. Nunca me imaginé la naturaleza de lo que él llamó «bueno».

Afuera el agua aumentó su caudal en cosa de segundos y la calle se volvió un arroyo que se desbordó trepando la terraza. Debe de haber un nombre para endilgarle a una calle cuando se vuelve arroyo emputecido.

Lo peor, en verdad —lo surreal, diría—, es el vozarrón de animal amenazante que trae el arroyo. Para ser bestial la cosa, falta muy poco.

De un momento a otro los muchachos están ya en calzoncillos. Gritan. De inmediato están, como si nada, metidos en el torrente hediondo. Bracean. El señor de la panadería les advierte desde adentro que tengan cuidado, que ese arroyo no es para juegos. En verdad es un madrazo de agua, pero los muchachos siguen como si nada, boxean metidos en la corriente.

Acto seguido, una mujer robusta y rubia, de pelo eternizado por el fijador y de unos cuarenta años salió del banco con un bolso blanco. Al parecer tenía prisa.

Una de las grandes desventajas de la prisa es que lleva demasiado tiempo, dijo, no me acuerdo en dónde, el señor Chesterton.

La señora se cubre el peinado con su bolso blanco. Se metió en la camioneta Explorer blanca. Sonó la alarma. Se escuchó su motor encendido. A pesar de la cortina espesa de agua vi su rostro.

Me miró. Miró al grupo de muchachos. Vi algo de ira en su cara. Vi el exosto formando en el aire una nube oronda. Varias personas salen del banco y le hacen señales. La mujer dijo algo. Miró a un lado y otro del arroyo y se dispuso a cruzarlo.

Todos vemos la osadía de la mujer en su auto. Por alguna razón el perro salió a la terraza de la panadería y ladró hacia el arroyo de manera constante.

La mujer llevó la camioneta hasta la mitad del arroyo. Se apagó.

El señor dependiente de la panadería salió a la terraza y gritó: — ¡Salga de allí! ¡No haga eso! —.

La mujer se mostró segura, maniobró el timón, pero no funcionó.

Grupos de hombres se formaron a ambos lados. Vi por un instante la altivez de la mujer de pelo eternizado por el fijador. Pareció no escuchar las advertencias.

Un palo saltó del torrente y golpeó con ímpetu el parabrisas. Un relámpago se vio, rojo, en el horizonte y luego el estrépito hizo que el perro se callara.

La camioneta empezó a hundirse. Una estela de humo se extendió. El agua ganó la cabina. Empapada, aún sin mojarse el cabello, trató de abrir la puerta, pero fue imposible, solo bajó los vidrios. Gritó algo.

Ahora hay espanto en su rostro. Tiene el bolso blanco levantado para que no se empape. De repente, la camioneta es arrastrada varios metros por la corriente. Se levantan hacia la camioneta fragmentos de innumerables cosas: palos, bolsas negras, botellas. Es una espesa eclosión de basuras.

De alguna parte salió una cabuya y los muchachos se encadenaron agarrándose de los brazos. El último de ellos lanzó la soga, pero fue imposible. Está lejos. La recogen y mientras lo hacen la camioneta es arrastrada de nuevo.

Salieron otros hombres sin camisa a ayudar. Traté de entrar a la cadena humana. Al meter los pies en la corriente sentí trancazos lastimándolos.

Entre todos hicimos una cadena que culminó en los tres muchachos y en la soga. El perro inició su ladrido interminable.

Uno de los hombres le gritó a la señora que por favor saliera. Pero esta no se dejó mojar el cabello. El bolso osciló por la fuerza del agua queriendo arrancarlo de su mano derecha.

Por fin la soga logró caer al interior.

—¡Señora, agarre la cabuya! —gritaron todos al tiempo.

Se demoró. No hizo nada. Sólo agarró su bolso con empeño.

De algún lado salió otra cabuya. Amarraron las dos para llegar hasta la camioneta. El cascarón de un televisor pasó flotando con una velocidad desmedida. Esta vez llegó hasta la puerta de la camioneta uno de los muchachos, el más espigado. Luchando con la fuerza del torrente, el joven le extendió la mano, pero la señora no hizo nada. Era solo extender la mano para agarrarse del brazo del joven. La señora prefirió agarrar su bolso.

El intento se repitió cuatro veces, o cinco. Durante ese tiempo, al lado del rugido del torrente y de los gritos, se escuchó el ladrido incesante del perro.

La mujer prefirió quedarse en su camioneta. Varios segundos después fue arrastrada a un sitio más hondo. Solo se veía el techo.

Después fue engullida en medio de una movilidad espantosa, fue como si una mano energúmena la hundiera en el cieno.

Los noticieros dijeron que a la mujer se le declaró desaparecida. El cuerpo de bomberos y las autoridades hallaron a la camioneta y en su interior estaban todas sus pertenencias, incluyendo (claro) su bolso con una gruesa suma de dinero. La imaginé en algún sitio extraviado en el horizonte de sumideros con su peinado intacto, pero con sus ojos apagados.

Supongo que una razón más profunda que el miedo le obligó a dar prioridad a la codicia que a la autodefensa, al extremo de dañarse por no confiar en los otros.

Un viaje a la indolencia¹

1. Afuera

Las imágenes de la escena fueron filmadas con una cámara casera; las tomas están saturadas de luz, tienen un amarillo intenso que, ligado a la oscuridad del sitio, le dan un toque de ultratumba. Al fondo hay voces y murmullos. La cámara se mueve constantemente, pero logra enfocar muchas cosas. Se ve que una ambulancia parquea frente a la vieja reja de la entrada. Hay un corte. De nuevo voces, esta vez de mujeres detrás de las rejas. Ruidos. Es difícil saber que se trata de la entrada del hospital San Pablo en Cartagena, pues parece una especie de garaje olvidado o en reparación.

Dos hombres con guantes —uno de ellos vestido de blanco— bajan algo. Se puede ir identificando que lo que parece un objeto es en realidad una mujer, y que el armazón de varillas, esa especie de carrito de supermercado viejo encima del cual han colocado cartones, es una camilla con cuerina color café. El cuerpo de la mujer semeja un manojito o una saliente, pero puede apreciarse su rostro y parece el de una mujer de 90 años. Sus extremidades llaman la atención: son desmedidas. Los hombres depositan a la mujer sobre unos cartones encima de una especie de andén al lado de la reja cerrada.

Se escucha la voz entrecortada de uno de los hombres:

—No me la reciben en ninguna parte.

Unos instantes después se oye a la mujer:

—Que se haga la voluntad de Dios. Déjame, déjame aquí, que ellos tienen que atenderme algún día, aquí no me van a dejar tirada...

Luego dice que tiene ardor en el estómago y da señales de intenso dolor. Hay un corte. Luego la mujer sigue hablando, pero no se entiende. La cámara se queda enfocándola, los hombres salen del cuadro y el rostro de la mujer ocupa toda la toma. Hay un desenfoque. Una luz amarilla ilumina lo que es su rostro.

Ella pone una mano sobre la pared. Se oyen otra vez voces.

Una sombra venida del fondo se traga a la mujer. La toma se oscurece.

¹ Crónica publicada en la revista El Malpensante, diciembre 16 de 2003-febrero 1 de 2004. Esta versión fue finalista en el Premio Internacional de Periodismo CEMEX y la Fundación Garbo. Antologada en «Lo mejor del periodismo de América Latina» con prólogo de Tomás Eloy Martínez, México, Fondo de Cultura Económica y FNPI, 2006.

Estas imágenes, sin mayores explicaciones, serán emitidas por los noticieros nacionales de televisión. En ellas se culpará a una sola persona: el hombre vestido de blanco, el que aparece al lado de la mujer en el video borroso. Este hombre escuchará durante días las declaraciones de autoridades, ministros, gerentes, superintendentes, defensores de derechos humanos. Los escuchará sentado en la soledad de su casa viendo rostros indignados, enfurecidos y acusadores por la televisión.

Me mostraron como un monstruo, como un tipo sin consideración, pero nadie se tomó la molestia de averiguar qué había pasado.

El hombre de blanco en el video es Marlon Ahumada, un cartagenero de 37 años, conductor de la ambulancia que aparece en la cinta, y quien ahora toma café frente a mí. Es fornido y de estatura mediana, tiene un corte de pelo ralo, como militar, y sus ojos siempre están enrojecidos por un imparable pterigio. Su labio superior se mueve cuando habla, y el tic parece acentuarse cuando charla porque Ahumada es algo locuaz. Su joven mujer, Claudia Apreso, una rubia enérgica y delgada, ha dejado de hacer oficio al fondo de la casa y ha encendido el televisor de la sala en busca de canales internacionales. Ocurre una coincidencia significativa: el canal que sintoniza está emitiendo un programa de paramédicos y ambulancias. Se ve toda la parafernalia de las urgencias en una ciudad de Estados Unidos.

—Hay muchas cosas que no se ven en el video —dice Ahumada mientras mira el canal.

El incidente ocurrió el 17 de octubre del 2001 y, a pesar de lo impactante de las imágenes, estas se emitieron solo tres meses después, como primicia, por el Canal 8 de Cartagena. Es más, se supo que alguien había tratado de sacar provecho económico de la cinta de video, pero no pudo. Solo a fines de enero de 2002 se conoció la intervención de las autoridades.

Claudia me dice que días antes del 17 de octubre había tenido un sueño inquietante: en él veía numerosos platos de comida. Al despertar le dijo a su esposo: «Miércoles, hijo, vamos a pasar una escasez tremenda».

El martes 16 de octubre de 2001 había llovido todo el día. Marlon Ahumada llegó a la Central de Atención en Salud del Nuevo Bosque a las dos de la tarde. La Central es un sitio pequeño, una especie de centro de salud con patio, y era el sitio de trabajo de Ahumada desde hacía dos años. En esta entidad conducía una «móvil», como le dice a la ambulancia de la entidad prestadora de salud ESE Cartagena de Indias, responsable de una especie de 911 —el número de urgencias paramédicas en Estados Unidos— para toda la ciudad y sus corregimientos.

Con el fin de convertirse en conductor de ambulancias, Marlon Ahumada pasó varias pruebas y cursos. Pero como era experto en el manejo de camiones, no tuvo muchos problemas para conseguir el puesto.

Ahumada —padre de seis hijos, tres de ellos varones— trabajaba solitario cada noche atendiendo casos delicados, pacientes entre la vida y la muerte, y tenía que entrar a barrios de difícil acceso. Pero lo que realizaba básicamente eran traslados de un centro hospitalario a otro.

La móvil es un furgón al que le han puesto vidrios polarizados a los lados, un pequeño extractor de aire y una luz tenue en su interior. Esta ambulancia no es como las que están apareciendo en la televisión de Ahumada; carece de medicamentos y de desfibrilador (esos aparatos que sueltan estallidos eléctricos para resucitar) y de los artefactos de los equipos paramédicos. Lo que sí tiene es un tanque de oxígeno y la camilla plegable («ecualizable», le dice Ahumada).

El asunto empezó cuando Bartolo Alvarado, el conductor de la móvil durante el turno de la mañana, fue llamado por radio desde la estación de la Cruz Roja, una central de operaciones de la ciudad ubicada en el barrio España. En ese momento el operador le informó que, en el corregimiento de Pasacaballos, a pocos minutos de Cartagena, después de la zona industrial de Mamonal, había una paciente en estado crítico. A través de un camino sinuoso, pues se realizaban arreglos en un tramo de ocho kilómetros, Alvarado llegó al puesto de salud y con solo ver el rostro de la mujer supo de qué se trataba: una paciente con deshidratación aguda a causa del VIH. La mujer era Carmen Helena Ruiz. Una familia del pueblo le había dado albergue por unos días en un cambuche construido en el patio. Allí durmió y recibió alimentos hasta cuando su estado de salud se complicó por una diarrea intensa. Algunos vecinos decidieron llevarla al centro de salud en una especie de carretilla, donde habitualmente los lugareños transportan escombros.

Al pie de la mujer estaba Rosa Bermúdez, una auxiliar de enfermería:

—Está descompensada y además es una vinculada—dijo Rosa.

En el sistema de salud se utiliza el eufemismo «vinculado» para designar a quien está en realidad desvinculado de todo el sistema de salud y no puede recibir ninguna atención médica. No había pañales desechables, así que con bolsas y con esparadrapos improvisaron una especie de taparrabos para tratar de detener las secreciones de Carmen Helena.

Alvarado informó a la central de radio que trasladarían a la paciente a otro centro asistencial en donde pudiera recibir atención adecuada. Allí comenzaron las complicaciones. El Hospital Universitario de Cartagena, el único de tercer nivel en la región, llevaba cerrado más de un mes. Las urgencias la estaba atendiendo el San Pablo, que antes era un centro con especialidad en enfermos mentales y pneumopatías, pero que, en ese momento, después de unas reparaciones locativas, trataba de ampliar la gama de sus servicios.

Llegaron al hospital San Pablo, y en la puerta de urgencias les dijeron que no podían atender a la enferma, así que Alvarado y Bermúdez tuvieron que devolver a la paciente al puesto de salud de Pasacaballos.

A las dos de la tarde Marlon Ahumada recibió su turno y Alvarado le informó sobre la situación de la enferma terminal. Cuando Ahumada se comunicó con la central de la Cruz Roja, le dijeron que debía buscar a la paciente porque ahora sí estaban seguros de que le iban a prestar atención. Allí, ayudado por Rosa Bermúdez, Ahumada subió a la paciente a la ambulancia. Bermúdez decidió acompañarlo para hacer los trámites de ingreso. En el camino, Bermúdez dio datos breves sobre la enferma: es una paciente terminal, los vecinos no saben qué hacer con ella, tiene familiares en Buga, tiene hijos que no conoce, un amigo suyo la había llevado a Pasacaballos hacía un tiempo.

En la entrada de urgencias del hospital San Pablo en el barrio Zaragocilla, Ahumada y Bermúdez bajaron de la ambulancia con la orden remisoria, pero el vigilante dejó entrar solo a Rosa Bermúdez y a la paciente. A Marlon lo detuvo. El vigilante cerró la reja de la entrada y, mirando a Marlon a los ojos, le dijo:

—Esa enfermera solo sale de aquí con la paciente.

—¿Y eso? —replicó Ahumada.

—Esa paciente no se puede atender aquí.

Rosa Bermúdez se quedó adentro con Carmen Helena y pudo ver que en cada rincón había pacientes de urgencias que se quejaban, algunos estaban en el piso y había heridos. Rosa sintió el olor a medicamento esparcido y ese tenue aire de angustia de los hospitales. Notó cerca de 50 personas apretujadas en un espacio muy reducido. No se sabe qué logró hablar con los médicos, pero cuando trató de salir el vigilante la detuvo y la regañó:

—Usted no sale de aquí sin la paciente.

—Pero si ella necesita ayuda —respondió.

—Ya le dije que usted no sale de aquí si no es con ella.

Afuera Ahumada veía lo que pasaba. Un hombre mediano, algo obeso, se le acercó a Bermúdez. Su bata mostraba algunas manchas de sangre, tenía guantes y sudaba.

—Esa paciente no puede entrar aquí. Está en fase terminal y es imposible atenderla —le dijo a Bermúdez.

Nadie le explicó a Marlon que ese hombre era el médico, pero él lo dedujo. El médico señaló con su mano enguantada el panorama de pacientes en el poco espacio.

—¡Mire! Cualquiera podría contaminarse.

—Entonces ¿cómo hago con esta paciente? —dijo Ahumada al otro lado de las rejas.

—No sé. Pero aquí no se puede quedar —respondió el médico desde adentro.

—Le dije que no sabía adónde llevarla —me asegura Ahumada, mientras conversamos en su casa—, que la paciente era indigente y que el Universitario estaba cerrado y que la institución obligada a cumplir el plan de contingencia era el hospital San Pablo, pues había hecho una contratación con el Departamento de Salud Distrital, pero nada. Salió la jefa de turno, Mary Castillo, una señora gordita y con cabello rubio, y me dijo lo mismo. Que no podía quedarse.

Ahumada y Bermúdez decidieron devolverse a Pasacaballos con la paciente. En el camino, Ahumada informó por radio sobre la situación al controlador de la Central de la Cruz Roja.

Esta vez la llevaron a la casa donde estuvo alojada, pero al llegar vieron con asombro que la gente estaba aglomerada en la calle. Comenzaron a dar vueltas en torno a la ambulancia y miraban por los vidrios a la enferma. Más de uno tenía el ceño fruncido. Del gentío salió una voz: «Esa mujer no debe quedarse aquí, deben evitar una contaminación en el pueblo. Aquí nadie está preparado para eso». Decidieron, entonces, llevarla al puesto de salud hasta el día siguiente. Allí consiguieron una camilla, en donde Carmen Helena logró dormir unas horas.

—El 17 de octubre a las dos de la tarde llamaron otra vez a mi compañero Bartolo Alvarado para el traslado de la paciente. En Pasacaballos la licenciada Rosa Bermúdez le dijo que había hablado con un funcionario del DADIS (Departamento Administrativo Distrital de Salud), de nombre Otto Durán, quien le aseguró que la paciente podía ya ir al San Pablo, que la recibirían sin ningún problema.

En vista de eso, Alvarado se trasladó hasta el San Pablo. Allí el vigilante le dijo de nuevo:

—Esa paciente no la recibimos.

Molesto, Bartolo se desplazó con la paciente a la Clínica Central y a la Clínica Club de Leones. En la Central, entidad dueña del sistema de ambulancias, el médico le dijo que ya no había contrato con el DADIS, y en el Club de Leones que no podían recibirla por tratarse de una paciente terminal.

Bartolo volvió al San Pablo. De nuevo le dijeron que no podían atenderla. A la entrada estaba Óscar Filadelfo Palomino, un lavador de carros que vio la escena varias veces en esos dos días y se acercó a la puerta abierta de la ambulancia. Miró un momento a la mujer y le regaló una bolsita de agua.

Cuando regresaron a Pasacaballos, un cordón humano les impidió llegar al centro del pueblo, y un hombre, al parecer el líder, se les acercó con amenazas: si dejaban a la enferma en el centro de salud, apedrearían la ambulancia. En ese momento Carmen Helena comenzó a quejarse del dolor y empezó a llorar, después de veinte horas de diarrea imparable. Rosa Bermúdez se las ingenió y logró ponerle con bolsas de basura otro taparrabos mientras el gentío alrededor aumentaba. Horas más tarde Marlon Ahumada tomó su turno y lo primero que hizo fue prometerle a Carmen Helena:

—¡Te van a recibir en algún sitio, tienen que atenderte!

—Yo pensaba en lo que pensaba ella —me sigue diciendo Marlon—. Me partía el alma ver cómo una persona podía quedar en ese estado por el desorden de su vida, pero lo que me molestaba era el desdén. En ninguno de los centros adonde llegaba esa muchacha ningún médico se acercaba a verla, siempre había otros asuntos más importantes... A cada rato ella me pedía agua. Compré varias bolsas y se las iba dando. Era lo único que podía hacer. Yo me protegía de sus secreciones, pero estas caían en el piso de la ambulancia... Llegué al San Pablo nuevamente y me bajé con la remisión. A esas alturas una aficionada con una cámara de televisión me estaba buscando. Alguien le había dicho lo que estaba pasando, pero no pudo verme porque ella estaba dentro de la sala de urgencias. Afuera el personal de turno volvió a decirme: «Esa paciente aquí no entra». Salió el médico gordito y dijo: «Esta paciente aquí no entra». Apareció Mary Castillo, la jefa, y dijo: «No puede entrar porque es una paciente terminal y aquí no se puede tratar». La mujer levantó la mano al aire y me dijo: «¡Entienda!»». Nos fuimos a las palabras. Les dije que tuvieran sensibilidad, porque eso le podía ocurrir a un familiar de ellos. Nada.

Ahumada volvió al Club de Leones y allí un médico de urgencias le dijo que era necesario estabilizar la diarrea. Regresó a la Clínica Central y volvieron a explicarle lo del contrato, el mismo argumento del día anterior. Decidió volver al hospital San Pablo. En el camino se bajó y revisó a la paciente. Estaba muy mal. Pedía agua. Lo miró a los ojos y soltó una de las frases que Ahumada nunca olvidará en su vida:

—¡Cuando sea más tarde me dejas en un parque, y listo!

—Pero le dije que no, que alguien tenía que ayudarla. Que alguien tenía que ayudarnos. Cuando llegué al San Pablo encontré un candado puesto en la reja. De nuevo salió el grupo de Urgencias. Yo comencé a rogarles. Que no sabía qué hacer con esa paciente, que lo hicieran por una vida, o por lo menos para que muriera como la ley manda, y me dijeron:

—Eso se sale de nuestras manos.

El controlador de la central de operaciones de la Cruz Roja, Alberto Bobadilla, hizo una línea de 500 buscando a Rosa Bermúdez y al doctor Otto Durán,

pero fue imposible. Me desplazé hasta las oficinas de la ESE, mis jefes, en el barrio La Esperanza, pero nada: cuando llegué solo estaba el vigilante.

Las nueve de la noche. Marlon Ahumada siente más intensa su desesperación y ve que nadie hace nada. Da vueltas por algunas calles, recorre dos o tres barrios. En la avenida Pedro de Heredia, a la altura de María Auxiliadora, se detiene a comprar agua. Sube y ve de nuevo a Carmen Helena. Esta lo vuelve a mirar y le repite:

—A las diez me dejas en un parque, ¿oíste, mijo?

Lo de «mijo» le cala hondo a Marlon. El hedor es intenso y el pequeño extractor es insuficiente para sacar el aire contaminado. Vuelve al hospital San Pablo y ahora está lleno de ira. A quien primero encuentra es al vigilante, y entra en polémica. El vigilante se mantiene en su posición. Manoteando el aire, Ahumada suelta varios madrazos. Pero eso no le importa a nadie y vuelve a oír la frase:

—Esa paciente aquí no entra.

La gente que está afuera se amontona para ver el asunto. Desde el tercer piso Delys Pernet, una trabajadora social que tiene a su hermana hospitalizada, está viendo lo que ocurre. Ahumada vuelve a comunicarse con la central de la Cruz Roja y recibe una aclaración definitiva:

—Marlon, no podemos hacer nada, tú sabes que somos simples tramitadores.

Ahumada enciende de nuevo la ambulancia, esta vez para aplacar su ira, y da otras vueltas sin destino, llevado por la rabia. Piensa en la posibilidad de hacer lo que ella le pide desde hace varias horas: dejarla en un parque, pero se arrepiente de pensarlo. Llega a una conclusión: que la fetidez nunca se le quitará de las fosas nasales.

Mientras tanto, Alberto Bobadilla, el operador de radio, trata de llamar por celular a uno de los médicos, pero es imposible. Nadie puede comunicarse con las autoridades ni con los responsables. Ahumada y Bobadilla deciden llamar a la Fiscalía, en donde les dicen que en pocos minutos llegará la policía, porque se trata de un caso de omisión de socorro.

Ahumada vuelve a las urgencias del San Pablo. Y al subir a la parte trasera de la ambulancia siente otra vez el hedor y se da cuenta de que a Carmen Helena se le ha acabado el líquido de hidratación. Lo único que puede hacer es darle agua. Carmen Helena repite que no le dé más vueltas y que la deje en un parque. Pero llegan los agentes de policía De Meza y Freddy Vásquez a eso de las diez y media de la noche. El portero, quien recibe órdenes de Mary Castillo, se pone en la entrada, coge aire y les dice a los agentes:

—Lo siento, pero esa paciente no puede entrar.

En seguida cae una lluvia de argumentos de Mary Castillo, del médico y de los auxiliares. Castillo le advierte al vigilante que en ninguna circunstancia deje entrar a esa paciente.

Los policías discuten con los médicos, pero al final desisten y le dicen a Marlon:

—No podemos encuellar a los médicos para que reciban a esa paciente...

—Mi hermano, ¿qué hago? —les pregunta Ahumada.

—No sé, pero eso se nos sale de las manos.

La noche avanza. La ambulancia empieza a gotear por la puerta y está mojan-do la entrada del San Pablo. La gente se aglomera de nuevo.

Marlon enciende la móvil y la echa a andar unas tres cuadras, pero no tiene adónde ir. Así que decide volver y dejarla en donde ella se lo pide.

Ahumada recuerda que en el Centro de Salud del Nuevo Bosque le habían dado unos guantes y un tapaboca. Entonces, a las 10 y 40 de la noche, ayu-dado por Óscar Filadelfo Palomino, decide usarlos para bajar a la enferma.

—Ahí es donde ella me dijo: «Bájame, mijo. Bájame». Y yo le contesté: «No, tú no te puedes quedar aquí». Pero la verdad es que era más deprimente verla como estaba en la móvil que como la dejé ahí en la puerta. En ese mo-mento, apareció una muchacha con una cámara de televisión y grabó todo y es lo que sale diciendo ella, lo de que se haga la voluntad de Dios.

En ese instante todos los funcionarios del San Pablo se asoman y se quedan en silencio, incluso quienes más se habían opuesto a atender a Carmen He-lena. Ese instante, solo ese instante, quedó grabado para la posteridad. Pero tanto Ahumada como Palomino sabían que la escena estaba siendo grabada.

—La paciente me lo dijo tantas veces hasta que me convencí de que lo mejor era dejarla en la puerta de Urgencias. Presumí que con la grabación las au-toridades se enterarían de lo que estaba pasando. Me tocó comprar el hipo-clorito para lavar la móvil toda la noche. A las 11 y 20 por radio me avisaron que a los pocos minutos de haberme ido metieron a Carmen en el hospital.

El video salió al aire solo el 14 de enero, tres meses después de haber sido grabado. Los medios de información calificaron el hecho como un episodio de indolencia, y las autoridades se encaminaron a buscar culpables.

Una vez divulgado el video, la ESE, la entidad responsable de la móvil, nom-bró un investigador. Todos los hechos de esas dos noches quedaron anota-dos en unos papeles que se llaman bitácoras. Los funcionarios de la ESE se llevaron estos papeles, pero Marlon Ahumada tuvo la precaución de hacer fotocopias, y con ellas pudo defenderse.

—No me siento culpable de nada porque no tuve mala fe. Pero me dio soberbia que para hacer noticia destrozaron la integridad moral de mi persona. Conmigo barrieron y trapearon todo el país, quedé como un asesino.

Ahumada aduce que, por haber recibido durante largo tiempo los gases de las excrecencias de Carmen Helena, se infectó seriamente las amígdalas y que por ello lo hospitalizaron. Aún recuerda con nitidez esos olores.

2. Adentro

Carmen Helena Ruiz nació en Buga en 1966. Fue la menor de cinco hijos y vivió con su madre hasta cuando esta murió, siendo ella adolescente. Los otros hijos se quedaron con el padre y ella se fue a vivir con el padrastro, Gustavo Ruiz, a quien llamaba «papá». Cuando cumplió 15 años, Ruiz le dijo la razón brutal de su crianza: «Todo este tiempo te he criado, pero para que seas mía». Desde ese momento empezó a maltratarla. Cuando los hermanos la visitaban, Ruiz le quitaba los obsequios y el dinero e, incluso, pisoteaba los dulces y chocolates que le llevaban. No quería que tuviera contacto con sus hermanos. Todavía adolescente, Carmen Helena terminó siendo la mujer de Ruiz, quien abusaba de ella en forma permanente. Un día, desesperada, intentó atacarlo con unas tijeras y un cuchillo, pero no pudo hacerle daño.

Más tarde, después de escaparse de la casa, conoció a un hombre mayor que ella, con quien se fue a vivir y de quien quedó embarazada, y tuvo su primer hijo. Pero su segundo marido también la violaba, hasta que una noche, cansada de los maltratos sexuales y mientras él dormía, Carmen Helena se armó con un punzón, lo atacó y se fugó con su hijo. Nunca supo si la herida lo dejó vivo o muerto. A su pequeño hijo lo dejó con la hermana de su padrastro, su primer marido.

De eso hace diecisiete años. Carmen Helena, que por ese entonces estaba hermosa, se fue a buscar una mejor vida al Putumayo. Allí conoció a un militar casado de quien se enamoró de veras. Vivió con él y pudo estudiar hasta cuarto de bachillerato, pero quedó embarazada de nuevo. Un día, ya cercano su parto, fue a visitarlo en la base, pero se enteró de que lo habían trasladado, —nadie sabía adónde—, y nunca más supo de él. Así que decidió regresar con su padrastro, quien vivía con otra mujer. Una vecina de este le dio alojamiento el primer día. La nueva compañera de su padrastro, a escondidas, le dijo que podía vivir con ellos.

Delys Pernet es una mujer negra y gruesa, de unos 40 años, que tiene un marcado aire maternal. Con ella Carmen Helena pasó sus últimos días. Delys me contó, en el patio de la iglesia evangélica a la que asiste, lo que entonces ocurrió con Carmen Helena:

«Ella me dijo en varias oportunidades que le había tocado trabajar duro, sobre todo cuando dejó al primer marido. Carmen Helena recordaba que el pa-

drastro tenía carro y la noche en que alumbró cayó un intenso aguacero. Sin embargo, él no quiso llevarla. Tuvo que caminar varias cuadras para tomar un taxi. En ese momento, Carmen Helena tenía 18 años y no había comenzado a consumir drogas. Después de que Carmen Helena dio a luz, para ella todo fue oscuro. La niña del segundo parto se la dejó a la familia de la esposa del padrastro. El año pasado su primer hijo cumplió 20 años, y la niña debía tener 19. Nunca más pudo comunicarse con ellos. Trabajó en muchos bares de varias ciudades del país. Cuando llegó a Cartagena, la ciudad le gustó y se quedó en el barrio La Candelaria. Empezó a tener vida de prostituta, se dedicó al sector de Cartagenita, y luego frecuentó los barcos de carga ofreciendo sus servicios. Había sido gruesa, alta, con el cabello largo y con un mechón de canas en su frente. Pero a los 30 años se le veían ya los estragos de la droga. Los hombres dejaron de buscarla. “Yo era hermosa”, me decía, “era la más linda, pero todo acaba... Todo acaba”.

Vivió y durmió debajo del Puente Román durante cuatro años, donde anduvo con cuanto indigente se acercaba. Y seguía subiendo a los barcos. En Pasacaballos vivió un rato en la casa del Mono Juárez, un amigo que la atendió en sus últimos días. Él la había conocido antes y parece que se había enamorado de ella, pero le tocó vivir su etapa terminal. Al principio ella no quiso, pero cuando le empezó la diarrea decidió aceptar la invitación del Mono. Demoró mes y medio con la diarrea antes de ir al hospital. Fue El Mono quien la llevó al puesto de salud de Pasacaballos».

A Delys Pernet le tocó presenciar junto con su madre los sucesos de la noche del 17 de octubre. El aspecto de las Urgencias del San Pablo era el de un campo de batalla. En cada rincón había heridos, enfermos que se quejaban. Faltaban pocos días para el inicio de las fiestas del 11 de noviembre y en Cartagena no había, literalmente, un hospital que atendiera las urgencias de una ciudad de casi un millón de habitantes. Pernet vio gente que esperaba a ser atendida en los pasillos, en el piso e incluso en el patio. Pudo ver al final de un pasillo a Carmen Helena, apartada de todos. El hedor se extendía por todo el recinto. Los pacientes estaban asustados, porque algunos tenían heridas serias.

«Yo veía —dice Delys— que el conductor se subía y se bajaba una y otra vez de la ambulancia. Al final Carmen Helena le dijo: “Déjame aquí”. Supe por mi hermana que ella se atrevió a decirle a la gente y a la policía: “¡Pégüenme un tiro! ¡Por Dios, péguenme un tiro!”. Una de las cosas que más me impresionó fue que, ya dentro del hospital, la dejaron en un viejo cuarto del patio. Supe después que era el cuarto en el que dejan a las personas que mueren en el hospital cuyos cuerpos esperan la autopsia o el reclamo de los familiares. Ellos la colocaron allí sin que hubiera muerto.

La gente la miraba de lejos. Era como una cosa que causaba curiosidad. Cuando llegó no estaba tan delgadita, se paraba y tenía fuerzas para ir al baño, caminaba y hablaba. Al día siguiente, cuando yo bajé, ella misma cogió la col-

choneta, salió del cuartico de los muertos y se fue a Urgencias, en lo último de Urgencias, al lado de la puertecita para ir al baño. La trabajadora social le hizo varias preguntas y trató de ayudarla. Le trajo comida y jugos, pero solo pudo hacerlo el primer día. Pedía que la atendieran, pero en todo ese proceso no recibió ninguna ayuda. La dextrosa y los alimentos se los dábamos algunas personas que teníamos familiares hospitalizados. El hospital no le dio atención. Tengo elementos de juicio para decir que no la atendieron. Incluso el vigilante le tenía rabia porque a cada momento molestaba por lo de su olor en la Urgencia.

No sé por qué, quizá porque tenían que hacer muchas cosas, pero los médicos llegaban y ni siquiera la miraban. Es más, mi hermana y yo le compramos pañales, le conseguimos ropa y trapos para que ella se limpiara.

Un día nos pidió una dextrosa: “Por favor, cómprame una dextrosa para que ellos me la pongan que estoy segura de que yo me voy a parar de esta”. Cuando llegué con la dextrosa había cinco personas entre enfermeros y enfermeras, a quienes les dije: “Esto es para Carmen Helena”, y me dijeron sorprendidos: “Carmen Helena, ¿la señora que tiene sida? ¡Fulanito, ve tú! No, que eso te toca a ti, zutanito, tú”. Se pasaban el balón...

Y una enfermera me dijo: “Para qué le van a poner esto si ya ella ya no necesita dextrosa, ella la necesitaba el día que llegó, pero ya no”. Sentí que se estaba despreciando la vida humana. No vi interés de los médicos ni de las enfermeras. Fue marginada por el solo hecho de ser indigente, porque yo fui testigo de que allí llegó una joven que también tenía sida, y la aceptaron.

En esos días varias personas murieron en ese lugar en condiciones terribles. Vi que un señor de La Boquilla murió en el piso. A mí me tocó atender algunos en el patio, pararlos del suelo sucio. No había tazas sanitarias, el patio tenía barro negro. Había muchos pacientes en la tierra.

A mi hermana, que tenía una enfermedad grave porque le tuvieron que amputar una pierna, la tuvimos dos noches acostada entre dos personas. Carmen Helena era consciente y reconoció sus errores. Yo sé que Dios es quien debe perdonarla. Traté de darle un mensaje de amor. Se sentía desgraciada. La primera persona que marcó su vida fue su padrastro. “No debí nacer”, decía, “¿para qué nací?”. Comenzó a sacar lo que era ella. Le hablaba de Dios y durante quince días la bañé. Lo que le gustó fue que no la rechacé. Por esos días le nació el deseo de que la familia viniera a verla. Me dio un número telefónico, pero nunca contestaron. Hice todo lo posible, mandé cartas a una dirección que me dio, y no tuve noticias. Decía a menudo: “Si se me para la diarrea, yo sé que salgo de esta... Ora, ora para que se me pare la diarrea...”.

Ella hablaba y hablaba. Nunca dejó de hablar... Estaba en la esquina de Urgencias. De allí el vigilante la sacaba a menudo y la gente de Urgencias pedía que la quitaran de ahí. Así que volvían a llevarla al cuartico de los muertos.

Pero ella, gateando, volvía a su sitio, creía que si estaba con los muertos se iba a morir. Gateaba y llegaba por el pasillo, gateaba quejándose todo el día de su dolor en el abdomen, un dolor constante...

Un día una señora me dijo: "Hoy amaneció mal, porque está quejándose de todo, y está insultando a Dios". "Para ya, mi Dios, yo me quiero morir rápido... ¿Por qué me has dejado así?", gritaba. Pero después me dijo: "Negri, yo me paro de esto", y me soltaba una sonrisa. Un mediodía llegué y vi que estaba sin dextrosa. Me dijo que una aseadora había enredado el palo del traperero con el tubo de plástico, pero como no quería tocarla cogió la escoba, la enrolló y la echó a la basura... Sin embargo, esa vez no se puso triste.

Ella tenía solo el techo porque ni siquiera tenía camilla. Cuando ya la colchoneta no le servía, le conseguimos unos cartones. Nunca se me olvidará el rostro de los celadores, porque le decían palabras groseras. Recuerdo uno bajito, de bigotes. Creo que su esposa es enfermera del San Pablo.

La comida se la daban en un tarro. Le conseguimos un vaso grande, le conseguimos noni y agrás, y tomaba su jugo. Seguía con la diarrea, pero comía cualquier cosa creyendo que así sobreviviría. Al final todo eso terminó en la basura.

Una de esas noches llovió torrencialmente y al día siguiente la encontré metida en el agua. No tenía fuerzas y temblaba. Una mujer que estaba con un familiar en Urgencias y yo le lavamos la colchoneta. Toda la ropa que le habíamos conseguido estaba mojada. Así se le fue acabando hasta que se quedó desnuda. Esperó su muerte completamente desnuda en el piso. Luego no pude conseguirle ropa, quedó desnuda como una semana. Todo el que pasó por ese sitio durante esos días pudo ver la indiferencia con la que fue tratada...

La tarde antes de morir no pude ayudarla porque era imposible. Ella me miraba como entendiendo, porque no tenía por dónde agarrarle. Tenía llagas en los brazos y las piernas. Los brazos le crecieron. No pude ayudarla. Murió el 31 de octubre de 2001.

Cuando salió el video vi que estaban siendo injustos y decidí hablar. Es injusto porque a Carmen Helena nunca la atendieron en el hospital y nadie hizo nada. Cuando me enteré del problema que se le había formado a Marlon Ahumada, yo hablé con la esposa y decidí declarar ante la Fiscalía. Pero veo que la cosa no ha ido a ninguna parte; todavía estoy esperando que me llamen».

Dos años después del hecho, ni Mary Castillo ni ninguno de los médicos del hospital San Pablo que atendieron el caso han accedido a ser entrevistados, como tampoco lo han hecho el vigilante e incluso el director. Solo un joven médico auxiliar, Walter Fontalvo, se ha atrevido a hacer unas declaraciones. Me aseguró que todo lo que dicen Delys Pernet y Marlon Ahumada es falso, que sí se atendió debidamente a Carmen Helena Ruiz hasta el momento de su muerte, aunque esta lanzaba insultos y era grosera con todos. Que la ver-

dad es que, durante los días del cierre del Hospital Universitario, en los que tuvieron que atender las urgencias de la ciudad, no se tenían los elementos para dar una atención debida, pero que en ningún momento Carmen Helena estuvo tirada en el suelo ni en el cuarto de los fallecidos, que recibió una atención humana y que, si ocurrió alguna falla, es del sistema.

Por el evento las autoridades sancionaron a varias entidades: la ESE Cartagena de Indias, la Central de la Cruz Roja, el DADIS y el hospital San Pablo. Pero la responsabilidad moral ante los medios ha recaído sobre Marlon Ahumada, quien tuvo que interponer una tutela para no perder su empleo en la ESE. Fue suspendido durante tres meses, confirmando así el sueño premonitorio de escasez que tuvo su esposa. Todavía conduce su móvil y, aún, sin auxiliares.

Fotograma del video original.



Los mochos de Ralito

Santa Fe de Ralito cuenta con unos 1.200 habitantes, 100 viviendas, casi todas hechas de palma y tablas, y unos 100 cerdos a los que los paramilitares les tienen prohibido salir de sus chiqueros en determinadas horas del día y estos, muy orondos, pareciera que entendieran el toque de queda porcino porque desde hace dos años es muy difícil encontrárselos por las calles. La mayoría de sus habitantes son evangélicos y a cada convertido le toca la tarea de evangelizar a uno de los 400 paracos que se encuentran radicados allí. Todos dirigidos por Eliécer Guevara, un pastor que no vive del diezmo de los congregados, sino de las labores en el campo. Así que debajo de las grandes contingencias hay, día a día, escaramuzas espirituales acaso más intensas que cualquier colisión.

Parece ser que esta es una población de utópicos asustados en la que el tiempo se resiste a pasar y se pueden ver todavía, en algunos rincones, divanes para cuajos, zarzos, ceretas y cafongos.

Por la candidez de sus gentes se entiende que lo mejor del mundo rural se aferra todavía a estas calles encrespadas de barro, pero que todo está siendo disminuido por la muerte. En el siglo pasado estas tierras pertenecieron a una mujer llamada María Yances, quien tenía tantas que iba más allá de los límites de la Zona de Ubicación.

Hoy una de sus nietas, María Fabra, solo tiene una pequeña tienda que no supera los tres metros cuadrados y cuyos hijos son campesinos. María Fabra está feliz hoy porque, según ella, tiene la oportunidad de hablarles de Dios y del perdón todos los días a estos muchachos que llegan a su tienda a comprarle (a la mayoría fiado hasta fin de mes) con sus AK 47 cruzados a la espalda y sus cinturones repletos de granadas.

María se refiere a «su» comandante como si se tratara de un vástago suyo. «La batalla no está después de la muerte sino acá, en la vida. Es acá donde tenemos que acabar con los problemas de tener un corazón sucio. De nada vale el ayuno si no tienes misericordia». María Fabra abre una Biblia envejecida y achica sus ojos para decir su admonición: «Y oiréis de guerra y de rumores de guerra; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo acontezca; pero aún no es el fin, Mateo 24:6. Es por eso que yo no me asusto».

Llueve y Santa Fe de Ralito está empantanado. A pocos metros de la sede está una calle que se podría llamar Calle Real porque todo converge en ella y en una de sus esquinas hay una gran troja con techo de palma, mesas de bi-

llar solitarias, un inmenso aparato de sonido en reposo, al fondo unos gallos y una pared llena de avisos de cerveza. En el ambiente hay humo que sale de los fogones de los patios vecinos que luchan contra el sereno. En unas varas cuelgan parlantes pequeños.

Tres hombres con pantalones camuflados descoloridos y camisetas negras miran hacia el billar solitario desde la puerta del pabellón de sanidad que tiene una bandera de Colombia. Cuando los saludo preguntándoles cómo están, uno de ellos responde: «Estamos mochos, aquí todos estamos mochos».

Se trata de dos bohíos grandes que albergan más de sesenta discapacitados que han sido mutilados por las minas antipersona y heridos en combate. Allí un grupo fabrica las prótesis que otros usarán. Cuentan que algunos, como terapia, deciden hacerlas con sus manos.

Algunos de los mutilados protestan por el maltrato del frío sobre sus huesos y muñones. En la primera litera está alias «Oliver», tiene 27 años y es de Pailitas, Cesar. Cuenta que el grupo al que pertenecía perseguía a la guerrilla por un camino de La Gabarra, Norte de Santander: «A eso de las tres de la tarde empezó la cosa. La guerrilla estaba en loma y nosotros por la trocha abierta. Desde arriba disparaban de vez en cuando. Éramos unos sesenta hombres y la guerrilla, que tenía menos, retrocedía dejando minas. Uno cree que se las sabe todas y más cuando ha estado en muchos combates, pero a veces, los guerrillos camuflan muy bien las minas. Yo, a pesar de que vi el bultito de tierra, no pude esquivarla. Es muy raro, se oye no más el estropicio y se siente una presión en el pecho, pero no se sabe si la cosa fue con uno o con el compañero. Uno reacciona como a los cinco minutos. Y ahí es cuando se da cuenta uno de que lo fregaron».

«Oliver» sintió entonces un calor en la parte por donde la mina lo golpeó y el olor de su propia sangre. Le abrieron el camuflado para limpiarle, la herida iba desde el tobillo hasta más arriba de la rodilla, la carne estaba abierta. Vio que tenía unas tiras de carne llenas de pólvora y que esta le había quemado el hueso. «Todo eso no duele, uno está aturdido del golpe y no oye nada. Uno es blandito. Mientras tanto desde arriba nos hacían tiros. Por las caras de los compañeros vi que la cosa estaba maluca. Me envolvieron la pierna en trapos. Me sacaron a un sitio más seguro en una hamaca y ahí empezó el dolor. Me cuidaron para que no tomara líquidos, me quitaron toda la ropa de combate. Me atendieron a las nueve de la mañana del día siguiente».

A «Oliver» lo metieron de urgencia a una clínica en Cúcuta y sus compañeros dijeron que era un labriego que por accidente había pisado una quiebrapatas. En ese centro hospitalario vio cómo le cortaron los tejidos que le habían quedado colgando, sobre todo los dedos y gran parte del talón. «Mi pierna parecía una caña abierta y la cosieron toda. Una semana después me trajeron en taxi hasta Montería y de ahí hasta acá, a Santa Fe de Ralito. Me acostumbré a la prótesis que yo mismo hice. Primero me produjo vejigas, pero ya camino normal. Yo no le echo la culpa a nadie».

Alias «Enrique» es de Montería. Tiene 27 años y parece de 45, tiene una barba descuidada y expele un olor a pomada Vick VapoRub.

«Llegaban y pedían que les hicieran comida. Mis dos tíos aceptaron varias veces. Después de un mes les dijeron que se fueran de las tierras, pero mis tíos decidieron quedarse. Terminaron matándolos, los echaron en el aljibe. Tenía 13 años y me tocó con mi hermano mayor sacarlos. El agua quedó como sanguaza.

Eso nunca lo olvido. A los 18 años entré al Ejército, pero prácticamente no se enfrenta a la guerrilla. Después me metí en problemas y deserté para acá, y no es como en el Ejército, nosotros les damos duro a esos malparidos. Antes en Santa Fe de Ralito abundaba la guerrilla. Una vez mataron a diez policías que estaban desarmados. Los repartieron a lado y lado del pueblo para asustar a la gente. A los niños entre 13 y 16 años se los llevaron. Pero vinieron las Autodefensas y la cosa cambió.

Pisé la mina en La Gabarra. Mi mamá y mi hija un día me visitaron aquí en Santa Fe de Ralito. Fue muy duro para mi mamá que se desmayó cuando me vio mocho. Mi hija si no entendió nada. Yo les dije que algún día esto tenía que pasarme y que debíamos dar gracias porque estaba vivo. Creo que el hombre que va a la guerra no muere. Pero no puedo trabajar en ningún lado. Así que es mejor estar aquí».

El «Comandante 08» interrumpió en su trabajo a Kenia Bula, una hermosa psicóloga de 26 años contratada por la Gobernación de Córdoba que se encarga de prestar atención psicológica a los heridos. «08» es un hombre de unos 50 años vestido con camuflaje impecable que porta una 9 mm plateada al cinto, aparatos de comunicaciones, mirada fría, y fue hasta hace algunas semanas comandante de la Zona de Ubicación. Hoy dirige el hospital de campaña. A «08» lo acompañan «Pecoso», un jaguar de 8 meses y «La Negra», una Rotweiler.

Usa colonia Hugo Boss y el aroma se extiende por todo el recinto: «Mire doctora –le dice suave a la psicóloga, pero sin dejar el aire de amonestación– yo sé que ustedes son unos profesionales y todo lo demás, pero le pido que trate a estos hombres como lo que son: unos hijos–de–mala–leche. Trátelos como a unos hijueputas, no me les de ningún mimo, usted no tiene ni idea de lo que han hecho».

La psicóloga no tuvo otra opción que el silencio. El paciente al que atiende Kenia es «Carlitos», un joven de 16 que entró a los paras a los 13 años y que ante la máxima de «08» suelta una risita de hombre amonestado. «Carlitos» se anima y habla luego de irse el comandante: «Yo nunca me arrepiento de lo que hice. Seguiré siendo paraco, aquí y donde sea».

«Carlitos» es rubio y tiene una cobertura blanquecina y gruesa instalada en sus ojos otrora azules. «Estaba patrullando y tempranito pisé la mina. Lo que me dolió fue que fallé porque lo más importante es que uno regrese comple-

to. La mina no me partió las piernas, sino que me enterró tierra y pólvora en la cara y los ojos».

Por cuenta de los paramilitares a «Carlitos» se le hizo un trasplante de córnea y otro de retina en dos ciudades distintas, pero fueron fallidos. Hoy camina por todo Santa Fe de Ralito «fumando y con la pensadera todo el día, aunque en las fiestas yo bailo bastante». A veces recibe la llamada de un hermano desde Cúcuta por el que supo hace ya un tiempo que sus padres habían muerto. Ahora espera poder trabajar en una serviteca, ya que un instructor del SENA le está enseñando a reparar motocicletas sin usar los ojos.

«La mayoría, dice Kenia Bula, posee personalidades puramente antisociales y disociales. Presentan duelos no resueltos, incluso hay algunos que están haciendo el duelo de sus propias víctimas, aunque lo escondan. No han podido superar el trauma de la discapacidad, tienen algún grado de resentimiento con el resto de sus compañeros. Hay días en que sus emociones varían de la extrema tristeza a la total euforia. Todo esto se agrava por el abuso del alcohol. Una cosa frecuente es que no tienen un proyecto de vida definido».

La psicóloga solo puede ir a la zona dos veces por mes y los pacientes que necesitan atención superan los cien.

Alias «Enrique» es uno de los que no puede levantarse de la litera, tiene quemaduras en brazos y piernas. Desde su puesto se puede ver el horizonte de muñones y literas como si se estuviera viendo una extensión ruinosa.

«Estaba con un grupo de 100 hombres cuidando unas “matas” en el Alto del Suspiro en Santander, a solo media hora del enemigo. Llegamos más abajo, hasta el corregimiento de San Martín, una zona de mayor confianza, una zona de “relajo”, como le decimos a las poblaciones amigas. Esperamos que el Ejército atacara primero a la guerrilla. A los dos días nos avisaron que podíamos entrar para retomar la zona. Pero cuando entramos la guerrilla nos esperaba. En una de esas pisé una mina, pero con tan buena suerte de que estalló solo el estopín. En la maleza me puse a orar. A otros compañeros también les pasó lo mismo. No sabíamos si era que se habían equivocado o si lo habían hecho intencionalmente para que retrocediéramos y nadie saliera herido. Entramos con fuerza, pero cometimos un error: cocinamos. Y por el humo supieron nuestra ubicación. Dispararon cinco cilindros-bombas, pero no tuvieron tino. El susto fue grande. Nos escondimos, pasamos dos días en la maleza subiendo con cuidado y comiendo mosquitos a la lata.

Ellos sufrieron bajas y dejaron en la retaguardia a un muchacho de unos 16 y a un señor. Un compañero y yo estábamos de frente y al vernos nos dispararon con pistolas, pero cuando soltamos la primera ráfaga salieron corriendo. Me di cuenta de que el muchacho –debió ser por el miedo– se iba riendo,

como si estuviera jugando. El muchacho se perdió, pero el señor se quedó de pie y lo capturamos. Al rato salió el muchacho. Lo habían cogido los compañeros y ya le tenían la boca rota, pero seguía riéndose.

Empezamos a convencerlos para que se vinieran con nosotros y que si colaboraban les perdonábamos la vida. El muchacho dijo que colaboraba después de dos o tres dientes rotos. Pero el señor se paró de frente y sacó pecho: que era mejor que lo mataran. Era bravo el tipo. Y me daba “lora” diciéndome que yo era un asesino y que yo estaba siendo utilizado y que yo tal cosa. Tanto me pidió que lo matara hasta que lo hice.

Seguimos buscando. A media tarde pisé la mina. Antes del relámpago, cuando hundí el pie y sentí que la cosa se venía, tuve el ansia de que reventara nomás el estopín, pero lo que sentí fue el reventón. No perdí el conocimiento y miré abajo: las piernas solo estaban desholladas por la pólvora, sin embargo, el totazo lo cogí en el brazo y las manos, el camuflado quedó hecho ripios».

Antes de que sacaran a «Enrique» de la zona pudo ver en los ojos del joven guerrillero la sorna y la venganza revuelta. Enseguida gritó con todas sus fuerzas diciendo que había sido él quien había puesto las minas.

«Los compañeros me dijeron que le iban a dar “materile”.

Después de San Martín me llevaron a Caracolí, y de ahí en ambulancia para el Norte de Santander. A los dos días me compliqué porque un pedazo de tela se me había incrustado en la carne y se quedó pegado en el hueso. Casi me da gangrena. Hace cuatro meses y medio que no entro en combate».

Un muchacho de unos 15 años con un sombrero de campaña y suéter chino se acercó con excesiva confianza y me dijo que es él quien los acompaña a beber en las poblaciones y está pendiente de las muletas y aparatos ortopédicos que empeñan en las cantinas. Luego rogó a «Enrique» que le dejara oír el casete. En seguida este, tratando de no lastimarse las heridas de las manos, sacó con sumo cuidado de debajo de su litera un tarro de avena, un talco medicinal, varias cajetillas de cigarrillos y un envoltorio de plástico que una vez abierto resultó ser una grabadora mediana en donde estaba metido un casete. En seguida la encendió, no sin antes advertirle al muchacho que tenía muy poca batería.

El muchacho se inclinó hacia la grabadora como si hubiera descubierto un tesoro. Lo que se oyó al principio fue algo como un bulto pesado que se dejó caer. Luego un silbido tratando de interpretar un porro indefinible, lejano, era un chiflido algo descuidado, acaso lleno de resignación. Después vino un silencio, que fue la antesala de una indescriptible algarabía de explosiones de tanto ardor que emocionó a «Enrique» y al muchacho. Al fondo de la algarabía se oían gritos, órdenes, injurias. «Enrique» miró al aire tratando de hallar algo en su memoria.

«Esta fue una vez en El Tarra, entre la vía de Convención a Ocaña, en Norte de Santander, a un compañero que cayó en ese combate se le ocurrió grabar la cosa. Cuando lo encontramos nos dimos cuenta de que lo habían tirado durísimo. Desde hace meses estoy tratando de oír el momento en que lo hicieron. Si uno le para bolas, se oye el golpe de la bala cuando entra al cuerpo. La muerte es un misterio, ¿verdad?».

Según «Enrique» este hombre escribía cosas en sus ratos libres y luego de su muerte, él y sus compañeros las leían con respeto. «El hombre se metió a paraco porque la novia lo dejó. Cuando regrese al combate yo también voy a llevar mi cuaderno».

Las palabras de «Enrique» confirman las especulaciones de la psicóloga Kenia Bula: «Yo me metí a esto porque mataron a mi papá. Y la verdad era que les tenía miedo. Pero cuando uno sale bien del primer combate no le tiene miedo a nada. No tenía mucho tiempo cuando agarramos a unos 20. No sé si se era una prueba a ver hasta dónde era capaz y yo dije que sí. Estábamos cerca de un pueblo de guerrillos y tuvimos que hacer el trabajo a bate. Les dije a todos que podía y lo hice, maté a 14. Uno tras otro. Me demoré toda una mañana. A mí no me importaba si soltaban información, lo que quería era matarlos. Me los fueron amarrando a una cerca, de uno en uno. Algunos estaban heridos y sabían lo que les iba a pasar; otros estaban intacticos. Cuando iba por el tercero o cuarto ya sabía cómo aporrearles. Pero ninguno habló, aunque lloraron y se mearon. Terminé cansado. Por eso nunca me pusieron a dirigir a un grupo. Así fue mejor, porque soy muy azorao. Yo nunca me pongo a pensar en todas esas cosas porque quizá me entren locuras».

Uno de los hombres salió desnudo del baño y sus compañeros, desde sus literas, empezaron a gritarle vivas y a aplaudirle como si se tratara de una reina; este de inmediato empezó a bromear como si estuviera desfilando en una pasarela. Su desfile estaba notablemente afectado por un baile de sambito. Trastabillaba. Hacía gestos espectrales. El hombre tiene unos 30 años y una cicatriz impresionante en la cabeza. Desfiló bromeando desnudo un buen trecho mientras a lado y lado continuaba la rechifla. Al dar la vuelta dejó ver un desfigurado tatuaje en la espalda e inmensas cicatrices en la nuca que le llegaban hasta el cráneo. Al darse cuenta de que en el fondo del recinto había gente diferente a sus compañeros se envolvió, raudo, en una toalla azul. Su vergüenza hizo que sus camaradas redoblaran sus carcajadas y bromas. Era «El Furia», quien en las navidades de hace dos años recibió una ojiva de fusil en la cabeza y quedó vivo de milagro.

Alias «Enrique» estuvo en la escena y la cuenta: «Éramos unos trescientos. Teníamos un comandante bravísimo que llamábamos “El Brujo”. Ese man no le tenía miedo a nada. Se paraba de frente y atacaba sin caer. Manejaba la 0.60 y se le encendían los ojos. “El Furia” era su C4 (su escolta) y también braveaba.

Pero un 26 de diciembre a “El Furia” se le ocurrió estar pegado a él cuando empezara la cosa. Nunca entendimos qué fue lo que pasó. En un momento en que se levantó “El Brujo” soltando las ráfagas, “El Furia” también lo hizo, muy guapo. Estaban uno al lado del otro y quien cayó fue “El Furia”. Le abrieron la cabeza en dos. Me acuerdo de que empezó a moverse hacia nosotros mientras el comandante seguía disparando. “El Furia” se quedó tirado mirando arriba con los ojos abiertos y botando un líquido por la cabeza. Respiraba maluco. En esos días el patrón estaba bien porque fueron a sacar a los heridos en helicóptero y casi dejamos a “El Furia” porque todos creímos que estaba muerto».

Al dejar el pabellón de heridos queda la impresión de que la guerra no les dio a estos hombres otra cosa sino congoja, desolación y vacío. Hoy arman historias como la de que van a recibir 800 mil pesos por cada fusil que entreguen y un trabajo estable. La última imagen que tengo del grupo de heridos es el momento en que tomaban el almuerzo: costilla, arroz y lentejas, todo servido en pequeños platos plásticos. Rumiaban mirando caer la lluvia sobre una apática vaca al lado de una mata de plátano.

Santafé de Ralito, febrero de 2005.



Requisa por parte de paramilitares en la antigua entrada de Santafé de Ralito.
Foto: Carlos Marín, 2005.

El edén vencido²

1.

En la cantina El Despecho en el pueblo minero de Santa Rosa, en el Sur de Bolívar, la sala está repleta de hombres agrestes y fornidos que miran sin confianza a lado y lado mientras juegan billar. Una muchacha enérgica coloca un CD y apenas se empieza a escuchar la voz de Uriel Henao contando la historia de cómo en ese mismo bar de luces opacas y olor a rancio, se enfrentaron un paraco y un guerrillero el día de las madres de 1997, algunos de los mineros celebran con escándalo la tonada del duelo como si se tratara de sus propias vidas. Henao es un desconocido en los escenarios musicales colombianos, pero sus relatos de policías corruptos, guerrilleros arrepentidos y barones de las drogas son escuchados en todo el Magdalena Medio. No hay miscelánea que no venda sus discos, la mayoría pirateados. Mientras cantan, un raspachín, algo ebrio, se me acercó y con las manos llenas de cicatrices dejadas por hojas de coca, trató de dibujar la escena. Los hombres se conocieron en aquella mesa y bebieron como amigos hasta embriagarse. Pero cuando uno dijo que su norte era Montería, y el otro que su ejemplo era «Tirofijo», sacaron sus armas y empezó la tronera.

Los cuerpos quedaron tirados aquí, y señala el sitio exacto.

Luego de un rato, el raspachín me habló de las minas de la Serranía de San Lucas, de donde venía. Entonces contó otra historia. Un hombre subió a La Teta, la mayor altura de la Serranía de San Lucas, a buscar oro. Se quedó en la región por 15 años. Luego de muchas luchas y de trabajar en minas ajenas murió a sus 50 años, en su cambuche, cerca de San Pedro Frío. Cuando los amigos fueron a enterrarlo se llevaron la sorpresa de que bajo su catre —tapado por las botas raídas, las chancletas y un par de zapatos del finado— había una veta del metal. Enseguida abrieron en el sitio una mina a la que bautizaron como «El Salao».

² Crónica ganadora de la Beca de Periodismo Investigativo Antonio Nariño-International Media Support (IMS)- Centro de Competencia en Comunicación para América Latina de la Fundación Friedrich Ebert. Publicada en Semana.



Cantina El despecho. Foto: Juan Carlos Guardela

Ambas historias anuncian que, en el sur de Bolívar, aquellos terrenos inhóspitos, violentos y ricos al nororiente de Colombia, la gente tiene a la mano un futuro mejor, pero la pobreza persiste y burla cualquier proyecto.

Santa Rosa del Sur es el enclave de cientos de mineros que bajan de la Serranía cada domingo. La idea es beber mucho del oro arrancado a la tierra, ya que así las minas prolongan su surtido. En este municipio se negocia casi el 42 por ciento del oro de Colombia.

Para llegar a estos lejanos terruños se tiene que viajar nueve horas desde Cartagena, hasta llegar a Gamarra, Cesar.

Allá se aborda una chalupa hasta Cerro de Burgos por el río Magdalena. De allí se sube a la Serranía de San Lucas, hacia Simití y Santa Rosa. Son enclaves mineros con una gran población flotante. La gente llega allí cada semana por los cuatro costados: desde los santanderes, Antioquia, Córdoba, Bolívar y Cesar. Viven en los límites de los reinos de los paramilitares y de la guerrilla.

Para sacar oro hay que ir desde Santa Rosa hasta los asentamientos mineros de San Pedro Frío y Mina Galla. Primero hay que pasar por una carretera destapada, rodeada de bosques de camajorú, cedros, acacias y líquenes, que la mayor parte del año está llena de lodazales amarillos que se tragan a unas Toyotas atosigadas de gente, de provisiones y también de insumos químicos para el procesamiento de la coca. Luego uno llega a La Punta, un lugar que parece el fin del país. En esta pequeña población con una sola calle, límite entre paramilitares y guerrilla, uno se siente vigilado. La gente vive en zozobra. Los mineros tienen que pagar una especie de impuesto a ambos bandos.

Pero insisten y siguen cavando. Se conocen y se cuidan. Cuando una mula encalla en cenagales, cuando alguien es picado por una culebra o cuando hay un enfermo grave, siempre hay más de 20 hombres dispuestos a ayudar.

De La Punta el trecho de más de seis horas hasta San Pedro Frío es en mula por un camino empinado. Los arrieros advierten que no hay que dejar que la mula se salga del camino porque hay campos minados a lado y lado, por guerrilleros de las Farc o del ELN.

Arriba, los asentamientos no superan las 10 casas, palafitos de madera de cedro y de techos de plástico, donde viven los mineros bañados por una lluvia constante, ya que el estado natural de la serranía es el relámpago y el frío. Hay cientos de perros por todos lados y niños que se dedican a jugar mientras trabajan golpeando piedras y montones de barro a los que llaman «puchos» y de donde pueden extraerse hasta 10 gramos de oro en un día.



Mina Fría. Foto: Juan Carlos Guardela

La zona, que va desde los municipios del Brazo de Loba hasta Cantagallo, y desde Simití hasta Achí, y que es bañada por el Magdalena y el Cauca, está plagada de pequeñas minas artesanales. Puede que haya una reserva de oro inmensa. En el mundo una mina es considerada rentable cuando produce de 4 a 20 gramos de oro por tonelada de material extraído. En estos sitios se han registrado más de 800 gramos por tonelada, según datos de la Secretaría de Minas de Bolívar. Javier Pineda, secretario de minas de Bolívar, asegura que pueden estar latentes al menos dos o tres yacimientos, cada uno de más de seis millones de onzas troy (una onza troy equivale a 31,1 gramos). Pero aún no tienen la certeza. De ser así, Colombia tendría uno de los yacimientos auríferos más importantes del mundo que se hayan encontrado en los últimos 40 años.



150 metros bajo tierra. Foto: Juan Carlos Guardela

Adolfo Manjarrés, minero de la Mina Caribe, una de las muchas en Mina Galla, ha oído decir a los funcionarios de la Secretaría de Minas que llegan a veces por allá, que hay una veta que se puede hacer famosa en el mundo. «Uno nunca se imagina dónde puede estar una veta. Hay que buscar. Tiene que meterle uno mucho pulmón», dijo Manjarrés, recostado sudoroso en la entrada del socavón. «Me da risa cuando uno está afuera, la gente queda sorprendida porque uno lleva pepas de oro en los bolsillos, pero ni saben el hambre que se pasa por acá. Un dolor de muelas se convierte en un problema inmenso».

Incluso muchos mineros decepcionados terminan de raspachines de la coca, el otro negocio dorado de la zona. Se calcula que hay sembradas en la zona unas 6.800 hectáreas de la planta ilegal. Como el oro, se vende bien, pero deja riquezas pasajeras. Y como el de la coca, el negocio del metal es casi todo en negro.

Al igual que Manjarrés, quien vino de Barranquilla buscando una fortuna que no ha podido encontrar, hay cientos de mineros clandestinos. Más de un 80 por ciento son ilegales, dice Pineda, quien explica que no son muy productivos, pues sus técnicas rudimentarias, son las mismas desde hace 500 años.

Por eso están causando además un desastre ecológico. Álvaro Vargas, ingeniero geólogo de la Secretaría de Minas de Bolívar, asegura que están haciendo el esfuerzo de enseñar a los mineros las técnicas apropiadas. «Si pudieran sofisticarse –dice– podrían convertirse en verdaderos empresarios de la minería e incluso poder gestionar y buscar socios capitalistas».

2.

«Tierra buena. /tierra que pone fin a nuestra pena/ tierra de oro. / tierra para hacer perpetua casa», escribió en 1601 el cronista de Indias Juan de Castellanos. Lo contrario ha sucedido. El oro trajo las penas, la violencia, la ambición. Todos han querido hacerse con él perpetua casa. Desde mediados de los 70, en Simití se libró una guerra entre gUAQUEROS del interior y mineros de la costa. La pugna cobró cientos de víctimas. Aún hoy se hallan restos humanos en «Caño de Muerto», un arroyo de aguas contaminadas de mercurio en donde tiraban los cadáveres. El ELN llegó un lustro después para solucionar este problema a la fuerza. Cobró impuestos a todos y así, controló el negocio. También destruyó buena parte de la infraestructura. Derribó torres de energía, tumbó puentes y atacó a la fuerza pública. En menos de dos años, el ELN creó nueve frentes.

En 1995 llegaron los paramilitares del Bloque Central Bolívar, y cercaron al ELN. En esto fueron ayudados por el Bloque Norte en Aguachica, y hacia el sur tuvieron el apoyo de hombres de alias «El Águila» y un reducto de hombres que Víctor Carranza envió para tal fin.

En menos de un año se apoderaron de la zona mientras el ejército y las autoridades permanecían en silencio. Siguieron matando en San Pablo, Morales, Micoahumao, Tiquisio, San Lucas y Montecristo.

Cogieron al minero Juan Camacho y, delante de muchos testigos, le cortaron la cabeza y la enterraron en una estaca. Sus ojos miraban hacia la Serranía.

Luego vino una arremetida de las FARC y el ELN con la que retomaron la zona de San Pedro Frío, el sitio más distante y donde se dice que falleció el cura Manuel Pérez.

El conflicto por esas tierras sigue hasta hoy. Semanas antes de mi visita, el comandante «Gilberto» de las FARC, asesinó al minero Carlos Hurtado, y otra vez el miedo sacó a la gente corriendo.

Han sido más de 7.000 los desplazados de esas tierras en el último lustro, según la ONG Siembra y la Federación de Agromineros del Sur de Bolívar.

Los que se han quedado resisten. Se han organizado en federaciones y organizaciones comunitarias. Han aguantado tantas guerras, que no será fácil sacarlos. Por lo menos eso aseguran algunos de sus líderes que están convencidos de que tras los paramilitares vienen grandes intereses de multinacionales

mineras que quieren explotar la zona en grande. «La militarización de la región buscaría desplazar a las fuerzas guerrilleras, pero también a los mineros artesanales y campesinos que se convierten en una verdadera molestia para las multinacionales», dice Gabriel Henao, vicepresidente de la Federación de Agromineros del Sur de Bolívar. «No es el pequeño minero el que sirve de testaferro. Ya comprende que quedarse es lo mejor que puede hacer para su futuro. Tenemos que luchar hasta lo último porque el territorio es de los mineros. Nos hemos declarado en comunidades de resistencia».



Minero. Foto: Juan Carlos Guardela

3.

En San Pedro Frío la noche empieza a las 4 de la tarde.

Una niebla espesa cubre una canchita donde más de 30 niños juegan detrás de una pelota. Lo que hacen es corretear un círculo blanco —como dibujado con tiza— que cruza el campo porque no se ve a más de tres metros. Y entonces todo se aletarga.

Uno penetra un tiempo extraviado que termina cuando llegan las 7 de la noche y se encienden los equipos de sonido de las tres cantinas con los vallenatos de moda. Justo a las 11 de la noche se escucha un grito que sale de alguna de las esquinas y retumba en la canchita: «¡A dormir!». De inmediato se apaga la pequeña planta que cobra 60.000 pesos por bombillo a cada casa; se apaga todo. Entonces empieza el silencio.

A las 7 de la mañana llegan a la escuela de Mina Caribe (Mina Galla) unos 30 niños. Vienen a pie por el mismo camino de las mulas. Cuidan sus uniformes

del barro. Se han levantado a las 3 y media, se han vestido y andado tres horas para llegar a las aulas. A las 10 de la mañana se quedan dormidos por el cansancio. Para ellos no hay recreo. No se entiende entonces para qué sirve el oro en los bolsillos de sus padres. Ellos solo aspiran a que lleguen a los 14 años para ponerse a trabajar en las minas y así aumentar el ingreso de la casa y poder salir algún día hacia «afuera» y no volver más.

Niños hay por todos lados. La tasa de nacimientos se multiplica cada semestre. Eso lo sabe Ana Montagut, una hermosa mujer de 53 años y la única partera de la región. Está preocupada porque no hay ninguna mujer que quiera aprender su oficio. Parir en estos sitios es igual a la época de la Colonia, a pujo tendido y a sobo. Ana nunca en su vida ha montado una mula y prefiere caminar, así que todo el que tenga preñada a una mujer y esté a punto, no debe dejar que rompa fuente y avisarle con horas de anticipación cuando empieza el trabajo. En cada parto Ana se viste como si fuera domingo, se lleva todos sus enseres asépticos y emprende el viaje por la trocha a pie, acompañada por el familiar de la parturienta. Cuando llega, lo primero que hace es calmarla, luego le aplica una sesión intensa con ungüentos y palabras suaves. Le acomoda el niño mientras le explica lo de la respiración y lo de la espera. Todo parto es eterno. Una vez afuera le da la respectiva azotaina al niño, mide tres dedos del cordón umbilical y lo corta con una Gillette desinfectada. Se lo amarra y le pone un fajerito. Todo el mundo queda feliz y ella gana sus 300.000 pesos. Cuando hay complicaciones manda a la mujer con la criatura hacia los pueblos. Cosa que se complica porque los hombres tienen que cargarla en una mecedora durante horas tomando algo de licor y echando cuentos para distraer el camino oscuro y la garra del frío.



San Pedro Frío. Foto: Juan Carlos Guardela

Pese a que es un verdadero lujo tomar una aspirina o hacer una llamada por celular (un minuto desde la Serranía vale tanto como llamar de Bogotá a París), las mujeres parece que alumbraran cada año. Una de las razones, según Ana, es que muchos de los preservativos y anticonceptivos llegan vencidos y no hacen efecto.

En más de una ocasión, Ana ha visto nacer a niños con malformaciones. Esto ha sido denunciado ante las autoridades.

Así mismo, se han reportado daños neurológicos en grupos de mineros del sur de Bolívar y en pescadores de Sucre, debido a la presencia de mercurio en el medio ambiente, según investigaciones de la Universidad de Cartagena.

Pero en caso de que una culebra suba las maderas tristes de los palafitos y pique a un minero, ahí está Jaime Arias, alias «Cosmético». Botánico, cantante y poeta. Dice que cura la leishmaniasis, el cáncer, problemas de los riñones y de la próstata, así como males espirituales y saladera. Todo con plantas naturales. Sin embargo, sus artes no lo han defendido de los paramilitares y de la guerrilla porque se ha visto desplazado cuatro veces en menos de 10 años. Pero asegura que no lo hace más, aunque lleguen los «mochacabezas». «Es que el desplazamiento y las inundaciones son un negocio para los políticos corruptos. Quieren que nos vayámonos (sic) para quitarnos las minas», dice.

Marco Tulio Aguas, «Malquiño», llegó al sitio hace 17 años buscando fortuna para terminar sus estudios. Se acostumbró a la selva, a pelear con la roca y, contrario a muchos mineros, decidió quedarse. Cada lustro se da sus gustos: reúne una plata y hace un viaje hasta Cartagena con su mujer, «para bañarnos en el agua salada». Pero «Malquiño» en esa ciudad se ha dado cuenta que hasta a los profesionales les está yendo mal. «No entiendo para qué estudiaron tanto. ¿Para terminar conduciendo moto taxis?». Por eso se siente bien sembrado en la Serranía de San Lucas donde se empeña en poner todo el corazón en lo mínimo que hace, ya que sabe que por mucho que trabaje, cada minero solo logra excavar unos 10 centímetros en la roca sólida durante turnos de más de 10 horas. «Algún día todo esto cambiará, quizá mis nietos puedan disfrutarlo», dice mientras come de un portacomidas que trajo a las 5 de la mañana a la mina. Siempre recuerda cuando las minas en 1994 soltaron tanta riqueza que había mucho guaquero y minero en la región, gente que se dormía en los caminos porque no había abasto en las pequeñas posadas. Por esas épocas, en Mina Galla y San Pedro Frío, se llegaron a comercializar más de 10 millones de pesos diarios.



La mina. Foto: Juan Carlos Guardela

«Nadie robaba a nadie por aquel tiempo. Ahora hay mucho delincuente que se sale de la guerrilla y de los paramilitares. Se arman para robar al minero», asegura Matilde Gelves, comercializadora de San Rosa que se ha salvado de dos atracos por haber amarrado las pepitas de oro en las varitas de una escoba que siempre le acompaña.

Luis Quevedo es otro minero que también suelta su discurso en las jornadas y uno de los 20 evangélicos de la zona que esperan instaurar una gran iglesia y convertir tanto de un bando como del otro. Fue uno de los iniciadores del sector hace más de 20 años. Le tocó romper trocha y trabajar con pala y pico y lavar «el orito» en las quebradas; solo después llegarían los cilindros. «A veces me quedo mirando al oro y oro por aquellos a los que les llegará porque todo lo que hay bajo el sol es vanidad», dice. «El oro es una bendición, lo malo es poner el corazón en esas cosas».

Berenice Salcedo, su mujer, es fundadora de más de ocho minas. «Yo he visto nacer, crecer y morir cada mina de estos lados y nadie ha terminado millonario, dice. Por eso creo que lo importante es echar para adelante con lo que se tiene. No somos gente mala. Hay muchos ancianos y niños. Sí, hay guerrilla y paramilitares, pero las armas del minero son la lámpara, las botas y el cincel».

Hay algo en las entrañas de estas montañas que hace que se eviten los temas más álgidos. Parecería que la vida que mereciera la pena vivirse estuviera enterrada en el tiempo, como si la hubiera sepultado la misma ambición desmedida, ambición que ahora viene con el rostro de las multinacionales.

Cuando uno sale de la zona y entra a las puertas de la población de Santa Rosa, siente que ha dejado ese otro país atrás. En la Toyota atosigada de gente regresa un grupo de mineros felices, miran la Serranía, llevan el optimismo raramente instalado en sus corazones. Al llegar al Centro, los recibe el sonido de una canción de Uriel Henao que suena en los parlantes de las cantinas: «Soy del cartel de la gasolina / y no me importa lo que digan por ahí. / Yo tengo el tubo / y creo que no es delito / pues muchas veces me han robado ellos a mí. / Ya muy cansado de tantas injusticias / tanta miseria por la que un día viví / es que no vuelvo a trabajar honrado / pues si ellos roban ahora me toca a mí».



La Teta. Foto: Juan Carlos Guardela

Tabaco

Bernal Díaz del Castillo reseñó en algún paraje de su obra una rara especie de árbol, muy parecido a la ceiba, que provocaba inexplicables sensaciones a quienes estaban bajo su sombra. Cierta tradición oral asegura que existe un árbol que induce el mismo sueño a quienes estén recibiendo su frescura.

Más allá de la imaginería de los primeros cronistas existe una referencia del fenómeno por parte del psiquiatra suizo Carl Jung en un viaje por tribus de África. Descubrió que algunos individuos en determinados clanes descansaban bajo un árbol específico con el fin de tener el mismo sueño cada noche y de esa manera escuchar el porvenir, trazar la siembra, el curso del agua y los matrimonios.

Durante siglos, los habitantes de Tabaco, un pequeño pueblo ubicado cerca de la Serranía del Perijá, a tres horas de Riohacha en La Guajira, guardaron el secreto de un árbol que inducía un fenómeno onírico idéntico. Al parecer era una bonga cualquiera, sembrada al lado de un arroyo. Cuando la gente estaba atosigada por el sol durante el día se sentaban a descansar a su sombra obteniendo en las noches los mismos sueños.

Algunos fueron siempre escépticos, pero otros aún son entusiastas con el divertimento onírico. Los fines de semana las familias almorzaban bajo esas hojas encantadas. La bonga guarda un sitio especial en el corazón de todos. Sin duda hace parte de la memoria emocional. Se dice que fue plantada por los fundadores del pueblo; unos negros capturados en la costa occidental de África en 1780 por un galeón portugués que luego encallaría cerca de Cabo de la Vela. Estos se sublevaron apoderándose de la nao y la hicieron entrar por el río Rancherías hasta lo que es hoy la Media Guajira. De esa manera se salvaron de ser esclavos y fundaron cinco pequeños pueblos, dentro de ellos, Tabaco.

La noche del miércoles 8 de agosto de 2001 las familias Tirado y Reyes tuvieron el mismo sueño: José Reyes, hombre de rancherías, habituado a la crianza de chivos, marido de cinco mujeres y padre de diez hijos, gritaba algo que no se podía entender. Luego salió de su boca un río de miel. Otros en cambio dijeron que había en ella cientos de abejas. Detrás de José, en ese horizonte grisáceo y transparente que tienen los sueños, vino entonces el sigilo, las sombras: hom-

bres de rostros cubiertos con pasamontañas, y enseguida el ruido de las fusilerías. Recuerdan que las familias comentaron con hilaridad lo que soñaron.

Al día siguiente, justo al mediodía, la bonga de los sueños era talada con una inmensa motosierra de dientes de seis pulgadas. Al tiempo varios bulldóceres arrasaban las dos hileras de casas que conformaban la única calle. Lo extraño fue que un grupo de civiles armados con AK 47 y con grandes trancas de guayacán hacía el acompañamiento al ejército y la policía que emprendió el desalojo de más de 500 familias. Hubo llamados, gritos, desespero, golpes.

Tabaco era corregimiento de Hatonuevo, La Guajira. Su desgracia fue tener bajo los cimientos de sus casas una de las más grandes reservas de carbón calorífero de todas las minas del departamento. La empresa que compró el pueblo fue Intercor, subsidiaria de la Exxon en el desarrollo del proyecto Cerrejón Zona Norte. Este carbón es de muy alta calidad y requerido en el mercado mundial para la generación de energía por su poder calorífico y sus cualidades de bajo contenido en azufre, cenizas y humedad. Las mayores reservas se encuentran en los departamentos de La Guajira y el Cesar, entre la Sierra Nevada de Santa Marta y la Serranía del Perijá. Esta es una gran cuenca con reservas que, según estimaciones de Ingeominas, superan las 38.000 hectáreas.

En diciembre de 1976 se firmó el contrato de Asociación entre Carbocol S.A., empresa del Estado colombiano, e Intercor, filial de ExxonMobil, para el desarrollo de la zona norte del Cerrejón en el caso de la gran cuenca de La Guajira. Desde ese momento ya se sabía que algún día de algún siglo se tendrá que desmantelar a Tabaco.

La orden de desalojo fue dada por Marta Peñaloza, la juez promiscua de Barrancas. El pueblo fue vendido por Enaimen Rodríguez, el alcalde de Hatonuevo de aquel entonces. El alcalde, el tesorero del municipio y hasta el cura se beneficiaron con la venta del pueblo a la empresa. El pago fue de 658 millones de pesos. El alcalde cobró por la sede de la policía 41 millones, por la escuela 48 millones, por el puesto de salud 32 millones, por el cementerio (en el que yacían restos de ancestros africanos) 22 millones. Por los espacios públicos y las vías, 197 millones, por las instalaciones de la luz eléctrica 86, por el parque 30 millones, y por las instalaciones de lo que tenían de acueducto, 26 millones. El tesorero, Adolfo de Jesús Díaz, hizo el inventario del pueblo solo durante el desalojo. Marcelo Graziosi, el cura italiano, vendió la iglesia por 45 millones de pesos, dinero que, según los habitantes, consignó en un CDT de un banco en Riohacha.

La Corte Suprema de Justicia desde mayo de 2002 ordenó la reubicación de las 500 familias. Pero en Albania aún se encuentra la mayor parte de ellos y no han recibido un peso como contraprestación ni atención a su naturaleza de desplazados.

Hoy nadie insiste en debatir la forma como se vendió el pueblo a la multinacional y por la presencia de civiles armados. Mientras tanto, no se sabe a qué bolsillos fueron a parar los 658 millones que Intercor giró a las arcas del municipio de Hatonuevo por la venta del corregimiento. La Defensoría del Pueblo sostiene aún que hubo irregularidades de todo tipo. Pero todo está igual que hace cinco años. Lo que los habitantes de Tabaco llaman pruebas del crimen son unas fotos endebles y amarillas que cuidan como un tesoro. Así fue como pudieron guardar para la posteridad las imágenes de las fachadas, de los cuartos donde se amaron y en donde se parieron hijos, así como las extensiones de los patios más querendones del mundo.

La secuencia de fotos es más o menos así:

- Vladimiro Barros muestra con su puño lo que fue el pequeño billar.
- Con un gran crucifijo Marcelo Graziosi, el cura advenedizo, promete que al pueblo no lo venderán jamás.
- Un buldózer muerde la puerta de la escuela, el tablero de la escuela, los trazos de creyón.
- El mismo buldózer muerde al parque, a la baranda del parque, al tiovivo del parque.
- José Reyes y su hermano sonríen en su terraza donde tantas veces hicieron bailes.
- Arístides Cataño con sus hijos sonrientes metidos en una carretilla.
- Arístides Cataño con sus hijos, ya no sonrientes, ante los escombros de su casa.
- Los perros de los hombres armados se acercan, olfatean, ladran.
- Dos calderos. Dos ollas. Sin grasa familiar, con el polvo ocre de los pies de los perseguidos.
- Pellito, el loquito del pueblo, mirando descamisado lo que pasa, en silencio.
- Lo que fueron los techos. Lo que fueron las hornillas, los zarzos.
- Una mujer sonríe —es la socióloga de la empresa que compró al pueblo— luego de ordenar la incineración de restos en el cementerio.
- Los funcionarios de la empresa que compró el pueblo esperan con los brazos cruzados.
- La iglesia. De veras que les fue difícil echarla al suelo porque se trataba de paredes gruesas; argamasa de los siglos.
- Nada más triste que una rancharía tronchada, por lo que tiene de ritual primigenio, de voz y temperamento colectivo.
- Un gallo solo.
- Un abuelo mira los restos incinerados de su tatarabuelo venido del África.
- Emilio Reyes con el cráneo sangrante y con un papel con el inventario de lo

que se comió el buldócer.

- Gloria Pertuz con los inmensos hematomas de los muslos causados por las trancas de guayacán.
- Ironía: los paramilitares guareciéndose del mediodía bajo el rumor de las hojas de la bonga de los sueños —ese pilón historial— instantes antes de ser tirada al suelo.

Las 500 familias están en la diáspora, algunos han sido hospedados por algún tiempo por familiares en sitios regados por los departamentos de la Costa. Lejos de su tierra han perdido la forma de subsistencia. Los Reyes se han quedado en Albania, un pueblo carbonero, que no vive de la minería y que cuya población se mantiene inconforme porque La Mina (ubicada a unos tres kilómetros) nunca tiene trabajos para los nativos, pero sí llegan de otros lados oleadas de trabajadores.

José Reyes se ha mudado unas veinte veces, la última ha sido en Albania. La gente lo conoce, pero los que trabajan en la mina lo detestan ya que ha puesto en vilo, con el poder de su palabra, la misma producción.

Las familias se organizaron en una comunidad de resistencia que es dirigida por José. A este territorio que ya no les pertenece le llaman ahora 'territorio hosco'.

«El día de morir es uno solo, a un guajiro no lo asustan con la muerte», dice José Reyes al referirse a las incontables amenazas y a que se ha visto obligado a salir de unos veinte sitios. «Tanto paramilitares como guerrilleros reciben dinero de todo este negocio. La historia hubiera sido otra si fuéramos ricos». Este hombre, que mantiene el mismo rostro de sus antepasados africanos, asegura que el sueño que tuvieron sus allegados y vecinos en el que lo vieron dando gritos indescifrables con la boca atollada de miel y abejas, fue en verdad premonitorio.

En abril de 2006 una OGN lo llevó a hablar frente al concejo de la ciudad de Salem, Massachussets, en los Estados Unidos. Allí denunció el atropello que hicieron con Tabaco.

Salem lo recibió como un bravío defensor de los derechos humanos y le rindió honores. Dicha ciudad produce electricidad a una gran región de los Estados Unidos y lo hace por medio del carbón que compra a Colombia. Un criador de chivos terminó convenciendo a las autoridades de esa ciudad de que presionara a la empresa generadora de energía para que cancele la compra del mineral.

Por otro lado, se supo que la última persona que estuvo bajo la sombra de la bonga fue Emilio Reyes, hermano de José. Todos esperaron una señal, pero no se dio; él está seguro de que las cosas «curiosas» como esos sueños inducidos cesaron con el desmantelamiento de Tabaco.

«A quién no deja chiflado el que lo dejen sin cimientos en este mundo», dice Emilio. «A veces voy a mirar de lejos lo que fue Tabaco y ahí solo se ve una loma mocha. Me acerco a las vallas electrificadas y enseguida se me acercan hombres armados con perros y me dicen que ni siquiera puedo quedarme a ver lo que fue mío, porque ya es propiedad privada».

El daño ocasionado a Emilio en el desalojo le dejó un sueño recurrente en el que está solo en mitad de Tabaco y hombres oscuros lo cercan, lo vigilan desde los árboles.

Puede ver que a su lado hay fémures y clavículas. Pero de un momento a otro se suelta una lluvia tenue en el escenario del sueño y los hombres oscuros se desvanecen. Los Reyes intentan interpretar esos trazos alucinados creyendo que algún día una lluvia, venida quién sabe de dónde, hará desvanecer a quienes cometieron semejante atropello. Es como si para esta gente el sueño fuera la única forma de conseguir las cosas, y uno concluye que sus fuerzas ya no radican en sus creencias, sino en la intensidad de su dolor.



José Reyes. Foto: Juan Carlos Guardela

¿Fue Rafael Núñez envenenado?

Publicado en El Espectador, 26 de julio de 2016

Extraños tabacos

Fue al mediodía del viernes 14 de septiembre de 1894. Rafael Núñez y su concurrido, Lázaro Ramos, caminaban por una de las calles de Cartagena cuando un hombre conocido se les acercó y les entregó un singular presente: un paquete de cigarros.

Era conocido el gusto de Núñez por los delgados tabacos de Ambalema, pero estos eran gruesos y, según relatos posteriores, tenían sabor y aroma diferentes. Antes de entrar a su despacho le dijo a Lázaro Ramos que los guardaría para después de la siesta.

Por aquellos días, doña Soledad Román, su esposa, hacía preparativos para un viaje que ambos emprenderían hacia Bogotá en los primeros días de octubre. Núñez, retirado de la actividad política, escribía punzantes artículos en El Porvenir, el diario que había fundado en Cartagena. El fin de este viaje era volver a la palestra política ya que, algunos líderes, solicitaban su quinta aspiración a la Presidencia. El país era un hervidero de pasiones políticas.

La historia reseña lo ocurrido durante las horas posteriores a la siesta. Núñez se fue a casa de Ramos en El Cabrero. Ramos era esposo de Rafaela Román, hermana de Soledad, a quien Núñez quería mucho y a quien apodaba «La Radicala» por la manera de oponerse al político y cuñado. En la residencia de Ramos, Núñez pasaba horas conversando sobre asuntos de Estado y de literatura y discutiendo con «La Radicala».

De haber estado presente, Soledad Román les hubiera arrebatado los cigarros por tratarse de algo poco habitual. En dos ocasiones en la vida de Núñez, doña Soledad evitó su asesinato. La primera fue cuatro años antes en un barco hacia Colón. Nunca se supo cómo apareció una canasta de frutas y flores que al parecer enviaban como cortesía a la pareja en el puerto de Cartagena. Soledad empezó a indagar y al no encontrar respuesta entre la tripulación y los sirvientes tiró los obsequios al mar.

La siguiente ocasión fue cuando, llevada por su agudeza, sorprendió a un hombre entrando a la casa y envió a varios guardias a vigilar la zona de El Cabrero, quienes encontraron entre los matorrales de las playas de la laguna de El Ahorcado a otro hombre con una potente Remington. Esperaban a Rafael Núñez en uno de sus paseos. Más tarde sería capturado otro que esperaba al mandatario con varios puñales en el cinto escondido en la cocina del Palacio de Gobierno.

Por estos antecedentes y por su redoblada perspicacia, este cambio de tabacos de Ambalema por cigarros misteriosos no hubiera pasado desapercibido para doña Soledad Román.

A eso de las 4 p.m., Núñez y Ramos empezaron a fumar los cigarros. A Rafaela le extrañó que no fueran calillas de Ambalema y le preguntó la razón. Núñez respondió que alguien se los había obsequiado diciendo «que eran extrafinos y de exquisito sabor». Rafaela se llevaría el nombre de esa persona a su tumba.

Síntomas

Una vez que los hombres terminaron de fumar, aparecieron los síntomas. José Ramón Vergara, autor del libro *Escrutinio histórico*, dedica gran espacio al testimonio de «La Radicala», quien asegura que a Núñez lo envenenaron con esos cigarros y que su esposo Lázaro fue el primero en mostrar los síntomas. «El esposo de dicha dama, don Lázaro Ramos, fumó otro igual, quedando al poco rato aletargado y como narcotizado, sin poder hablar una palabra —escribe Vergara—, le llevaron a su cama y allí recobró poco a poco el sentido, aunque se le afectó un ojo, que perdió por el resto de su vida...»

Sin embargo, a Rafael Núñez no le iría tan bien ya que había padecido meses atrás un dengue severo que le había mermado las fuerzas. No se explica la señora Rafaela por qué Núñez fumó aquel cigarro. «A los cuatro días, dijo Rafaela, terminó muriéndose».

Esta versión del asesinato es llamada por Enrique Revollo del Castillo como «procaz leyenda» en su libro *Núñez, el desconocido*.

Los días siguientes a esta reunión en la casa de Rafaela están anotados ampliamente en toda la historiografía.

«Tengo la cabeza como hueca; las ideas se me escapan, no recuerdo nada, ni los nombres de las personas», le dijo Núñez esa noche a Soledad, quien preocupada había mandado a buscar a Eduardo Román, médico de confianza y hermano que estaba en Panamá, aprovechando un vapor que había zarpado. Mientras regre-

saba, ella usó los conocimientos en medicina: Núñez creía en la homeopatía y no permitía que lo examinaran los médicos convencionales.

En la noche fue visitado por los hermanos Ernesto y Julio Palacio, conocidos periodistas y escritores de la época. Hablaron de literatura en su sala hasta entrada la noche. Núñez se mostró aguzado y discutidor y se notó que la charla le alegró un poco; sin embargo, durante todo este tiempo, sintió impresionantes dolores sin decir nada. «Me siento la cabeza como piedra. No puedo raciocinar bien. Me tomaré un sedlitz», dijo luego de que los Palacio abandonaran la casa. El sedlitz era un medicamento antiácido de la época y se tomaba con azúcar.

Esa noche Núñez no podía dormir. Pero hizo algo que pudo haberlo empeorado. Soledad Román comentó al poeta Daniel Lemaitre en una extensa entrevista: «Estaba distraído y se tomó el sedlitz. Me llamó y me levanté de la cama. Comprendí que estaba inquieto».

Luego Núñez esnifó algo de rapé y cometió otro error, volvió a fumar uno los misteriosos tabacos con el fin de relajarse. Fumó toda la caja.

«Mientras se le pasaba el malestar —dice Soledad— me senté en una silla al pie de su cama. De pronto se incorporó, se puso de pie, abrió los brazos como buscando equilibrio y cayó hacia atrás, quedando a través en el lecho. Ya no habló más».

Se inició entonces la agonía. Su cuerpo ya estaba debilitado por el dengue que había padecido tres meses atrás. Cuando su médico de confianza, Eduardo Román, llegó de Colón, ya se encontraban dos médicos de la ciudad al pie de su cama tratando de hacer lo posible para salvarle la vida.

Le aplicaron vejigatorios y emplastos de barro en el abdomen, que en ese entonces se creía que podían curar las inflamaciones intestinales.

«La palidez del rostro era intensa, y a más de esto tenía el párpado izquierdo caído, hasta el punto de que solo lo levantaba cuando ella (Soledad) le llamaba la atención, volviendo a dejarlo caer», asegura Gustavo Otero Muñoz en su libro *La vida azarosa de Rafael Núñez*.

«Los médicos hicieron cuanto pudieron, pero no lograron que articulara una sílaba. Se daba cuenta de lo que sucedía y debió sufrir mucho. Cuando llegó Lascario Barbosa a desprenderle un vejigatorio, lo miró con ojos aterrorizados y le tendió los brazos como buscando amparo», agregó doña Soledad. Fueron casi cuatro días de agonía.

El 18 de septiembre a las 6 de la mañana el Monseñor Eugenio Biffi llegó para darle la confesión. Para afirmar a sus preguntas Núñez tenía que apretarle la mano al reverendo.

Soledad Román dijo a Lemaitre que un par de lágrimas brotaron de los ojos de Núñez en el momento de la extremaunción, lágrimas que ella secó con un pañuelo que después daría como símbolo de amistad al presbítero Pedro M. Revollo. Paradójicamente, Núñez había sido el hombre con mayor rasgo anticatólico en todo el siglo XIX.

El escritor Alfredo Iriarte en su libro *Muertes legendarias* describe que en esta visita y a pesar de su escasa comunicación, Núñez fue enfático en no perdonar a ninguno de sus enemigos, así tuviera que alejarse de los beneficios de la confesión general. Monseñor Biffi se retiró del recinto atribulado.

Festearon su muerte

A eso de las 9:40 a.m. los cañones de las murallas dispararon anunciando su muerte. Enrique Revollo en el libro *Núñez, el desconocido* (1939) dice que los estudiantes liberales festejaron encendiendo juegos artificiales en la esquina de la Universidad de Cartagena hasta que llegó la guardia de la ciudad.

Más tarde, el gobernador H.L. Román escribió a Miguel Antonio Caro, presidente encargado en Bogotá, un lacónico telegrama: «Tócame el triste deber de comunicar a Ud. que hoy a las 9:30 a.m. dejó de existir, víctima de una fiebre y después de recibir los auxilios de la Iglesia, el Exmo. Sr. Rafael Núñez, presidente titular de la República».

Según Eduardo Posada Carbó, la muerte de Núñez había sido recibida con beneplácito en Bogotá: no solo ambos partidos le temían y desconfiaban de él, sino que también había mucho disgusto por cuanto muchas de las decisiones del gobierno se obstruían por Núñez desde Cartagena. Núñez era una piedra en el zapato para todo aquel que tuviera aspiraciones electorales.

Buscando indicios

El cuerpo del Reformador fue embalsamado por el médico de 26 años, Miguel Lengua, quien sería una de las eminencias de la medicina local. Lengua utilizó arsénico en gran cantidad con el fin de que pudieran hacerse las honras fúnebres que duraron más de cuatro días. A esto siguieron manifestaciones de adversarios del Reformador en el Playón del Blanco tratando de impedir que los assembleístas, venidos de otras regiones, dijeran sus arengas. Durante el evento, uno de ellos, el representante por Antioquia (liberal), recibió una pedrada cuando estaba en la tarima.

El cadáver fue enterrado en la Iglesia de San Pedro Claver. Cuenta Daniel Lemaitre, en un pasaje de *La Ñapa*, que varios años después, durante la Guerra de los Mil Días, doña Soledad ordenó una madrugada que el cadáver fuera desenterrado y trasladado secretamente hasta el revellín de Santa Catalina (actual entrada al barrio San Diego), cercano a la entrada de Paz y Concordia, para que no sirviera de botín a los soldados. Ella le aseguró a Lemaitre que la noche del traslado vio el cadáver y estaba intacto y que incluso su rostro tenía la misma expresión de cuando murió y que la piel estaba aún con lesiones que le salieron durante su convalecencia.

El médico Henry Vergara en su libro *Historia patria desde la mecedora*, se atreve a tratar el asunto en el capítulo «Núñez, el asesinato que nunca se contó». Dice que en su infancia conoció a uno de los descendientes de doña Soledad llamado Jorge Román García y que este aseguraba que Rafaela «La Radicala», en su lecho de muerte, habló sobre el misterio de la muerte de Núñez, diciendo que sabía quién lo había envenenado con unos tabacos, pero que se iba a llevar ese secreto a la tumba.

De esta forma puede haber motivos de peso para examinar hoy, con las nuevas técnicas, los restos del Reformador que, luego de la Guerra de los Mil Días, fueron dejados en un mausoleo de La Ermita de El Cabrero.

¿Cómo envenenar a alguien?

Por aquel entonces el envenenamiento era la forma predilecta para asesinar a alguien y las sustancias comúnmente usadas eran arsénico (que disfraza el asesinato) y cianuro. Había incluso guías para usarlo en libros de ciencia de la época y en algunas novelas.

El método clásico para envenenar a alguien sin dejar huellas incluye una fase latente (aplicación del arsénico de forma imperceptible) y luego, de acuerdo con las contingencias y según el comportamiento entre la víctima y el victimario, se da una fase mortal («el golpe de gracia»). Esta, de acuerdo con investigaciones recientes, fue la forma en que envenenaron a Napoleón Bonaparte.

El arsénico es incoloro, inodoro y sin sabor y puede ser mezclado sin riesgo de detección en alimentos y bebidas. Es suficiente una pequeña cantidad contenida en un pequeño envoltorio para cometer un asesinato.

En el caso de Núñez se puede confirmar un dato: que doña Soledad sí era precavida y tenía a dos mujeres jóvenes a las que les pagaba un sueldo con el fin de que probaran los alimentos de la familia antes de ingerirlos.

La escritora y chef Teresita Román de Zurek, nieta de Enrique Luis Román —hermano de Doña Soledad— me contó que a principios del año 1950 conoció a una de esas empleadas, quien estaba moribunda en un asilo de jesuitas, y esta le dijo que si Rafael Núñez fue envenenado no fue por alimentos ya que Doña «Sola» ejercía estricta vigilancia.

«El rey de los venenos»

Soledad Román, en la entrevista con Lemaitre y su hermana «La Radicala» en el libro *Escrutinio histórico* coinciden en asegurar que Núñez se refirió varias veces al agradable olor de los tabacos. El arsénico solo en su estado gaseoso tiene olor, y no precisamente agradable, ya que es parecido al ajo estrujado.

Por la época de Núñez se lo usó bajo la forma de anhídrido arsenioso: un polvo blanco e insípido, inodoro, al que llamaron «polvo de la sucesión», o «rey de los venenos». Fue el componente esencial de la «*acquetta di Peruggia*», o del «*acqua di Napoli*», que produjo centenares de víctimas. Se parece al azúcar impalpable. Cuando se emplea con fines delictivos es de difícil diagnóstico puesto que simula una enfermedad gastrointestinal con episodios sucesivos.

Los síntomas de envenenamiento por arsénico se dan porque el veneno interfiere en el metabolismo celular, lo que se manifiesta principalmente en las células endoteliales, por lo que una de las manifestaciones fundamentales es la vasodilatación parálitica de los capilares sanguíneos con alteración de la permeabilidad, lo que explica el pasaje de líquidos a la luz intestinal, los vómitos profusos y las diarreas imparables, el edema subcutáneo, y como consecuencia de todo lo anterior, hipotensión arterial y shock, así como también lesiones en los tejidos glandulares. Pero estos no fueron los síntomas en Núñez, ya que las cefaleas eran de notable relieve.

Descartado el envenenamiento por vía de los alimentos, nos centramos en el olor de las calillas. El único veneno de la época con agradable olor era el cianuro de mercurio, que al parecer huele a almendras amargas.

El cianuro de mercurio se obtiene mezclando sirope (ron) de almendra (común en la época) y camomel, un emético (vomitivo de uso común que contiene cianuro).

¿Cuánto cianuro es necesario para que en el acto de fumar dos o tres cigarros pueda producir la muerte en tres días? Según la toxicología se necesita de diez a quince gramos. Estos pueden estar ligados con sirope o ron sin alterar el potencial del veneno. Pero los tabacos debieron ser sumergidos en esa mezcla durante un tiempo considerable y fue absolutamente necesario que Núñez fumara varios. A esto se le sumó su constitución debilitada por el dengue sufrido semanas anteriores.

Los síntomas

Los venenos producen lesión tisular (los procesos vitales naturales se interrumpen). Los venenos se clasifican según sus efectos en corrosivos (ácidos o álcalis), irritantes (arsénico, mercurio, yodo) y narcóticos (el alcohol, el opio y sus derivados, la belladona, la trementina, el cianuro, el cloroformo, la estricnina, la toxina botulínica y otros). Estos últimos se conocen como venenos sistémicos, actúan sobre el sistema nervioso central, el corazón, el hígado, los pulmones o los riñones hasta que afectan los sistemas respiratorio y circulatorio.

El posible envenenamiento de Núñez cae en el patrón de veneno narcótico con cianuro, pero a través de un medio gaseoso, lo que produjo efectos implacables en el sistema nervioso central y sobre órganos como el corazón, el hígado, los ojos, los pulmones y los riñones. Luego vendría la inconciencia, las convulsiones y el delirio.

Son diversos los tratamientos para contrarrestar el efecto de un veneno. Los eméticos actúan a nivel local sobre los nervios gástricos, o a nivel sistémico sobre el centro del vómito del cerebro. Pero los eméticos no se deben administrar en personas que hayan ingerido un veneno corrosivo o irritante. Al parecer esto le ocurrió a Napoleón cuando ingirió los eméticos con sirope aumentando así la absorción. Si Núñez ingirió el sedlitz también hizo que aumentara la absorción del veneno por vía oral, aunque ya el daño estaba hecho por vía respiratoria.

Lo más importante en realidad es la obra de Rafael Núñez, pero una figura como él motivó toda una leyenda negra dada la impresionante influencia que ejercía en la vida del país y que ejerce en más de un siglo después de su muerte.

Un aspecto que está sin explicación es por qué un hombre que combatió en tantas guerras cruciales de la Nación y enfrentó a peligrosos enemigos políticos, en dicha época, haya cometido varios errores de seguridad.

Pugnas políticas

Al frente del gobierno se encontraba Miguel Antonio Caro desde 1892, pero el liberalismo independiente había disminuido casi hasta desaparecer, la división conservadora había aumentado y el enfrentamiento con el radicalismo (según Nicolás del Castillo Mathieu), adquirió características de singular dureza. Este era el ambiente político que imperaba cuando Núñez trató de llegar al poder por quinta vez.

Núñez tenía evidentes roces con Caro a pesar de haber pertenecido a sus huestes políticas. Caro, según Eduardo Posada Carbó, estaba en dificultades para manejar

un Congreso que le era hostil. Las sesiones de 1894 (año de la muerte) se caracterizaron por una extraordinaria agitación, motivada por las controvertidas medidas fiscales que quiso adelantar el ejecutivo. «Congreso no hace nada», telegrafió Caro a Núñez el 20 de agosto, cuando le advertía de los intentos de algunos de querer reducir el ejército a tres mil hombres.

Dos días antes del posible envenenamiento, el 12 de septiembre de 1894, un corresponsal del South American Journal describía un preocupante escenario donde se había perdido la confianza en el gobierno al tiempo que crecían los problemas del tesoro público. Pero los desacuerdos venían desde que Miguel Antonio Caro reintrodujo el monopolio del tabaco, con lo cual no estaba de acuerdo Núñez.

Motivo, oportunidad y medios

Desde su segunda presidencia Núñez sabía que tanto el liberalismo como el conservatismo estaban obligados a hacer alianzas y que dentro de esa política ambos podían reagrupar sus fuerzas, solidificarlas y prepararlas para resistir los embates de un pueblo cansado y engañado por sus jefes.

En el gabinete con el que Núñez inició la segunda presidencia se vio obligado a dejar solo una minoría al conservatismo. Entendía que, si lo ponía en condiciones paritarias, los liberales —que tenían mayoría en el parlamento— le hubieran retirado el valioso apoyo para la empresa de crear una nueva Constitución (1886), cuya finalidad era acabar con el Federalismo que tenía al país sumido en guerras de todo tipo.

Núñez encontró desorden en todas las esferas, una burocracia exagerada y una tremenda crisis fiscal debido a los errores de la política económica aplicada. Había problemas con la producción de quina y tabaco (únicos productos que Colombia exportaba). Mientras unos liberales le aceptaban cargos públicos, otros le hacían guerras de bolsillo.

El conservador Solón Wilches, gobernador del estado de Santander, fue un hombre hostil que en ese momento dictó medidas que propiciaron la pobreza y la rebelión y una nueva guerra civil. Este hombre sería uno de los primeros antagonistas de Núñez, luego vendrían más.

Esta asonada tenía un fondo: crear la guerra civil definitiva y derrocar al gobierno. Núñez envió una comisión de liberales que apagó la sofocación. Sin embargo, el general Solón Wilches se agrupó con sus hombres y empezó una guerra de guerrillas con el fin de extenderla hasta la costa y todo el país. Luego los jefes del radicalismo, viejo partido en crisis, dieron el apoyo a dichas guerrillas y comenzaron a condecorar guerrilleros y a hacerlos generales, a ascenderlos a la categoría de estrategas.

Uno de ellos fue Ricardo Gaitán Obeso, quien dirigió ataques en la costa Caribe. Según escritos, fue un hombre valiente que se mantuvo en la cúspide como liberal radical. Lo mismo ocurrió con varios líderes guerrilleros que se fugaron como disidentes.

Un caso interesante fue el del general Santos Acosta, quien esperaba que le nombraran general de las tropas leales a Núñez. Este se resintió porque le dieron la dirección a Leonardo Canal, un general conservador.

Así Núñez fue haciéndose enemigos, todos hombres de armas.

Durante este periodo de confrontaciones muchos liberales y conservadores se mantuvieron leales a Núñez. Pero con el estallido de la guerra cayó enfermo de una extraña infección estomacal que duró meses.

La tensión durante los meses siguientes a la toma de posesión fue terrible. Fue incapaz de trabajar, se sumió en las preocupaciones mientras tenía que hacerle frente a la guerra. Sus allegados, entre ellos Soledad, Roldán y Angulo, soportaron también el aluvión de problemas.

Empezaron a correr rumores en la capital que decían que Núñez había muerto y que su muerte se mantenía en secreto. Entonces le dijo a Soledad que anunciara su mejoría e hizo un esfuerzo descomunal sentándose en el balcón de Palacio para que los curiosos constataran que seguía vivo. Dio órdenes y dirigió personalmente las maniobras y los movimientos de los ejércitos leales hasta que se pudo vencer a los movimientos guerrilleros en la guerra de La Humareda, con lo que se conjuró la revuelta en todo el país.

Gaitán Obeso sería encarcelado en una mazmorra en Panamá, en donde, por cierto, moriría envenenado.

Tiempo después Núñez conformaría el Consejo Nacional de Delegatarios que implantó la Constitución de 1886, que durante 105 años imperó en nuestro país.

Caro versus Núñez

Luego de la batalla de La Humareda, Núñez tuvo mucha cercanía con Miguel Antonio Caro, quien nunca terminó de gustarle, pero quien le convenía. Este defendería sus ideas en el Consejo de Delegatarios y calcó los lineamientos de Núñez en la Constitución pasando el país de ser estado federal a centralista.

Caro llegó a ser encargado de la Presidencia en el siguiente periodo hasta que surgieron entre los dos problemas de todo tipo que Núñez pasaba por alto. Cuando

Caro tomó decisiones contrarias ayudando a los productores de tabaco e imponiendo su monopolización, Núñez reventó.

Caro al final resultó siendo un hombre intransigente, duro, inteligente y dogmático. En ocasiones soberbio y en ocasiones sabio.

Payán versus Núñez

En su tercera Presidencia le empezaron a llegar consejas a Núñez de que su vicepresidente, Eliseo Payán, quien había reemplazado en el mando al general Campo Serrano, estaba dando muestras de deslealtad. Eliseo Payán era el último de los caudillos militares, pero el más peligroso por su popularidad.

El escritor Marco H. Perico, en el libro *Núñez, su demonio y su carne*, define a Payán como un hombre orgulloso y dinástico, entroncado en lo más escogido de la sociedad y de los terratenientes del Cauca, heredero de los lineamientos del general Mosquera, fue templado, creído y audaz.

Payán no quiso aceptar la gobernación de su Estado ofrecida por Núñez a pesar de que el Cauca estaba en su mayoría con él. Así que esperó a que le fuera ofrecido el cargo de vicepresidente, como en efecto lo fue.

Payán hizo caso omiso de Núñez cuando este se encontraba en Cartagena. Pensaba que Núñez solo se estaba dedicando a hacer versos y escribir sus artículos periodísticos. Mientras tanto se tomó atribuciones de jefe de estado y empezó a comportarse como un liberal sectario. Con un solo mensaje telegráfico Núñez lo puso por fuera y se ganó su enemistad.

Otros enemigos

Antes de Payán hubo otros militares a los que se les elevaron los humos con el poder y cometieron errores graves gobernando. Uno de ellos fue Daniel Aldana, cundinamarqués rabioso, astuto, socarrón y pendenciero. Aldana había entrado en conversación con los liberales insurrectos, pero Núñez lo supo a tiempo. Un día lo llamó a Palacio en secreto. Lo recibió en su alcoba y en penumbra. Aldana, lleno de curiosidad se sentó a su lado. Núñez, con voz de ultratumba le dijo que estaba a punto de morir y que había ordenado todo para que él fuera su sucesor.

Luego le regaló el bastón de presidente. Con ello Aldana empezó a alejarse de los liberales rebeldes. Luego de la disolución de la conjura, Núñez lo hizo juzgar ante un tribunal y Aldana desapareció como por encanto.

Otro enemigo de Núñez fue Ramón Santodomingo Vila, general panameño. Creyó demasiado en su caudillaje militar e intervino en la política solo para obstaculizarle. Tenía mucho poder en el istmo y lo había nombrado gobernador, pero se vio obligado a renunciar.

Una personalidad que propiciara este tipo de odios y de sentimientos encontrados en una nación con la guerra a flor de piel, podía generar en muchos los motivos para asesinarle. Y más si se conoce que por esos días Núñez preparaba su regreso a la Presidencia.

Los descontentos de uno y otro partido se multiplicaban. Había cábalas por todos lados. Sus enemigos seguían con miradas de lince sus editoriales.

Por otro lado, su obra se estaba reforzando. Sus decisiones frente al gobierno por medio de Caro dieron resultados. Muchas reformas estaban llevando al país a la pujanza. La industria se desarrollaba, el costo de la vida se mantenía sin alteraciones, la protección a las aduanas y el papel moneda estaban logrando sus objetivos sin traumatizar la economía nacional.

El Banco del Estado, luego de atravesar una dura etapa, ofrecía al país apoyo y seguridad. La producción agrícola aumentaba, las exportaciones del café subían. Se fundaron establecimientos agrícolas. Se legislaba para educar y enseñar. Se clausuraron las aduanas internas entre un estado y otro. Pero de manera subterránea estaba el fermento de la violencia. La masa liberal y la masa conservadora fluctuaban entre la indecisión y la ignorancia y cualquier voz rebelde podía soliviantarlas.

Cuando Núñez, al final se decide por Caro como vicepresidente, se granjeó enemistades en el partido nacionalista que ya tenía su propia crisis.

Una vez electo por cuarta vez dejó a Caro en el poder. Pero este empezó a fallar, encrespó la marea y se volvieron a presentar roces entre los distintos partidos. Políticamente respaldaba a Caro, pero en su interior había siempre un celo contra él. En el parlamento se caldeaba la intensidad del momento político, hubo mucho individualismo ofendido, mucho rencor. Los actores se ofendían a diestra y siniestra, y Caro se terció en una trifulca pública de la que no salió ileso. De manera que el país entero pidió a Núñez que asuma la Presidencia. Núñez lo pensó algunos días. Luego del dengue que lo diezmó, creyó que el trabajo lo curaría. Le atormentaba que su obra, el hijo de su espíritu, la Constitución de 1886, la regeneración del país, el establecimiento de un gobierno centralista y justo se viniera abajo en manos de los soberbios y de los incapaces. Pensaba en embarcarse hacia Bogotá los primeros días de octubre, pero no lo logró.

Los días finales de Núñez fueron en El Cabrero. Había hecho de su escritorio su casa. Allí meditaba. Soledad se encargaba de que no fuera interrumpido. Fatigado de leer o escribir salía a dar algunas vueltas por la playa y por la vieja ciudad. Por las tardes hacía tertulia en casa de «La Radicala».

Acción penal

Hace algunos años varios periodistas quisimos revisar el caso tratando de iniciar una acción jurídica basada en el posible envenenamiento. Pero pronto hallamos diversos problemas. Debíamos atravesar un impresionante formalismo legal para lograr dicha exhumación, al lado de una dispendiosa acción penal que demoraría décadas.

Es posible escudriñar en la historia y recorrer senderos aún oscuros. Ello nos mostraría nuestro verdadero rostro, pero encontramos resistencia por parte de conocidos abogados tradicionalmente liberales de Cartagena y el país, así como el descreimiento de algunos importantes historiadores.

A algunos les pareció una jugarreta para tener la atención de los medios. Otros, en tanto, mostraron sorna ante nuestras pretensiones diciendo que la autorización de exhumación no la daría un juez del circuito, sino el mismo Congreso de la República.

Tuvimos el apoyo de profesionales serios. Otros se ofrecieron para destapar subrepticamente la cripta y sacar, sin autorización, los pocos restos que se necesitan para indagar si fue envenenado.

Núñez fue un librepensador y un anticatólico. Un materialista que invocaba a Dios. Un federalista que impuso el centralismo. Creyó en la prensa libre, pero decretó en contra de la libertad del pensamiento. Estas actitudes le crearon enemigos en todos lados.

El médico legista Manuel Martínez en su momento aseguró que es posible saber con exactitud si el arsénico (o cualquier otro veneno) había sido utilizado para darle muerte y que además, con las técnicas de investigación de hoy, se puede determinar si fue usado antes o después del fallecimiento; que no importaba que Lengua hubiera utilizado cualquier cantidad del mismo veneno para embalsamarlo y agregó que si le dan un mechón de cabello, una porción de uña, o un fragmento de hueso podía con exactitud saber si el envenenamiento fue agudo, crónico o sub crónico, confirmando si el victimario estuvo cerca de la víctima.

Teresita Román de Zurek me dijo que su abuelo Enrique Luis Román y su padre Enrique Román del Castillo, creyeron siempre en la tesis del envenenamiento y

que por más de 40 años esa versión se extendió por Colombia como si fuera una verdad. «Mi padre a menudo lo decía. “A Núñez lo envenenaron con un tabaco que le regalaron”. Asimismo, mi abuelo repetía la historia».

Coda

Alfredo Iriarte dijo en su libro *Muertes legendarias*, que doña Soledad Román cumplió la última voluntad del finado, «sepultó para siempre en las aguas del mar las enormes petacas que contenían los apuntes secretos y la copiosa correspondencia enviada y recibida por Núñez durante los años de su retiro en Cartagena».

Quizá en ellas se encontraban cartas firmadas por los mismos victimarios, valiosas evidencias de los autores intelectuales, pero también del porqué de algunas pasiones intestinas, rencores y planes de nuestro personaje.

Iriarte concluye: «Por este motivo y otros similares en los que se combinan la acción y la omisión, Colombia es, especialmente en su último siglo de vida, el caliginoso reino de la amnesia y del no saber a dónde vamos por ignorar de dónde venimos».

La parábola de El Toto

Me contó un amigo médico que en el barrio de invasión Benkos Biohó, en el corregimiento de Pasacaballos en Cartagena, la gente le teme a Buziraco, diablo perseguidor de los esclavos desde los años 1600, demonio de la torpeza, las plagas y la sequía, y para alejarle cuelgan del cuello de los infantes una verga diminuta esculpida en madera. Los pocos que hablan abiertamente del raro amuleto me aseguran que se rompe en dos si Buziraco se asoma husmeando los recintos. «¡Ábrete, diablo!» gritan las madres a las sombras, por si acaso. La verga resguarda también del mal ojo de envidiosos y desgarrar maldiciones. Cuando el niño se convierte en hombre, el diminuto emblema es conservado por sus padrinos.

Esta representación del falo es solo uno de los tantos elementos que integran el modo de ser de esta comunidad, un modo de ser que ratifica la dominación masculina a través de las creencias y de los sentimientos. Por eso es natural que en los dominios de Benkos Biohó el líder natural sea Adalberto Paut, alias «El Toto»: hombre de 58, chofer de bus, con cuatro mujeres, 26 hijos y 26 nietos.

Adalberto Paut, más conocido como El Toto, está sentado en una mecedora con una gorra de béisbol. Lo rodean varios de sus hijos y su yerno, Emiro Morelos. Al fondo en la cocina Luz Marina Serna, una de sus mujeres, cocina cola de babilla. Digo una de sus mujeres porque su yerno señala que a tres casas de allí, El Toto tiene viviendo a otra de nombre Rosa Arias. Me asomo y una mujer robusta hace señas desde su terraza y detalla los movimientos de su marido. «Ambas casas fueron construidas por El Toto —dice el yerno— y nunca ha habido problemas. Se turna los días y las noches y las mujeres no se tienen aborrecimiento, se reparten alimentos y se ayudan. Han hecho fiestas juntas. Un cumpleaños de El Toto es todo un evento».

Si Rosa Arias y Luz Marina Serna viven en Benko Biojó, Lucía Catalán y Esilda Sabala lo hacen en Cartagena. Con ellas también hace lo mismo, «se turna». Es difícil, pero trata de mantener el mismo vigor desde hace décadas y más ahora que los hijos tienen familia y se obliga a mantener la costumbre de llevarle a cada mujer su mercado mensual.

Como Rosa no se acercó, quien aprovechó para hablar conmigo de las virtudes de su marido es Luz Marina. «No se las tira, no es engreído», dice. «Su fama no es porque sea chofer de bus, pues hay muchos conductores groseros y antisociales. Es por la parla que tiene mi marido. Pero es mejor así porque no es bueno que un

negro llame tanto la atención». Pero El Toto más bien es regordete, bajito, pero su reputación es que ha llevado al catre a unas 2 mil mujeres.

Todo el que pasa por el frente lo saluda. Algunos le traen razones de los confines del barrio donde hay gente que necesita medicamentos. Preguntan cuándo se va a ir la luz y cuándo vendrá el carrotanque que surtirá agua al barrio. El Toto no lo sabe todo, pero habla de unos ladrillos que alguien donará. «Labor social», matiza Emiro quien más que yerno para El Toto es su compañero de andanzas y colaborador. Por esos días habían emprendido un proyecto que busca la rehabilitación de cincuenta pandilleros.

Luz Marina sale de la cocina vaporosa con platos llenos de guiso y los reparte. «Aquí se come babilla tres veces por semana. Es mejor afrodisíaco que los mariscos» enfatiza Emiro.

Empezamos a comer la exquisitez hecha en leche de coco. Sabe mejor que el pollo. Entonces El Toto habla: «Ninguna se puede quejar. Yo ya he sentado cabeza. Estoy en paz con todo el mundo».

Pasa un hombre a pie por la calle y lo embroma gritando: «¡Compa, ahí donde usted lo ve tiene a más de 200 mujeres desfondás!».

De pronto hay una algarabía de pelea en la esquina. Dos hombres descamisados se enfrentan a machetazos. La gente formó un círculo en torno a los adversarios para ver de cerca cómo se tasajean. Nadie bromea, pero los azuzan. Dejamos de comer y fuimos a ver. Se mandan el primer tajo y los machetes hacen un estropicio aterrador. Los contendientes hacen gestos extravagantes, se amagan. El segundo totazo de los machetes es tan fuerte que los hace retroceder. El Toto grita: ¿Se van a matar?

Una mujer gorda responde: «Es que uno empujó al papá del otro».

Cuando se iban a dar el tercer totazo El Toto metió su cuerpo entre los dos y los energúmenos se detuvieron: «Háganme el favor y respetan el barrio, aquí nadie se va a matar y menos en fiesta».

La voz de El Toto es suave, pero tiene apretujada una descomunal autoridad. Los hombres arrojaron los machetes. Los energúmenos se separan, están pálidos.

«Demoraron una semana afilando esos machetes, oye», se quejó la gorda. Enseguida la gente los tranquiliza, les secan el sudor de las frentes, les echan frescos y El Toto los obliga a que se den la mano en señal de paz.

Según Luz Marina, en 1986 a Adalberto le endilgaron el apodo de «Siete Mujeres». Tenía 33 años y se debió a una telenovela que fue el furor en la nación. Su trama se basó en un relato de Manuel Zapata Olivella y el personaje, un costeño poco amigo del trabajo y dado a muchas mujeres y a la bebida, lo encarnó Jaime Saldarriaga. Adalberto en ese momento se parecía mucho al protagonista, pero era mucho más oscuro que Saldarriaga, tenía más de siete mujeres, le tocaba matarse trabajando y era abstemio.

«De haber accedido a las pretensiones de los politiqueros El Toto hubiera sido concejal varias veces» dice Luz Marina. Mucho antes de la telenovela El Toto ya era famoso en todo el Caribe colombiano. La fama le llegó hace veinte años cuando su vida fue contada en los canales internacionales Univisión y TV Azteca. Al principio se mostró incómodo que su intimidad se conociera, pero un hombre con tantas mujeres, hijos, nietos y amantes, a la larga ya no posee vida íntima. Lo que más sorpresa le dio fue que sus mujeres se mostraron orgullosas.

Empezó a conducir buses a los 15 años cuando la ciudad era pequeña y para poder tener licencia de conducción su padre pagó una fianza de 10 mil pesos. Sin pena confiesa que convirtió su bus en una especie de residencia ambulante. Llegó el momento en que hacía el amor con seis mujeres al día. En una playa solitaria, en un campo de fútbol, en una esquina oscura, al fondo de los estadios, cualquier sitio era propicio. Entre las seis de la mañana y el mediodía lo hacía tres veces y entre las tres de la tarde y las siete de la noche otras tres veces. «Uno cree que entre más tira está mejor físicamente. El cansancio miente, el vigor es una ilusión. Un día me desmayé».

Nicolás Curi, un famoso médico y hoy ex alcalde de la ciudad, lo vio en una de sus correrías políticas por Pasacaballo y enseguida se dio cuenta de su problema de salud. «Paut, le dijo al padre, tu hijo se está muriendo», y se lo llevó a su clínica en donde lo recluyó 30 días. Allí recibió alimentación con dextrosa como si fuera un niño. Entonces, Curi le dijo la verdad a su padre y este comentó con amargura: «Y saber que tu madre se quejaba de que era muy duro contigo y de que te iba a volver cacorro. Fíjate, en cambio crié fue a un culión».

Le dieron de alta, pero continuó sin recuperarse. Entonces Lucía Catalán, una de tantas mujeres, decidió hacerle una cura brutal que había escuchado de sus ancestros. Se trajo de Ranchería, Córdoba, varias gallinas criollas y le dio de comer solo huevos con cerveza negra cada mañana y en las tardes le quebraba un huevo crudo en un plato y hacía que, desnudo, se pusiera en cuclillas. Cuando el ano de «El Gran Toto» se abría, Lucía acercaba el plato con el huevo hacia el orificio, el cual, haciendo ruido de succión y como por arte de magia absorbía todo el contenido, luego se acostaba boca abajo para que no se le saliera. Lucía, El Toto y el yerno lo juran al tiempo.

«Hay que tener fuerza», dice su yerno aminorando la vergüenza que muestra ahora el rostro de El Toto. «Yo no lo he vivido, pero me cuentan que el mismo cuerpo, cuando está con mucha debilidad, succiona la clara y la yema de un solo sorbo».

«Es una cosa horrible», se queja El Toto, arruga la cara como si todavía el huevo estuviera calándole. «No es ningún mito, yo lo viví. Eso es desagradable. Fueron 60 huevos en un mes. Me cansé de la cerveza negra y no quise volver a ver huevos por mucho tiempo, pero me curé».

Los hombres bromean todavía con lo de los huevos y es posible que haya en ello una intención inconsciente de feminizarlo. Y es la única vez que estuvo expuesto a la humillación y al ridículo. Lo acepta sin remilgo y cuenta su experiencia como si quisiera demostrar que el hecho de ceder ante esa penetración no socavó su masculinidad.

Pero Luz Marina, con cierta ironía en su rostro, interrumpe y aclara que muchas veces durante el tratamiento estaban todas sus mujeres en el cuarto con el fin de que se pusiera en cucullas cumplidamente para que el huevo hiciera su trabajo.

Algunos hombres prohibieron a sus mujeres subirse al bus de El Toto y a él le reclamaron haciéndole escándalos en los turnos, aunque nunca se peleó con nadie. Hubo hombres que le pegaron a sus mujeres, pero El Toto descubriría que ellas, luego de que les hicieran pasar semejante vergüenza en la calle, empezaban a mirarlo con mayor interés. En dos ocasiones perversos hombres celosos trataron de hacerle daño dándole tragos malos. Pero nunca hizo nada por buscar retaliación.

Descendiente de negros africanos siempre había escuchado de sus ancestros agüeros sexuales de los cuales aún se cuida. «Descubrí a más de una haciendo cosas como colocar la pantaleta bajo mi almohada. La idea de ese truco sucio es que en adelante yo no tuviera ojos ni pensamiento sino para ella sola, se busca con eso que el olor de la mujer se le quede a uno alojado en la nariz. Una trató de medirme el pene con un hilo. Las abuelas decían que con esos hilos se pueden hacer rituales para amarrar al hombre. No hay que dejarse medir el pene. He sorprendido a otras agarrándome el dedo gordo del pie mientras dormía; dizque con eso el hombre responde con la verdad a cualquier pregunta que se le haga. Cualquier mujer puede hacerle a uno una cosa de estas y queda listo».

La lista de los gatuperios es larga y más en estos barrios marginados donde se mantienen vivas algunas creencias de recónditos y ancestrales surgimientos: Pueden echar extracto de pancrea, mata bruja, que sirve para que el marido no crea, o le persignan el glande al hombre. O le echan Maranguango que consiste en echar al hombre los flujos de la menstruación en cualquier bebida para, según

la creencia, poner al hombre como un buey manso. Se ha sabido de hombres que restriegan en la piel de su enemigo una luciérnaga atrapada en verano con el fin matar su virilidad.

El Toto sostiene: «Una de las cosas que detesta la mujer es al hombre fanfarrón. Yo siempre mostré hasta dónde llegaban mis alcances, pero les prometí cariño. Muchos hombres no son humildes. Conozco a uno que encarga a un amigo para que cuando esté hablando con la mujer este le diga: “Patrón, este mes no puedo pagarle los 3 millones, ¿oyó?”. O bien: “De las veinte vacas tuyas se nos extraviaron tres, las estamos buscando, ¿oyó?”. Lo hacen para impactar, pero esa mujer le cojerá odio cuando se entere de que el tipo no tiene ni para alimentar un perro. Hay unos que tienen la billetera inflada, pero es solo un montón de cartón y encima de un billetico de 5 mil. Yo en cambio, de entrada, digo mi verdadera situación».

Luz Marina, le reclama: «Él no es machista, sino es mujeriego. Muchas se fijan en él por curiosidad. Y me he dado cuenta de que todavía apunta nombres de mujeres en una libreta. Él tiene 19 hermanos y son bembones y bastos, pero de buen trato, eso lo valoran las mujeres. Cuando salió por televisión vinieron dos hermanas de Barranquilla a Pasacaballo exclusivamente a conocerlo. Al principio mostraron vergüenza, pero después le propusieron que les hiciera el amor, a mí me lo dijeron y me subí al bus y les restregué en los cabellos un pescado salado. No tienen respeto»

Con El Toto se entiende que falo es el único órgano reproductivo que hace una puesta en escena y el único que está obligado a mantener su vigor en el tiempo. En ella la mujer asume el doble rol de dominada y de quien perpetúa esa condición. Sin duda la dominación del «varón» se debe a nuestras profundas carencias.

Hace poco lo visitaron unos asiáticos. Dijeron que eran científicos. Reunieron a todas sus mujeres y les dieron dinero. Luz Marina les repitió lo de la dieta: «Bocachico, barbudo, babilla, ñame, cerdo magro. Nada de carne de res. No trota, no hace ejercicio, pero pasa caminando todo el día».

Desnudaron a El Toto en el patio y le pidieron que se bañara. Insistían en hacerle videos a la verga. Luz Marina se cabreó por tanto cosa. Le tomaron muestras de sangre, le hicieron preguntas.

Ofrecieron un millón de pesos a cada familia para llevárselo, pero el papá de El Toto se opuso y armó escándalo: «Cómo vas a irte de turista para otro país con tanto pelado que tienes que alimentar acá». Se fueron, no sin antes regalarle un reloj de oro en agradecimiento.

Frenesí por el meneo³

En los extramuros de Cartagena no se puede hacer nada si no se ponen a sonar grandes aparatos de sonido al lado de los cuerpos.

El sonido de los bailes al fondo de los barrios es el único horizonte. Es la ciudad que muchos conocen, pero que desaparece cuando se encienden los sets de televisión o el plató de cine. Los que creen en la pobreza como postal es posible que supongan que basta con levantar la mano en el aire asoleado de estos barrios para sentir la estática del desespero.

Pero no.

No confundan hambre con desesperanza porque toda esta gente baila. Baila, aunque no lo crean, al lado de la nata de los sumideros. Cuando el caño crece y cuando se seca, bailan. Si ponen dos palos como cimientos de una casa, bailan. Y más cuando las mujeres están pariendo.

Bailan, siempre, aunque los barrios encopetados se espanten.

En muchas partes el baile tiene formas estilizadas y nombres diversos, pero allí bailar es algo más, es una manera de acceder a un poder todavía no saqueado. Por eso el frenesí y la extravagancia son la medida de lo que existe.

Pasacaballos es un corregimiento de Cartagena fundado por esclavos negros hace 233 años. Está ubicado a dos kilómetros del complejo industrial de Mamonal, a un lado de la desembocadura del Canal del Dique y estancado hace décadas. Tiene más de 17.000 habitantes que resisten. La mitad de su población (el 49 %) es menor de 18 años. Casi todas las muchachas a sus 15 o 16 años ya tienen sus primeros hijos al hombro constatando que hay algo en toda esa latitud bulliciosa que hace hervir las células desde temprano.

Al llegar, lo primero que se siente es la brisa salobre de la bahía. Cuatro calles en forma de L, dos parques, tres invasiones recientes. Pareciera que esa fisonomía hubiera sido diseñada para la marginalidad y la exclusión. No son

³ Crónica publicada bajo el título de "Cartagena pobre" en el número 144 de la revista Soho en la sección Vidas paralelas.

gente de problemas. Todo conato de reyerta no pasa de ser un revirar al aire, manoteo de mujeres macizas, gritería que culmina en goce.

La razón es que aún late un aire apacible (rural quizá) y cierto respeto por los mayores, además de una filosofía de la vida asumida sin inconvenientes. Un senequismo primordial que deberíamos copiar. Son más de 17.000 habitantes cuidados solo por cinco policías: un comandante y cuatro agentes con dos motos. En cambio, en la ciudad del fondo, la ciudad de las marquesinas y los vítores, más de 650 agentes resguardan a 25 muchachas en el Concurso Nacional de la Belleza.

Cartagena tiene un aparato económico diversificado con industria manufacturera, turismo, comercio, actividad portuaria y de servicios. Pero el desfase entre pobres y ricos demuestra una estructura económica con características de sociedades en estado de supervivencia. Ni siquiera entre la refinería de petróleos y las plantas químicas (que aparecen entre las grandes manufactureras de Mamonal, vecino rico de Pasacaballos) hay encadenamientos. Su situación se asemeja más a una economía de enclave que a una integrada, según expertos.

Hoy pocos nativos de Pasacaballos trabajan en las más de 620 industrias que funcionan en las vecindades. Hay dos escuelas y un instituto técnico. Menos de la mitad tiene empleo. La pesca y la escasa agricultura son las únicas posibilidades de ganarse la vida. En el 2007 llegó el alcantarillado, pero un 80 % ya no funciona porque se taponó, sin embargo, la empresa cobra su uso mientras las calles se inundan de aguas servidas.

En los años 70 y 80 la zona sufrió estragos por el derrame de sustancias químicas en algunas industrias. Hubo un tiempo en que nacieron niños con un dedo de más en las extremidades. De eso se hicieron estudios, pero no pasó nada.

El 8 de diciembre de 1978 a las 9 p.m., un tanque con 42 toneladas de amoníaco estalló en Abocol y el pueblo (que bailaba) fue sorprendido por una nube tóxica que mató a 36 personas.

En junio del 2005 el escape de una sustancia tóxica dejó 70 afectados. Nunca se supo qué sustancia fue, ni cómo ocurrió. Primero dijeron que se trató de un derrame en un barco y luego que fue un accidente en el complejo. No hay investigación al respecto y aún no se explica cómo el sector industrial carece de protocolo de emergencia a pesar de las inmensas divisas que arroja.

Al lado de Pasacaballos hay tres invasiones. Son extensiones suyas, nacieron de sus mismas carencias. Benkos Biohó: nombre en honor a un negro cimarrón de Guinea que dio batalla a los españoles en una portentosa y cinematográfica trama histórica.

La Cangrejera: con cuatro calles donde cangrejos desfilan sobre escombros y légamo.

Y, la última, desalojada tres veces por la Policía: la Madre Herlinda Moises, en nombre de una misionera austriaca que trabajó 40 años en el sector y que fue perseguida y torturada en los años 80. Moises fue una mujer con un temple pocas veces visto en la bahía. Cuidó la salud y la educación de muchos. Su legado es valioso.

Un día se encarajinó con tanto baile y mandó a pintar la entrada del cementerio con una admonición: «Hasta aquí llegó tu orgullo».

La reprimenda causó efectos, demoró lustros. La borró solo la intemperie. No hay duda de que el orgullo al que se refería Moises no era el envanecimiento ni la altivez relapsa. Lo que avisaba la madre con la sabia premisa era que todo baile cesaba con la muerte. Así que, desde ese momento, llevados por una lógica motivación, los pasacaballeros redoblaron su frenesí por el meneo.

Es sábado al mediodía. Al fondo de los locales siempre hay un televisor sintonizado en el canal local de Pasacaballos.

Un joven presentador bastante doméstico y bonachón anuncia los principales eventos. Esta vez notifica que en la «zona rosa»—la Calle Real— ya se han encendido los picós, aparatos de música que tienen que calentar con horas de antelación. Con rodeos anuncia que esa noche en la canchita de microfútbol tocará El Rey de Rocha, una especie de tótem musical ensordecedor capaz de alterar el amperaje de un pueblo entero. El aparato trae 20 operadores y un cantante: el famoso Walditrudis, que viene «con los más pegados» y que hace sus presentaciones con pista y todo.

El Rey de Rocha tiene 20 años de historia musical, es contratado como si fuera una orquesta, viaja por pueblos y ciudades e incluso lo contratan para animar barriadas enteras en Caracas.

En toda esta extensión hay un tratado de estética que no se conoce. Se necesitan ojos nuevos para detallarlo: las cursilerías en los anuncios de fiestas, el glamur de los talleres de latonería y pintura, el desfile de las barcazas de maderas tristes, el goteo, los llamados, los ladridos lejanos.

Los niños juegan con cajas de cervezas en los charcos, buscan racimos de cangrejos.

Hay una playa de barro a orillas del Canal del Dique donde un ferry quejoso lleva y trae automóviles hacia la isla de Barú.

A un lado hay un restaurante de comida corriente que se inunda con la marea. Un niño rasga con vigor acuciante el fondo de un caldero. Se siente entonces el tropel de mujeres haciendo comida y el olor de la fritanga y ponen con escándalo palanganas de jureles, sábalos y lebranches y otros peces de vientres plateados a los que nadie les sabe sus nombres. Son pescados que parecen seguir mordiendo después de fritos. Tienes que chorrear limón sobre esa gordana exquisita. Al lado te ponen cucharas de totumos, lingotes de yuca y ñame con suero chorreado, un botellón de ají chivato lleno de cebollas y ajos fermentados en agua de panela, y un platón de plástico donde te echan unos tres cuartos de litro de sopa de pescado, para que no te quejes. Lo cual no está muy lejos de las bodas de Camacho. Todo no supera los 5.000 pesos y eso porque están en fiesta, ya que en otra época es más barato.

El que no tiene los 5.000 puede ir donde Edelsy Pineda, en la esquina siguiente, que fríe en un caldero con aceite oscuro varios kilos de tripitas (chinchurria). Los corta en generosos trozos chorreantes de grosura y sabor y los sirve en papel de estraza con patacones bañados en suero picante. Todo por 1.200 y hasta por 1.000 pesos.

Un grupo de diez muchachos espera con ansias las succulencias.

En un negocio de terraza sin nombre, justo en la mitad del pueblo, han puesto un ventilador que no refresca los cuerpos, pero enfría los tubos electrónicos de un animal de sonido que retumba. En esta terraza la gente converge cada fin de semana antes de decidirse por el baile de la noche.

En la entrada, un gallo mira extasiado el alboroto que arman unas muchachas que echan agua a los que pasan por la calle. Cada vez que el aire vibra con el sonido del picó el gallo se sacude.

Se abre en el recinto la voz de una mujer. Puede ser Mbilia Bell o Miriam Makeba. Aunque no entiendan congolés dos parejas se juntan con fruición. Luego otras dos y luego dos más.

Las mujeres se ceban a los hombros de los hombres, cierran los ojos, parecen pájaras dormidas. Suave es la frotación de los afelpados sexos detrás de las ropas. Repiten lo que dice el disco usando el lenguaje champeta, ese lunfardo movidizo que porta una alta dosis de desquite social y que ostentan sin vergüenza.

No hay duda de que cuando los cuerpos se trenzan al lado de un picó aparece una realidad más allá del atronador cuadro que vemos. Hay algo más que esa sensual coreografía de alucinante rareza. Y es que detrás de ese hechizo hay una historia silenciada.

«Aquí no hay “fartedad”», jura Luis Miguel Berrío. Lo dice como quien tiene una prisa inmensa por completar una argumentación poderosa. «Aquí lo que hay es un solo estrato. Uno en todos lados. Uno que entra y uno que sale».

Berrío es uno de los fundadores de la invasión Benkos Biohó. Es un profesor conocido que desde hace años trata de escribir la historia novelada de Benkos Biohó. Es calificado por las autoridades como un «invasor profesional», pero, en cambio, él riposta diciendo que es un «recuperador de tierras», porque en el territorio nacional un colombiano jamás será invasor.

Sus alumnos y la comunidad le endilgaron el apodo de «Tierrelita», un pájaro pequeño e iracundo que revolotea los lados de la bahía. En verdad parece que insultara cuando habla con sus gafas, su dorso desnudo y su mochila.

Acto seguido, Luis realiza un ejercicio de imaginación con sus manos en el aire: «Ni más ni menos. Aquí quedaría la universidad. En el solar de allá, los colegios. Más allá, el parque, los paraderos. Los muchachos jugando, allá. Ni más ni menos. Allá donde pican las culebras tendríamos una estación de Policía».

Sueña con regalías y bienestar. Son los espejismos que toda esta extensión asoleada produce. Pero algo lo despierta y entonces regaña a unos muchachos sudorosos: «Oigan, ¿ustedes qué tanto se asolean?» Y enseguida remata: «Los políticos lo saben. Acá las cosas son de otra manera. Ellos tienen una frase: “A Pasacaballos hay que llevar la tula o si no perdemos”».

Por cierto, en las últimas elecciones la actual alcaldesa sacó unos 357 votos. Cantidad casi pueril ante sus 17.000 habitantes.

Esos votos, según Luis y muchos otros, justifica el desinterés por estas lomas.

Por eso las invasiones nacen de manera abrupta. Así nació la de Benkos Biohó hace 17 años, un 3 de diciembre. Mientras jugaban un partido de fútbol en un solar al lado del cementerio se acordaron de que ese terreno no tenía dueño. Así que la armaron y antes de terminar el partido ya tenían sus espacios parcelados y sus ollas de sancocho. Pasaron la noche en sus nuevas propiedades. Luego de años de lucha tienen ya unas cuantas hectáreas donde albergan a 400 familias.

Hace poco Ecopetrol, la empresa más importante del sector, les propuso pavimentar las calles en la medida en que la comunidad pagara el transporte de materiales. Pero Luis dice que es imposible. «A veces, ni siquiera hay para el bus de uno, imagínate».

Es cierto, lo peor que pudo ocurrir en la historia de Cartagena es que los pobres no sepan aún que están solos. No obstante, todo individuo resistirá la extrema pobreza en la medida en que lo dejen bailar.

Entre las invasiones de Benkos Biohó y Madre Herlinda hay una taberna de tablas donde se juega dominó, una diversión de 3.000 años de antigüedad practicada por chinos y árabes. Los que lo crearon simulaban en ese juego el azar de la vida misma y lo lograron porque con cada partida lo que el ganador siente es una especie de conciliación con los albueros.

Cervezas van y vienen. Los que no quieren cerveza toman con estilo Ron Coquito arrugando sus rostros. «Acá le llamamos ñeque con sello», dice el despachador.

Si alguien tropieza por casualidad la mesa de al lado, las disculpas son entregadas una y otra vez como para constatar que lo que se está dando son verdaderas disculpas.

«¡Benedicamus Dómino!» (¡Bendigamos al Señor!), decían los monjes de la Edad Media cuando ganaban un partido de dominó, de ahí su nombre.

«¡Mierda, te jodiste, no joda!», gritan estos hombres al ganar una mano. Se echan galones de maicena. No se meten con los que no conocen. Se agarran las nalgas. Se abrazan. Se agarran las barbas con saliva en los dedos.

Empiezan a pasar los disfraces. Unos negritos que fingen ser negritos rabiosos pintados con carbón, y que podrían ser, facilito, tataranietos de Biohó.

Otros niños ofrecen a los jugadores bandejas de tripitas, morcillas dulces y yucas envueltas delicadamente en hojas de bijao. Cada porción vale 500 pesos. Los jugadores comen con fruición.

Pasan unos encapuchados empatados de azulín. Cobran 1.000 pesos, no menos. Si no pagas te manchan.

Pasa un hombre degollado derramando sangre de anilina. Cobra 500 pesos.

Pasa un hombre en burro llevando bidones; la única manera en que llega el agua a estas lomas. Cobra 2.000 pesos por 12 latas. Detrás, una niña carga el peso inmenso de dos tanques.

Justo a su lado, tres muchachas desperdician el líquido mojando a dos hombres que corren.

Acto seguido ocurre un escándalo impresionante y es que han entrado a la terraza dos hombres disfrazados de maricones.

«¡Llegaron las cagás!», gritan los niños de las morcillas. Hacen su despliegue. Son hombres fortachones. Parecen fisicoculturistas. Ríen y hay que darles plata por el hecho de que te agarren el sexo.

«Ustedes no son ningunos maricas», dice alguien carcajeando. Pero ellos van metiendo la mano al pene de todos los hombres. Lo hacen duro, pero suavizando sus rostros, impostando la voz como si estuvieran deschavetadas. No hay varón que se salve. Nadie se mete con ellos, nadie les agarra las nalgas.

El papito va y el papito viene. «Vámonos para la esquina, escondámonos en el solar, oye», dicen mientras te agarran. Se te insinúan y te hablan en una lengua lúbrica y sodomita. Luego se van contentas con toda su puesta en escena a buscar más bolas.

En la esquina siguiente unos muchachos se hacen ellos mismos cortes de cabello a lo bárbaro, se raspan con chuchillas hasta sacarse sangre. Se arreglan para ir a las fiestas de otros barrios.

Una mujer en bata se asoma a su puerta, cree saber lo que pretenden, y les habla con voz amarga: «Ustedes no calientan las casas, oye. Lo que quieren es el baile, oye...»

«No vayan más allá de Pasacaballos. No sea que los miren con aborrecimiento...»

«No llamen la atención. Los otros barrios no son de ustedes...»

«Allá no los quiere nadie».

Llega la noche. En las calles hay motocicletas a lado y lado y bulla y niños. Hay que cumplir con El Rey de Rocha. En cuanto uno llega a la taquilla lo tratan como a un conocido, le dan palmadas, sonrían mientras hacen la requisa.

La cancha de microfútbol está cubierta por cuatro paredes de láminas de cinc. Hay unas mil personas adentro. El calor te arropa, pero el sudor te redime, te convierte en otro. Te mete en un vasallaje milenario.

Los hombres llegan con aretes, camisas de colores vehementes, bermudas, sandalias, portan gafas, aunque sea de noche.

Hay más mujeres que hombres en la cancha y cada una de ellas tiene el vai-vén del mar en sus caderas.

No hay sillas para sentarse, así que el gentío se encarama en unas graderías despedazadas. Una máquina de humo deja envueltos a todos en una neblina.

El picó está sentado sobre un andamio donde dos hombres hurgan aparatos digitales que hacen zumbidos y estridencia.

Tiene inmensas letras en colores sicodélicos. Una luz estroboscópica hace lentos los pases. Walditrudis canta y no se entiende. Lo que importa es el ritmo. Hay un policía solo que parece resguardarse detrás del andamiaje y a veces se menea al ritmo de la música.

Algunos hombres mean en una esquina y no les importa a las mujeres ni a quienes organizan el baile. Las mujeres en cambio lo hacen en un sanitario portátil que tiene una fila inmensa.

El olor a cerveza se revuelve con el del meado y se extiende en el recinto. Una y otra vez pasan olas de maicena y agua. Los buscapiés buscan las cabezas. Luego de un rato ya le pierdes el miedo. Walditrudis da la orden y los asistentes levantan las manos como sosteniendo un peso titánico. La canción dice: «si me ven por la calle/ triste y destrozado/con los ojos aguados/es por mi mujer...», lo demás no se entiende, pero no importa. Así empieza una tanda que parece durar toda la noche. Hablan, todos hablan mientras bailan, pero nadie oye.

Afuera hay mesas de fritangas, gente que curiosear por las grietas de las láminas de cinc, varios hombres descamisados bailan con parejas imaginarias y algunos muchachos los imitan.

Toda cosa se mueve al ritmo del picó. La luz estroboscópica aletarga al mundo.

Todos estamos hermanados. Todos quedamos bautizados por la estridencia.



Foto de Fin García. Revista Soho.





CRÍTICA

Respuesta a Andrés Oppenheimer

Publicado en El Espectador. 7 de julio de 2016.



Foto El Espectador

Estimado periodista Andrés Oppenheimer,

Confieso que me place verle en la pantalla siempre bien puesto, con sonrisa eterna, reflexivo y mesurado. Sus críticas sobre temas de nuestra América al parecer son siempre acertadas. Pero, hace tan solo unas horas dijo al ser entrevistado por un diario en mi país, que: «Estamos formando demasiados taxistas con una extraordinaria cultura general que nos pueden hablar de cualquier cosa, pero de nada en profundidad o en especial. Tenemos que crear más matemáticos. No está mal, no tengo nada en contra de los poetas, me gusta la poesía, pero estamos creando demasiados sociólogos, poetas y periodistas, y pocos científicos y técnicos».

Luego de esto entiendo la imprecación del título de su libro de 2010: *¡Basta de historias!* En sus más de cuatrocientas páginas usted hace una crítica a nuestra obsesión latinoamericana con el pasado y nos arroja 12 propuestas para nuestro futuro tratando de brindar pautas para que podamos reorganizar el tremendo caos que heredamos.

Pues le cuento que este mundo sería peor si no fuera por esos hacedores a los que relega. Creo que la noción que tiene de la poesía es la de una acti-

vidad humana plausible, pero que al final resulta ser inoficiosa, vana, acaso bobalicona y que no jalona a los países. Escribir poesía o periodismo, ser sociólogo o músico no es diletantismo ni cantinflada.

Empezando porque la poesía no es una actividad como tal, sino un estado; un campo electromagnético que junta a los seres. Señor Oppenheimer, no me refiero a los poemas, o a los versos —monumentos exteriores de la poesía—. Me refiero a que la poesía es la génesis del mundo, aunque no lo parezca.

Hegel tuvo la culpa

Estimado periodista, la poesía está hecha con la concurrencia de los sueños y estos tienen una real e imponderable función dentro de la sociedad. No es la elevación a otros mundos, tampoco es un viaje psicodélico ni divertimento. La función de la poesía es dar sentido a este desconcierto en el que vivimos y ayudarnos en la reorganización del mundo.

La culpa la tiene el señor Hegel cuando en su época equiparó lo «real» con lo racional separando así los sueños de la realidad, como si esas dos facetas no fueran una sola. Esta división es monstruosa y ha hecho que por siglos la gente perpleja, como usted, crea que los sueños y la poesía son deleznales.

Sepa que un poeta (aunque sea el más anónimo y el menor de los poetas del Parnaso y aunque sea desestimado por sus contemporáneos) otorga un cambio notable (un tremendo impulso) en la imaginación de los integrantes de su sociedad. Le aseguro una cosa, señor Oppenheimer, que se ha curado a más pacientes neuróticos por leer poesía (o por escribir poesía o por pintar o componer música) que buscando la solución del teorema de Fermat.

Ver lo invisible

Por otro lado, técnica y poesía van juntas. Se pertenecen. Hay montones de ejemplos que contradicen lo que usted asegura: Un tornillo es una obra técnica, pero también es poesía. Se lo aseguro, señor Oppenheimer, que si tiene el tiempo suficiente podrá ver lo invisible. El tornillo es la mejor manera de *retorcer* el infinito y el universo sobre sí mismo hasta convertirlos en una finitud palpable.

El triángulo y los elementos de la geometría no existen en la naturaleza, son creaciones de la poesía. Los pitagóricos lo entendieron mucho. Creo no errar si le aseguro que los rascacielos no existieran sin esa asignatura que estudian hoy los ingenieros y que se llama poéticamente «mecánica de sólidos».

Declarar que se necesitan menos poetas y más técnicos y científicos es como asegurar que se necesitan más Thomas Alva Edison y menos Henry Thoreau, más Nikola Tesla y menos Walt Whitman. Los Teslas como los Edison, fueron poetas.

Por otro lado, yo imagino que usted sabe que las palabras son tecnología pura y que se usa para captar el mundo. Sí. Esas palabras que usan los poetas son tecnología.

Donde quiera que esté Da Vinci se debe estar riendo de su expresión porque los símbolos aparecidos en sueños llevaron al hombre a crear el avance tecnológico. Las ecuaciones de Boyle, el problema de los puentes de Königsberg, el descubrimiento del ADN, el gato de Schrödinger, el software, el concepto del Big Data y muchos otros encarnan un diseño ya soñado.

Sin los cantos órficos Einstein no hubiera imaginado sus leyes. Sin el arte de los mandalas del Tibet nunca se hubiera concebido el Gran Colisionador de Hadrones. Los sueños ayudaron a James C. Maxwell para que la voz humana fuera transmitida por las ondas hertzianas. Sin las pesadillas no se hubiera esbozado el psicoanálisis, la logoterapia o el análisis existencial. El Big Bang, el universo oscilatorio, los multiversos y las cuerdas fueron teorías que surgieron de la poesía. Me quedo corto, creo.

El progreso se reduce a cero

Lo suyo, señor Oppenheimer, se deriva de una vieja idea: La fe ciega en la ilusión del progreso. A su vez esta se deriva de la fe religiosa desplegada en los siglos precedentes, fe que hizo que el Santo Oficio de la Inquisición quemara viva a la gente.

Tanto se ha metido en nuestro inconsciente colectivo esa fe en el progreso que todas las ideologías (de izquierdas y de derechas) la defienden, causan nuestras guerras y son nuestras peores pesadillas.

Basados en esa ilusión aspiramos a un mundo mejor y, sobre todo, inalterable. Mientras el uso de la tecnología redobla la idea de que, con ella, todo está a nuestro alcance y que el mundo es maleable, manejable y asequible.

No desestimo su amplio análisis sobre lo que debería ser la innovación de mercados y del crecimiento de estos, lo que quiero recalcar es que no todos los rasgos humanos deben ser estimados en función de la utilidad y de la eficiencia.

Estanislao Zuleta en *Elogio de la dificultad* dijo: «La pobreza y la impotencia de la imaginación nunca se manifiestan de una manera tan clara como cuando se trata de imaginar la felicidad. Entonces comenzamos a inventar paraísos, islas afortunadas, países de Cucaña. Una vida sin riesgos, sin luchas, sin búsquedas de superación y sin muerte. Y por lo tanto también sin carencias y sin deseo: un océano de mermelada sagrada, una eternidad de aburrición».

Sostiene Zuleta que esas fantasías nos dañan porque constituyen el modelo de nuestros propósitos y de nuestros anhelos en la vida práctica.

El progreso encarna una postergación y como postergación tiende a cero. Abogar por un desarrollo es artificioso porque cualquier desarrollo no culmina jamás, es un camino que tercamente se bifurca en otro porque siempre (siempre) surgen (y surgirán) carencias.

Lo triste es que el combustible de ese «ir hacia adelante», de ese ardid prefabricado es el corpulento futuro de nuestros hijos. Burdo es el crepitar de ese aceite cuando se consumen las esperanzas de inocentes solo para mantener una llama ilusoria.

Carl G. Jung dijo que el único progreso es el de la «auto realización». Dicho progreso no es mecánico ni se da de forma gradual, sino aleatoria. Dijo también que ese proceso continúa más allá de la muerte física, imagínese, señor Oppenheimer. Eso lo aseguró uno de los científicos más importantes de Occidente: que el proceso de «auto realización» continúa... ¡más allá de la muerte! No es una elucubración «encantatoria» y por fuera de este mundo. Para este científico lo más importante de la existencia es dar respuesta al por qué el ser humano hace lo que hace de manera cotidiana y en este proceso la poesía es la mejor de las herramientas.

El rudimento de la fantasía

En *¡Basta de historias!*, señor Oppenheimer, usted intenta demostrar que la solución es que todos formemos una cultura familiar de la educación que los lleve a la felicidad. Pone como ejemplo a las familias de China y dice que ellos: «no vacilan en invertir todo su dinero y todo su tiempo en la educación de sus hijos». Mientras que nosotros (EE.UU., Europa y Latinoamérica): «tenemos que crear esa cultura de la educación, o recrearla en aquellos lugares donde la hemos tenido. No se trata —insiste usted— de una tarea imposible: puede ser instalada gradualmente en la sociedad con buenas campañas mediáticas que glorifiquen a los estudiantes exitosos de la misma manera en que hoy se glorifica a los deportistas exitosos» (Pg. 394, Panamericana, 2012). Una educación que nos haga países que «compitan» con los países asiáticos y el resto del mundo. Eso, estimado Oppenheimer, es una idealización de la vida personal y colectiva.

Usted propone una educación para la confrontación, la misma que pone a nuestros muchachos en escenarios de disputa con el fin de tener (en el futuro) las mejores cosas y las metas individuales de mayor altura.

Estimado Oppenheimer, en nuestros países prevalece el gusano de la corrupción, el clientelismo y la rosca insana, que medra incluso a la distribución del saber mismo, cuestiones citadas en su libro, pero no profundizadas.

Es posible que usted se refiera a sociedades en las que los caminos están expeditos, donde la guerra no mutila a los seres, donde no se hable siempre

de una paz que se acerca. Grupos humanos ideales en donde los problemas son resueltos por medio de fórmulas, planificaciones infalibles y la altura de mira de los gobernantes.

Esas sociedades, no existen.

Profesores que no leen

Publicado en El Espectador, 14 octubre de 2017.

Hace unos días me sorprendí con la confesión de un profesor universitario. Con gran carga de candor dijo ante varias personas que no había leído a *Rayuela*, que sí había escuchado hablar de Julio Cortázar, pero que no tenía la menor idea del libro.

Alguien de inmediato le explicó la fascinante estructura de la novela, del juego al que es sometida la subjetividad del lector y de sus múltiples finales. Se le explicó que puede leerse de muchas maneras y que constituye una de las obras centrales del boom latinoamericano. «¡Múltiples finales?, no entiendo», dijo. El profesor quedó entusiasmado. Le hablaron del Capítulo 7 y le dijeron que en YouTube podía escucharlo en la propia voz de Cortázar. Con ojos de hallazgo, aseguró gozoso: «Voy a leerla».

En un principio me pareció ejemplar su honradez, porque no todos los profesores están obligados a conocer a determinados autores. Es obvio. Pero después me di cuenta de algo aciago en esa apreciación que denuncia un desmedido problema en la educación universitaria en nuestro país, pues acto seguido me enteré de que este señor es, nada más y nada menos, que profesor de Creación literaria.

Surgieron entonces preguntas: ¿Cómo se ha mantenido durante todo este tiempo este señor como profesor de creación literaria? El asombro se volvió pasmo al pensar: ¿cómo puede un hombre, con escasas lecturas, convertirse en profesor de creación literaria?

El orden de las cosas es claro, el camino, expedito. Este profesor es conocedor de todo el andamiaje oficinesco de la facultad. Es competente en el manejo de formatos. Tiene un buen puntaje en las evaluaciones. Es posible que sea un experto en estas rutinas y tiene el camino despejado.

Pero esta falencia, —que no debería tener importancia—, el desconocimiento de una de las obras cumbres del boom latinoamericano, encarna un doble riesgo: 1. Este profesor tendrá problemas ante los alumnos que vienen con cierto bagaje de lectura de su secundaria. 2. Este profesor será un problema ante los alumnos que no tienen unas lecturas suficientes. Doloroso. La ma-

quinaria anquilosada de nuestra educación explica cómo el orden de las cosas convirtió a este profesor en el «guía» de alumnos que quieren escribir.

Hay que decirlo tal cual: todo el tiempo los educadores en nuestras universidades están inmersos en una burocracia educacional. ¿En qué momento leen? ¿En qué punto del día tienen la tranquilidad para crear nuevas ideas en pro del desarrollo de las competencias de sus alumnos?

Se trata de actas, informes de cada alumno, evaluaciones de las evaluaciones, formularios sobre el trabajo del docente, actas de reuniones, actas de no reuniones, memorias, requerimientos, llamados de atención, autoevaluación, unidades didácticas. Me quedo corto.

Toda esta labor se justifica en las rendiciones de cuentas de los trabajadores, tan ardua no en sus contenidos, sino en sus reiteradas formas que terminan impidiendo que los profesores dediquen su tiempo a asuntos verdaderamente productivos como la investigación y la preparación de las clases.

El afán de asegurar una supuesta meritocracia en el ámbito universitario ha hecho que el control de los profesores se traduzca en una desmedida cantidad de trabajo burocrático forzado por la supervisión de las jerarquías. Pero, a pesar de esta supervisión, a los docentes se les endosan asignaturas sin revisarles el perfil, situación que influye en la calidad educativa.

No solo es dictar clases

La labor del docente universitario no solo es dictar clases, también es investigar, ir a congresos, escribir, evaluar, solicitar fondos para nuevos proyectos, publicar, confrontar sus propias ideas con las ideas de otros investigadores, y, sobre todo, concebir nuevas realidades y senderos de su disciplina.

Le sugiero al lector que hable con cualquier profesor universitario y lo confirmará. No hay tiempo para nada de eso y mucho menos para la mejoría, la reflexión y la creación.

La docencia, la investigación, la extensión a la comunidad —tres labores básicas de la educación— son rebasadas de manera abrupta por la gestión, una labor que puede ser cumplida por un auxiliar administrativo y no por un docente.

A mi juicio creo que solo se salvan aquellos cuya formación estuvo guiada por la pasión y la dicha que surge del acopio de información necesaria para ser profesionales íntegros y formadores.

Se desconfía del personal docente «investigador», y también del administrativo. Todo ello conlleva un control de todos sobre todos. La obligatoriedad es tal que los procedimientos largos, costosos y, en la mayoría de los casos inútiles, le quitan el puesto a la dedicación para forjar nuevos profesionales.

El imperio de lo administrativo

Alguien con sensatez debe repensar a las instituciones educativas que aspiran a la eficacia, a la eficiencia y a una mayor productividad, estas estrategias sin duda lo estropean todo.

Así las cosas, entonces, no hay diferencia entre burocracia pública y mercado privado. Las labores administrativas han proliferado, están por todos lados. Nos trenzan los espacios. Nos ahorcan.

Ser operador del papeleo es desconocer la ley de Pareto. No hemos aprendido la lección de austeridad del presente siglo, pareciera que no tuviéramos la tecnología moderna a nuestro alcance, ya que las labores administrativas nos imponen trampas.

Tontos somos si creemos que el papeleo encarna aquello del Mejoramiento Continuo del que hablan los teóricos de la nueva empresa.

Tontos somos si pensamos que llenar formularios es aplicar el *kaizen*, ese ritual personal e íntimo que llevó a los japoneses a convertir a su país en líder de la economía mundial y cuya raíz lo explica todo.

Con el piano del papeleo encima los profesores no tienen maneras de servir a una sociedad. Se limita su propio conocimiento, reduce sus posibilidades de leer la realidad y estropea su motivación, pues él sabe en su fuero íntimo que todo eso no tiene sentido.

Hay mucho de impostura en todo esto porque convierte a los educadores en seres pasivos y adictos al papeleo. Pues es una manera cómoda de sortear otras responsabilidades que exigen un mayor esfuerzo creativo, como sin duda le ocurre al desconocedor de *Rayuela*. En cambio, lo que se crea en el ambiente de las universidades es una impronta de competitividad insana.

Ese papeleo es un conjunto de reglas en apariencias perfectas y estables y que virtualmente ofrecen transparencia e igualdad a cambio de un pequeño esfuerzo. Pero se trata de un engaño.

De todos los trabajos del orbe, el de profesor es el más difícil de cuantificar por lo ambiguo de sus resultados, por lo intangible de sus recursos y sobre todo porque, en el epicentro de una investigación, el esfuerzo y su recompensa no son constantes y porque una investigación es en realidad una «construcción».

La docencia universitaria puede mejorarse por medio de la experiencia, la formación y el esfuerzo y no en el acto de tachar formularios. Es humillante para la razón humana el no conducir a nada en su utilización pura, aseguró cierta vez Emmanuel Kant.

Robar el *neshumah*

El panorama para los profesionales futuros es triste. A todos les robarán el *neshumah*. Esta expresión en yiddish quiere decir que es pecado arrebatarle la alegría a alguien, o, apagarle su llama.

Este profesor universitario, con herramientas tan escasas, es capaz de robar el *neshumah* a sus alumnos. Ocurre cuando, por ejemplo, un joven que está orgulloso de su cuento o de su poema, su profesor en lugar de darle una palmada en el hombro, lo que hace es cortarle sus alas.

Destruir los planes ajenos, el demérito, es lo primero que hace un profesor que no lee.

El decirle a alguien que su trabajo no sirve para nada, para los yiddishes, es el peor de los pecados, nos vuelve ruines, es crear una cadena de dolor que se transmite hacia uno mismo.

El resto es baile

«Alguien, en algún sitio, ha echado a andar toda la maquinaria del gran baile, y luego ha pretendido que seamos nosotros los responsables» Gastón Baquero.

Lo «bien dicho» versus lo maldito

Lo que les queda a los habitantes de los barrios marginados de las ciudades del Caribe es el baile. Su linaje fue sometido a la esclavitud por siglos y la historia está en deuda con ellos, pero los abusos y las agresiones continúan. Lo digo porque hoy, más que en décadas anteriores, hay un natural desdén de las élites hacia la música champeta a pesar de que se trata de una expresión con resonancias formidables en muchos países.

Desdeñar las expresiones culturales es una de las formas invisibles del abuso y el peor de los narcisismos. Así sucedió con las danzas africanas e indígenas al ser relegadas a estampas de entretenimiento pasajero, o adorno curioso, en las noches de tragos de los turistas en la Plaza de la Aduana o de telón de fondo en los sets de los Concursos Nacionales de Belleza.

Por otro lado, la resistencia a la champeta se hace notoria cuando se le relaciona con la vulgaridad, cuando se adentra a su mundo con resquemor. Claro, por eso «la vulgaridad es la conducta de los demás», dijo Óscar Wilde. Y creo que esa percepción es herencia de la vieja confrontación entre el minarete y el escorial, entre el balcón palaciego y la calle estridente, entre lo sucio y lo limpio, entre lo «bien dicho» y lo maldito.

Traigo varios ejemplos radicales que ilustran esa épica del ultraje.

1. Hace 17 años, el periodista Enrique Santos Calderón publicó dos artículos bajo el título «Prohibida la champeta». En esas notas, un tanto jacarandosas y bien escritas, el periodista celebró que el alcalde de Malambo de aquella época prohibiera al género porque contaminaba la verdadera tradición musical⁴.

Santos Calderón aseguró sin turbación que la champeta es «mediocre e insulsa» y que la alcaldada «toca con el fondo de un inquietante fenómeno: la progresiva degradación, desnaturalización y nociva contaminación externa que

4 <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-868750>

invade a los más representativos géneros de nuestra música popular costeña (...) Lo que choca, irrita y subleva, es cuando el porro comienza a rapearse o se champetiza la cumbia»⁵.

Muchos lo apoyaron. La idea era proscribirla. Se habló hasta de «prostíbulo musical». En el debate el periodista Juan Gossaín manifestó: «Ya era hora de que algún alcalde moderadamente inteligente decretara una zona de despeje del mal gusto. El medio ambiente musical sano es un derecho fundamental que es necesario protegerlo de la champeta y del tecnomerengue»⁶.

2. Desde finales del 2014, la Fiscalía emprendió una investigación penal en contra de Raimundo Angulo, presidente del Concurso Nacional de Belleza, por el delito de hostigamiento por motivos de raza, religión, ideología, política u origen nacional, étnico o cultural. La denuncia fue interpuesta por el periodista Édison Lucio Torres, luego de que uno de los intérpretes de la champeta, Míster Black, fuese vetado en una actividad. «Ni serrucho ni bandidas», imprecó Angulo, imponiendo así la etiqueta de ordinariez e incorrección a la música champeta.

El certamen argumentó que los contenidos de los temas fueron considerados como «lacerantes de la integridad de la mujer». La investigación se archivó por el desinterés del denunciante y porque Míster Black aportó un escrito en el que dijo que nunca se sintió discriminado.

3. Días antes, en octubre de 2014, varios empresarios de la ciudad vetaron de todos los eventos de las Fiestas de Independencia que patrocinaban a las canciones «La cantúa» de DJ Clinton y DJ Alex, y “Chupa la mazorca” de Gerardo Varela, quien fue contratado para amenizar con sus composiciones la Noche de Fantasía en la Plaza de la Aduana. A pesar del revuelo en las redes sociales nadie hizo la denuncia respectiva, eso sí, se anunció una investigación de la cual no se tuvo noticia.

4. Un año después, en noviembre de 2015, preocupados por los bailes eróticos se propuso un proyecto de acuerdo en el Concejo con el fin de sancionarlos, ya que según los concejales estas canciones hacían apología al sexo entre menores. La idea era prevenir «actos de erotización temprana». Así los menores que bailaran con contacto físico de tipo sexual podían ser sancionados al igual que sus padres. Terrible panorama⁷.

5 <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-887074>

6 <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-863227>

7 https://www.youtube.com/watch?v=x_UCM6Yy3Es

Cuando se acabaron los argumentos y los concejales cejaron en su empeño a pesar de los 16 estudios que lo avalaban, los noticieros nacionales e internacionales dieron la noticia de una sueca que aseguraba haber quedado embarazada por bailar la ya famosa champeta titulada «El Serrucho». Claro, la champeta era la culpable.

En esta trama participaron psicólogos, psiquiatras, autoridades e incluso obispos y líderes religiosos lanzaron admoniciones. De paso se vinculó al baile con la prostitución infantil.

En vez de ir a la raíz del problema, la opinión nacional y los medios prefirieron escandalizarse con la música misma y mostrar, de nuevo, a «lo real maravilloso» y a la exageración propia del Caribe caliente, como noticia insuperable que da rating.

Es evidente: la prostitución infantil está vinculada a los altos niveles de pobreza, a la promoción de la ciudad como destino sexual y paradisíaco y al incontrolable microtráfico de drogas (que cada día recluta a más jóvenes y adquiere mayor poder en los barrios).

El cantante de champeta Louis Towers por esos días dijo a los medios algo que todavía resuena: «Lo que debe preocupar a cualquier autoridad es mejorar la educación de los niños, en especial los que pertenecen a sectores donde se pasa hambre (...). El problema es de educación».

Entonces las autoridades, tal como lo han hecho desde hace décadas, empezaron a retener el mayor número de los aparatos de música en los rincones de la ciudad.

Cultura alta versus el picó

Pareciera que el análisis de la champeta encarna el estudio de lo socialmente incorrecto. Pero ¿qué es lo incorrecto y qué no lo es?

A lo largo de la historia del Caribe y de la nación se impuso una sola noción de cultura, la de las lógicas hegemónicas, la de las élites. Así prevaleció una visión que excluyó a lo popular para hermanarlo con lo nocivo, con lo oscuro y sucio, con lo indígena, y de paso con el loco, el negro, el pobre y el joven marginal. Esa cultura define al subalterno, crea los términos de la exclusión. Y este análisis se puede extender también a lo comunicacional, a lo dancístico, a lo pictórico, a lo literario, a la educación, a la política e inclusive a las formas de amar.

La cultura «cultu» está impregnada de creencias, metáforas y símbolos referidos a la vida que se han entronizado como referentes de lo limpio y lo blanco.

Así extinguieron a las lenguas indígenas. Así esa cultura «cultura» impuso su visión de limpieza en los modos públicos de expresarse (y de bailar). Por alguna razón a los homicidios selectivos en estos barrios de las ciudades del Caribe durante los 90, se les llamó «limpieza social».

Por otro lado, el Caribe participa del carácter histórico de sus ciudades y las tesis que predominaron en el siglo XX insistieron en la condición atlántica de la región y privilegiaron la herencia cultural española (Eduardo Lemaitre y Donaldo Bossa), lo que significó la negación de su pasado Caribe y sus realidades étnicas. Por eso la tendencia fue excluir la diversidad de la vida social y los imaginarios urbanos. Como vemos el minarete venció al escorial.

El picó, bandido mayor

Y si al ritmo de los negros se le ninguneó, al picó se le miró con terror. Algunos aparatos caseros en los años 60 y 70 eran capaces de hacer bajar el amperaje de los tendidos eléctricos, lo cual demostró el ingenio de estos «ingenieros electrónicos» improvisados. En un principio el picó fue diseñado por aficionados a la electrónica y aquel que tuviera mayor número de tubos electrónicos y actualizadas canciones, era considerado el mejor. Se trataba de amplificadores contruidos con diodos y triodos del mercado local, pero la exigencia del público de mayores decibeles hizo que en 20 años (de los 70 a los 90) se perfeccionaran a tal extremo que empezaron a construirse con artefactos en estado sólido. Hoy son organizadas empresas familiares.

En esos barrios el picó es multiplicador de los vínculos sociales y amplifica el sonido a niveles bestiales. En la caseta el picó trenza los cuerpos y en el baile todo es logro, por eso bailar no es sencillo, no es de obediente naturaleza.

El picó no es para escuchar música en recintos privados, es para que el mundo entero escuche. Resultó ser el instrumento de la riposta del barrio menguado contra los barrios encopetados. Cuando los cuerpos se trenzan al lado de un picó aparece una realidad más allá del atronador cuadro que vemos. Hay algo más que esa sensual coreografía de alucinante rareza, ya que detrás de ese hechizo hay una historia silenciada. Al final el picó empezó a ser relacionado con los hechos delictivos de las ciudades, inexorable culpa que él lleva siempre sin ambages.

Las críticas a la estridencia del picó, por la innegable contaminación auditiva que genera, deben abordar un aspecto esencial: que los espacios donde se ejecuta condesan una identidad cultural, en ellos la bulla es una forma de crear un universo y los foráneos somos nosotros. Este aspecto cultural lo han entendido las autoridades ambientales encargadas de tramitar los permisos de las fiestas de picó y lo hacen con cierta flexibilidad. Frente al picó quien baila champeta

deja de ser estigmatizado y los pases del baile empiezan a ser denuncia, esplendor de sensualidad, resistencia y «meque»: palabra que en ese lunfardo suculento de la champeta significa «tenacidad ante las adversidades». Con el tiempo los estándares de producción y comercialización mejorarán y vendrá el día en que esta expresión sea entendida en toda su expresividad.

El baile como riposta social

Quienes no se acercan a la champeta desconocen que en su creación hay un desquite y por eso mismo el grupo social que la baila encuentra en ella sentido e identidad. Por eso hay que mirarla con respeto. Las formas verbales y no verbales que se manifiestan son rituales festivos con inmensas riquezas.

El estudio de la champeta exige revelar esas historias acalladas por las estéticas del «decir bonito» y por las dinámicas del poder instaurado. Son saberes de «baja estofa». Un pequeño ejemplo, de tantos que puedo dar, es la ya estilizada canción de Louis Towers «El liso en Olaya».

No se trata solo de «menearse» lúbricamente, para eso está el *grinding* o el *twerking*. Lo que porta la champeta es una historia no contada, el discurso del cuerpo como riposta social, la lucha frente a los poderes.

Espulgar lo sucio de lo limpio

La champeta es el mejor ejemplo de cómo el poder trata de espulgar lo sucio de lo limpio y de cómo esas expresiones resistieron el embate.

El solo nombre de champeta proviene del cuchillo de la casa que forma parte ya de la querencia cotidiana por su continuo uso. A este instrumento se le llamó en algunas poblaciones, desde antes de la llegada del ritmo musical, con el nombre de chambelona o chamba. Pero luego pasó de la mesa de la cocina al cinto del bailante. Cuando los vendedores de pescado y de verdura del mercado terminaban sus labores y llevaban su champeta al cinto, se iban a los bailes en los extramuros. Allí, al soltar los pases, se les podía ver la champeta debajo de las camisas. El término fue referente desdeñoso de la cultura marginal pero hoy es emblema de orgullo de estos envalentonados dueños de una simbología auténtica. Bailar champeta es una manera de acceder a un poder todavía no saqueado, una altísima forma de resistencia mestiza. Por eso ser champeta es una cosa compleja.

El más elevado aspecto de la champeta no es el estrellato de algunos ejecutores ni la comercialización de sus productos, sino el baile mismo y, por ende, el

cuerpo. En sociedades en las que se les tiene miedo a las sensaciones cualquier expresión corpórea será mal vista. La champeta es cuerpo redoblado, bandera que se alza en la mitad de lo festivo, renovación de herencias ultrajadas.

Bazurto, gestó a la champeta

Bazurto fue el reemplazo del viejo mercado de la Calle Larga en el barrio de Getsemaní y se inauguró en 1977. Fue uno de los intentos urbanísticos que trató de imponer belleza a la actividad ancestral y sencilla del mercado. Se erigió como centro de la vida de la ciudad desde los 80, pero alejado de las grandes decisiones. El corazón de Cartagena no late en la Plaza de la Aduana, —espacio historial y sede del gobierno—, sino en el mercado de Bazurto. Es el último resplandor de lo popular. Y fue allí, en sus entrañas de podridas hojas de plátanos en donde se gestó a la champeta. En el mercado se congregaban los primeros vendedores de acetatos venidos en los barcos mercantes de las Antillas, de los EE.UU., de los países del África occidental y del África profunda, y llegaban también las grabaciones de los africanos que residían en París.

A Bazurto llegaron expresiones musicales de artistas como Althiery Dorival, con su famosa canción «Ti Ca» de 1978⁸, y Franco Luambo Makiadi, cantando en lingala la canción soukous «Mario», de 1979⁹.

En ella se cuenta la saga de un joven que se ve en la necesidad de convertirse en gigoló, allí ya apreciamos la cadencia y los temas embrionarios de lo que sería la champeta. Así mismo llegaron las composiciones de Lokassa Ya Mbongo¹⁰, y canciones como «El Calabazo», «El Baptisan»¹¹, toda la producción de M’bilia Bel¹², Miriam Makeba¹³ y las canciones de la imperecedera orquesta Wganda Kenya como «El Aluminio» y «El Evangelio» y el calipso de Edy Fontana con el «Rico Bambú», y Harry Belafonte con «Matilda» y «Banana Boat Song».

Desde antes de Bazurto ya el ambiente musical estaba impregnado por los merengues raizales de Ángel Viloria, la canción vellonera de Odilio González y por los acordes de la jíbara Ernestina Reyes «La Calandria» quien, en versos de ocho sílabas, aborda temas de la cotidianidad del gueto, de la vida, el amor y la muerte¹⁴.

8 <https://www.youtube.com/watch?v=DE9Pp2NjGNY>

9 <https://www.youtube.com/watch?v=gNjQASc0SD8>

10 https://www.youtube.com/watch?v=x_ByG7tKEil

11 https://www.youtube.com/watch?v=6vKUS3_kz-8

12 <https://www.youtube.com/watch?v=0ONAx5JmiaY>

13 <https://www.youtube.com/watch?v=k4LAIR4tLfi>

14 https://www.youtube.com/watch?v=_8k6qjaM-HU&list=RD_8k6qjaM-HU

Son tantos los hombres y las mujeres que participaron en la crianza de la champeta que la cuenta se pierde en una extensa educación sentimental. Sus aportes fueron los ingredientes que fraguaron en 1986 la primera grabación de la música champeta titulada «Permiso, permiso», de Anne Swing.

Hoy Bazurto es hijo espurio, mancha en el gran tapete turístico de la Villa, fruta indecorosa. Claro, el estigma de nuevo se cierne sobre todos.

Y es cierto que la música champeta en muchas ocasiones se vuelve monocorde. Pero ¿qué precedente musical en el mundo no lo ha sido? Es cierto que la premura de vender afecta el contenido de sus textos y composiciones. Pero ¿y de qué van a vivir estos personajes que tienen aventuras épicas en medio de la marginalidad? Es verdad que sus temas son agrestes y que tienen descripciones de entornos que vemos superficialmente en las noticias judiciales de los noticieros y en los periódicos amarillistas, pero nadie puede negarle a la champeta la armonía y la bella cadencia que libera, de manera simbólica, siglos de sometimiento.

En la champeta se aprecia aquella belleza profunda que el ruido del barrio impide percibir. Mientras tanto los muchachos bailan con la muerte detrás de la oreja y lo saben y miran con fascinación la bella, distante y señorial ciudad al fondo. Ellos saben que son los hijos de menos madres. En los bailes de esta gente todas las cosas del mundo se vuelven simpáticas.

Las brujas están vivas

Se sabe que fue en 1.632, en la Villa de Tolú, jurisdicción del Tribunal del Santo Oficio de Cartagena de Indias, cuando se descubrió una secta de brujas.

Testigos afirmaron haberlas visto en sus juntas, bailando alrededor de un cabrón, besarle en el trasero y volar por el aire dando balidos como chivatos, con candelillas en las manos.

Su líder, según dijeron los denunciantes, era Paula de Eguiluz, negra hermosa considerada en Cartagena y sus alrededores como excelente hechicera bajo cuya dirección se iniciaron muchos de los brujos acusados por el Santo Oficio.

El rumor creció en todo el territorio. Los ministros del tribunal iniciaron un largo proceso, uno de los más documentados en la historia, con el cual se inicia un nuevo capítulo del espíritu de Occidente: el arquetipo de la bruja, que ya se había instituido en Europa, inició su más intenso esplendor en América, esta vez, con mayor fuerza y mejores fantasmagorías.

Hoy, casi cuatrocientos años después, el legado de Paula de Eguiluz, al parecer está vivo, aunque de forma subrepticia y disperso en cientos de pueblos. Así que quienes creen que es cuestión de superstición y de ignorancia sepan que estas mujeres ocultaron su sabiduría a lo largo de siglos.

Son todavía «saberes discretos». Más que creencias, supersticiones, magias amorosas y artes de curar lo que se guardó (acaso en cientos de rincones de nuestra costa y en apartadas veredas) hasta el presente son expresiones de resistencia. De ahí su fuerza. Sin duda las hijas de Paula de Eguiluz siguen vivas.

Un hecho curioso ocurrió hace algunos años en Cartagena. En el barrio Olaya Herrera fue perseguida y casi linchada una médico. Los vecinos aseguraron al diario El Universal que se trató de una bruja que «secaba» a la gente. Cientos de personas lo atestiguaron ante las autoridades y ante los periodistas de la ciudad.

Otro caso ocurrió en Prado Sevilla, Zona Bananera del Magdalena hace unos 12 años. La víctima fue Linda Palacios, una mujer a quien los paramilitares de la zona asesinaron diciendo que se trataba de una bruja.

Detalles del crimen se conocieron en las audiencias ante la Fiscalía del excomandante paramilitar José Gregorio Mangones Lugo, alias «Carlos Tijeras», quien ordenó su muerte. «Estaba corrompiendo a los niños del pueblo», dijo el paramilitar en su lógica de sangre.

Estos fenómenos no son gratuitos y no se deben a la imaginación de las personas, se trata de profundos temores que se mantienen latentes en el inconsciente colectivo del hombre Caribe. Y hay que estudiarlos, más si se trata de cierta misoginia encubierta. La misoginia de una cultura absolutamente masculina y brutalmente represiva en lo sexual, en la que la mujer es símbolo de perdición.

La expansión espiritualista del país y del continente entró por el Caribe a principio del siglo XX: las teorías de madame Blavatsky, George Gurdjieff, Allan Kardec; e incluso los misioneros bautistas, adventista, mormones y evangélicos iniciaron su peregrinación en las ciudades y pueblos de la Costa.

Existe un Caribe distinto al Caribe «sabrosón», un Caribe telúrico y abismal. Mujeres poseídas, niños que se pierden y que son raptados por brujas, espantos en cada recodo de los caminos se mantienen, a pesar de nuestra modernización.

La brujería es un espacio para la diferenciación y reafirmación de las castas sociales y los signos culturales. Más que un análisis de la superstición lo que hay que hacer es un análisis antropológico.

No es mentira que en Colombia existe una relación entre magia, brujería y las múltiples violencias, así como entre brujas, arúspices, políticos, industriales y miembros del establecimiento económico y social.

Tiene sentido que el exfiscal General de la Nación, Mario Iguarán, tuviera «asesorías» para evitar ataques mentales de sus enemigos pagándole al síquico Armando Martí.

Tampoco que el expresidente Ernesto Samper haya reconocido que aceptó que su esposa Jackie llevara al Palacio de Nariño una vidente de Pereira. Y mucho menos que Andrés Pastrana haya subido la Sierra Nevada de Santa Marta para confiar el designio del país a las aseguranzas indígenas, y que incluso convenciera al entonces presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton, para que también depositara su fe en dicho ritual.

Larga es la saga de actores armados (paramilitares y guerrilleros) que recurrieron a la brujería. Bandoleros y «pájaros» de las épocas de «la Violencia» también acudían a expedientes nigrománticos y rezos para protegerse de la muerte o de las ánimas de los muertos. Había oraciones para hacerse invisible como la del «Justo Juez» o prácticas como «los niños en cruz» en los manteros y algunos mafiosos de los años 70.

En el trasfondo de este fenómeno yacen distintas pulsiones que a la luz de la ciencia moderna podrían calificarse de psicopatológicas.

La inquisición consideraba que para reconocer a una bruja era necesario desnudarla para encontrar las «marcas del diablo», siendo los genitales cuidadosamente examinados, puesto que en ellos es donde residirían las señales más conspicuas. Esto ya nos encamina hacia la certeza de que los jueces satisfarían determinados impulsos sexuales explayándose en semejante búsqueda.

Paula de Eguiluz, como muchas otras mujeres de ascendencia africana nacidas en el Caribe, fue obligada por el poder inquisitorial a narrar su cuerpo, sus emociones, sus afectos y su sexualidad.

Sus testimonios (de los cuales se encuentran muchos en las actas del Tribunal del Santo Oficio) manifiestan una búsqueda incansable de afecto y reiteran el uso de la magia amorosa para que a otras mujeres las quisieran bien.

Las declaraciones transcritas durante las audiencias que la Inquisición realizó en su contra dan a conocer dos momentos de su vida. Fueron varios procesos que afrontó.

El primero se desarrolló en 1.624 cuando compareció por primera vez ante el Tribunal del Santo Oficio en la ciudad de Cartagena de Indias. Paula tenía 33 años y estaba recién deportada de Cuba. Acusada de brujería, fue sentenciada a llevar hábito de reconciliada (equivalente a un sambenito), a 200 azotes y a trabajar en el hospital de la ciudad.

Hoy, su herencia sigue viva, ya que todo el territorio Caribe está embebido de magia, hechicería e idolatría. Ninguna dosis de modernidad ha logrado acabar con los filtros amorosos, las pociones y ungüentos, los rezos y conjuros, los entierros, «guacas» y «trabajos» para mal y para bien.

Bejucos especiales, «matandreas», bolas, artemisa y muchas otras plantas de consumo ritual se expenden en todos los pueblos del Caribe colombiano

donde sus poderes refuerzan los saberes de otros curanderos, sanadores, espiritistas, «psíquicos» y «médicos» que, con el favor de «santos», ofrecen sus promesas de redención a las víctimas del infortunio y del drama colombiano.

Y ya desde el siglo XVII toda la América Hispánica mostraba una densa red de itinerarios terapéuticos que unían a indios, mestizos, negros y españoles. La red se extiende más allá de las fronteras y es ya un circuito de curación entre varias naciones del continente y del Caribe insular.

No en vano el escritor Héctor Rojas Herazo (toludeño) sostiene un sólido argumento sobre la brujería, su efectividad y su importancia en nuestra cultura popular:

«Nuestro campesino ha hecho de todo esto una poética y aplastante realidad. Muchos de ellos han visto, en el centro de la noche, al espíritu Lara. Lo han visto escribiendo sobre el agua, con vocablos de fuego, el nombre de una mujer encinta para hacerla malparir y torcerle, con el alambre del vómito, las muelas y las tripas. Y hay viejos que nos hablan del brazo palpitante que quedó entre sus manos cuando tajaron, con un limpio círculo de su machete, el ala de una bruja convertida en gallina. Estas brujas las conocen todos. No es un secreto para nadie su sabiduría en la preparación de unturas y brebajes. Tienen algo de seres vegetales estas ancianas. Lentamente, a la vista del pueblo, se van secando, se van pudriendo, se van poniendo chiquiticas y amarillas, hasta que se quedan inútiles sobre una cama de viento como si fueran raíces».

Para el investigador Carlos Alberto Uribe, la brujería es el foro de lo que no se puede decir de otra manera. Representa también una forma de adquirir poder en un contexto de desorden social: la brujería nace de la desmesura, de la insatisfacción, del conflicto, del rechazo a aceptar las restricciones propias de lugar que se ocupa en la sociedad. La brujería nos ofrece una vía para adentrarnos por los vericuetos del sufrimiento, la renuncia y la culpa (el pathos) en la cultura —esto es, de un camino para explicar lo que Sigmund Freud denominara como el «malestar en la cultura» (Uribe, 2003).

En fin, aún falta mucho que averiguar en la cosmología de estas mujeres. Falta mucho por proponer desde distintas artes, desde la historiografía, desde la antropología. Y no tengo dudas de que se trata de historias subrepticias, escondidas y marginadas de la gran Historia, así como sugiere Michel Foucault.

Referencias

- Maya, L. A. (2009). *Brujería y reconstrucción de identidades entre los africanos y sus descendientes en la Nueva Granada. Siglo XVII*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Cultura.
- Uribe, C. A. (2003). Magia, brujería y violencia en Colombia. *Revista de Estudios Sociales*, (15), 59-73. Recuperado de: <https://revistas.uniandes.edu.co/doi/abs/10.7440/res15.2003.04>





OPINIÓN

El cuidador de huesos

El cuidador de huesos está en todos lados. Su rostro es múltiple pero real. Es eficiente en lo suyo, pero no es socialmente útil. Encarna el arquetipo del desastre. Es capaz de alinear sus pensamientos al sistema al que llega. «A donde fueres haz lo que vieres».

El cuidador de huesos es, siempre, institucional. Parece ser condescendiente, dedicado y moderado, pero no lo es. Su objetivo es el usufructo y no espera más. Defiende su posición, su empleo, su curul, o su poder, como un perro a sus huesos. Puede que se queje, así creemos que es un tipo gregario, pero su objetivo final es la porción de poder, el momento cúspide, el logro personal, la divisa que lo hace destacar del resto.

Hace las cosas bien, pero solo cuando sabe que es oportuno. La idea es descollar en el momento adecuado. No puede llegar al poder a través de su temple, porque no lo tiene, sino que accede a él con estratagemas.

De liana en liana va, subiendo. No le importa quebrarse y hacer venias. Al fin y al cabo, todo tiene un precio. Con el tiempo lo hace tan eficientemente que oculta con virtuosismo sus pretensiones.

El cuidador de huesos flota como palo muerto y va donde le lleve el río. Por lo general a buen puerto. En ello radica el éxito de su falta de criterio.

Las labores que desempeña son más medios de vidas que medios de realización. Pero, ojo, no le interesa tener muchas responsabilidades, pues siempre está ocupando su tiempo en vigilar amenazas a su parcela. Si alguien se acerca a sus huesos, gruñe.

Permanece sin planificar metas muchos años, se mantiene en la dolorosa espera de ser visto, pero mientras eso ocurre, robustece su oscuro poder.

El caos no le importa (tampoco el orden), al fin y al cabo, siempre estará indemne.

Tiene una moral provisional en la que los otros no importan. Tienen una religión provisional también. Y escoge opiniones moderadas por ser cómoda posición en la práctica. No se compromete.

Lo valedero en él es que, ante cualquier circunstancia, se le vea. No obstante, si surge cualquier error del grupo, logra escabullirse. En esos casos es él quien, con eficiencia, «acusa» o enrostra defectos y errores (eso sí, jamás abiertamente, siempre de forma subrepticia).

Es que sin duda los demás no existen, pues es él el «hacedor». Pero es el hacedor de lo rutinario y lo abyecto, pues cumple al dedillo la ley de Pareto, que dice que hay gente que trabaja el 80 % y produce el 20 %. Por eso detesta a quien trabaja el 20 % y produce el 80 %. Nunca podrá entenderlo. Además, está seguro de que la productividad en sus entornos nunca será cuantificable porque él está allí para evitarlo.

El cuidador de huesos busca lo suyo: un horizonte de espejos en donde solo él se contemple. No se cree malo. Si llega a tener sentimientos de piedad estos son inoperantes ya que no se interesa realmente por los otros. Él ve su actividad como esfuerzo para vivir y cubrir sus necesidades. No responde nunca, no ayuda al grupo nunca. Su código se reduce a lo que dijo Napoleón cierta vez: «Nunca corrijas a tu enemigo cuando se equivoque». Ve enemigos en todos lados porque los ha construido antes de conocerlos.

El cuidador de huesos jamás toma distancia de sí mismo. Se toma demasiado en serio. Una vez que tiene «los huesos» entre sus garras, no le van a venir con cuentos.

Lo triste es que cuando ha regresado a casa con el Elixir (es decir, sus huesos sin carne) no puede compartirlo con nadie. Nada ha ganado realmente en esa intensa búsqueda, ya que todo Elixir verdadero tiene que beneficiar a muchos, tiene que compartirse con la comunidad o con el mundo. Por eso el cuidador de huesos realmente no tiene nada.

No es inocente, tiene mucha culpa de la infamia del mundo, pues es la «gordana» de la corrupción.

Es el defensor de derechos que llega a matar, el educador que castra y detesta a sus alumnos, el amigo que traiciona por puestos, el abogado que fabrica testigos, el artista que plagia, el magistrado que se vende.

La lista es larga.

Es el defensor de las mujeres que las maltrata o la feminista hiriente, el periodista cínico e interesado, el policía delincuente, el médico agresor, el contratista que te exige un porcentaje por la fuerza, el funcionario que prevarica. El

juez vendido, el uxoricida que habla de amor, la mitómana bajo juramento, la niñera agresora, la madre que prostituye a su hija.

Su rol es echar un vómito sombrío sobre el mundo.

Es el espíritu de Ebenezer Scrooge que se encarna. Se trata del lado oscuro de la granja humana. Se le puede identificar por el vocablo de mentira que su boca lleva.

El cuidador de huesos explica la metáfora de Erich Fromm en donde calca al hombre simultáneamente como lobo y cordero. Fromm considera que todos desarrollan en diferente medida esos rasgos: la mayoría de los hombres son corderos y solo pocos son lobos.

Fromm creía que esa minoría de lobos podía exaltar la condición de lobo en la mayoría de los corderos. Sin embargo, esos lobos necesitan de la ayuda de la muchedumbre de corderos para llevar a cabo su labor biliosa. Fromm llegó a la conclusión de que el peligro para la humanidad estaba realmente en dar poder extraordinario a hombres ordinarios, más que a los lobos mismos.

El reino de la tienda

Una tienda es un reino de aceites, lleno de rumor de calle, de goterones de mercancías, de olores, de vozarrones y llamados. Es una burbuja en el tiempo. Por ejemplo, la palabra «mostrador» tiene una hermosura cósmica, un olor a «personas», que es irremplazable. El olor de las tiendas es imposible replicarlo en recintos suntuosos. No se puede impostar, pero estará ahí en nuestra memoria Caribe.

En Cartagena hay una saga de tiendas tradicionales que deberían ser contadas por los cronistas. La Roán, El Puyasapo, El Albercón, Doña Inés en Crespo, Las Malvinas, y muchos otros nombres configuran los recuerdos de miles. Hoy esas tiendas se han convertido en otras cosas, pero fueron el cohesor social de comunidades enteras.

No hay adolescencia sin una tienda al fondo con su ronroneo de enfriador y su chisme actualizado, su panocha eterna y sus panes, sus lonjas de mortadela, sus cuatro onzas de queso y muchos otros modos de ternura.

El interior de una tienda puede ir, de ser un fantástico recinto iluminado con estanterías ordenadas, a un humilde aposento con tres anaqueles. No importa la parafernalia, sino el talante de la vida que se despliega en ella.

Y allí, en medio de todo, hay un gnomo que extravía las cosas: las agujas, las curitas, las pastillas de Maggi, y retoza entre los manojos de «compuesto verde».

En el Bosque, recuerdo antiquísimas tiendas curtidas por el paso de los años (tiendas que ya en los 80 tenían décadas), recuerdo el elevado entusiasmo de las cajetas, y la voz de la señora eterna que las atendía. Mujeres básicas que podrían haber fundado el barrio, matronas del fiado que escribían interminables cuentas en vales de cartón.

En las tiendas de barrio de entre los estantes llenos de licores, jabones y detergentes, de entre la belleza de las empaquetaduras, surge de repente el rostro sonriente del tendero. Muy diferente al rostro del *merchandising* actual que vemos en los almacenes de las grandes superficies. Este ordenamiento suntuoso e iluminado, que nos hace gastar a costa de lo que sea, no tiene nada que ver con la inmensa humildad de pan de mil pesos que tienen nuestras tiendas.

Los grades almacenes todos se parecen. Esa mercadotecnia confeccionada para aumentar la venta hace que dichos lugares no posean carácter. La forma de presentar los productos en las mejores condiciones genera un mayor consumo, pero está desprovista de belleza. Las luces y la ubicación de los estantes son una puesta en escena, una mentira.

El diseño de estos almacenes no propicia sitio. Es decir, se trata de lugares que no son lugares.

En cambio, nuestras tiendas de barrios sí son lugares. Lo que hace un lugar es su peso cultural. En la pequeña tienda de barrio la rentabilidad la hace «la parla» del tendero o de la tendera.

No es lo mismo tomar una cerveza en esquina solariega, bajo un árbol de mango, que una cerveza en un sitio de arquitectura repetida. Aquel sitio lleno de confort produce la engañosa sensación cosmopolita, pero la terraza barrial infunde pertenencia.

La tienda constituye el verdadero espacio social del barrio, más que las esquinas y los parques, más que la calle y el andén, recintos de otro tipo de vínculos. No saben lo que se pierden quienes jamás han ido a comprar, pues para ingresar a la tienda tienes que desprenderte de muchas vestiduras.

El aporte importante de la tienda es configurarse como espacio de lo público. No obstante, lo público en ella son los rasgos típicos de las formas rituales de vínculos (chisme y habladera, imprecación y sanción social). Hay en las tiendas una «resignificación» de lo público.

El análisis de lo barrial y de la cultura popular de nuestras ciudades debería abordar seriamente a las tiendas de barrio. Los politiqueros rastrosos de mi ciudad saben de su potencial y por ello se sientan en las terrazas a tomar un refresco dizque «para conocer de primera mano a las comunidades». Mienten.

Nuestras vidas se dan en el horizonte de lo cotidiano, ese que está lleno de héroes oscuros de los que siempre seremos deudores. Allí la rutina nos hace y en ella encontramos sentido.

La historia de lo cotidiano no es tan invisible como podría presumirse. Se configura en una abundancia de pormenores.

Por eso a la tienda le tenemos una carga de deudas que saldar. Su grandeza aún no está perdida.

El análisis de la tienda exige entender a la cultura popular en un mayor grado de abstracción. La tienda de barrio tiene mucho de improvisación, sin esa improvisación no hay cohesión social, así lo asegura Antonio Benítez Rojo en *La isla que se repite*: «En el performance caribeño, incluso el acto de caminar, no se vuelve solo hacia el *performer*, sino que también se dirige hacia un público». En las tiendas de barrio esa audiencia está siempre presente.

Origen y hervor de la plebedad

Alguna razón «mal nacida» hizo que, durante las primeras décadas del siglo XX, a ciertos sectores de la Cartagena popular se le endilgaran los resabiados nombres de Huevo Pelúo, Pepita en Mano y Chucha Raspá. Por solo mencionar algunos de los más antiguos, pues en la actualidad, nombres con énfasis vulgar han surgido de numerosos barrios marginados de las grandes decisiones de la ciudad.

En aquel entonces, tal como ahora, se trató de nombres referidos a rincones «sucios» o a los orificios y miembros del cuerpo. Todos nombres llamativos con altos contenidos simbólicos. Lo curioso era (y es) que surgen al lado de las calles que llevan nombres de próceres y dignatarios. Al lado de nombres como Olaya Herrera, Pedro de Heredia, Daniel Lemaitre o Crisanto Luque, surgieron nombres como Chapundún, Por Mis Cojones, La Candela, El Pozón, La Cuchara, Tripita y Media, Calle de la Lengua, El Salivón.

En cuanto a Huevo Pelúo se trató (en ese entonces) de una nutrida población de pescadores artesanales asentada entre las playas de Marbella y el ancestral barrio de Canapote. La zona llega hasta la Casa Presidencial de Rafael Núñez de donde empezaban los linderos de las tierras cedidas a los descendientes de su servidumbre (algunos nietos de esclavos manumisos) por parte de su esposa Soledad Román de Núñez.

La historiografía nunca ha abordado en serio los pasajes de la leyenda negra del Regenerador que durante décadas se gestaron. La tradición oral de Cartagena recuerda los célebres baños de playas que este personaje (cuatro veces presidente de Colombia) realizaba desnudo, sus andanzas con mujeres «públicas», sus enconadas batallas vulgares de quien escribió nuestro himno nacional y quien escandalizó a la sociedad capitalina de la época.

Esta zona de Huevo Pelúo fue el epicentro de la vida popular y de festines, no obstante, se constituyó en margen, así como los sectores de Pekín, Pueblo Nuevo y Boquetillo, ubicados por fuera del recinto amurallado.

Hay unos códigos de moralidad que emparentan a lo religioso con el poder social. Y, por tanto, lo grosero y burdo, o chabacano, no estará en la posición de quien domina. La plebeyez está en la boca y en la corporalidad de los subordinados. Esta plebeyez de alguna manera se *rebela* en grosería, en esperpento; se afila, se afina y se convierte en riposta social.

Por ello, los vulgares, los de abajo, la escoria, «la baja estofa», debe habitar sus recintos; de ahí la imprecación del nombre impuesto a Huevo Pelúo para hacer referencia al miembro viril del hombre habitado acaso por ladillas y aires insalubres, aires de desecho.

El origen exacto del nombre de Huevo Pelúo se le debe a una conocida matrona de Cartagena llamada Olga Cardona, que para referirse a los tres barrios marginales de la Cartagena de Indias de 1885 (Pekín, Pueblo Nuevo y Boquetillo) se refería con ese nombre a estos márgenes. Fue famosa su frase: «De aquí para allá Canapote, de aquí hacia adentro es Huevo Pelúo», según me lo contó mi amigo filósofo e investigador Enrique Muñoz.

Cartagena de Indias, por su configuración, una pequeña villa cercada por murallas, podía darse el lujo de márgenes como tal y además como obstáculo físico resultó ser una eficiente manera de segregación sutil que configuró dos ciudades en una; la una hermosa, llena de blasones, con historia oficial y decimonónica y nombres ilustres; y la segunda con terrazas y calles curtidadas para el goce popular, una intensa historia aún sin contar y con calles con nombres de plebedades.

Lo anterior permanece vigente hasta en la mentalidad de los cartageneros, incluyendo a los ilustres. Los intelectuales que tratan de definir la Cartagena de hoy se encuentran con el escollo de esta dualidad. El investigador Frank Patiño (2010) al momento de hacer una historia de la música champeta dentro del marco del Festival de Música del Caribe, señaló:

«Eduardo Lemaitre escribía alguna vez: “Como primera medida, es totalmente falso, que Cartagena sea una ciudad caribe o ‘caribeña’... la vieja Cartagena... es una ciudad hispánica... Otra cosa es la cultura caribe de nuestra época y en tal sentido ya puede decirse que hay una música caribe, una arquitectura caribe y una literatura caribe o ‘caribeña’, pero la vieja Cartagena no tiene, ni tener podía, nada que ver con esto”».

Esta cita resume lo que los intelectuales de las élites pensaron siempre de la ciudad: que quienes no pertenecían a ella no eran cartageneros «raizales» y que, en cierta forma, pervertían su autenticidad.

Quedó claro así lo que los intelectuales e historiadores de la vieja ciudad entendían: una ciudad escindida desde su nacimiento y que por derecho natural las élites dominantes tenían su espacio mientras que en los extramuros las clases populares desplegaban su esencia y enriquecían la vida en la plaza pública.

Volviendo a Huevo Pelúo —con el paso del tiempo— por una razón de dignidad, la ciudad enmendó la afrenta y a mediados de los 80 empezó a llamarle con el eufemismo histórico de «La Calle de La Plebedad». Así siguió llamándosele hasta hace solo seis años cuando, nuevamente en aras del desarrollo, las autoridades expropiaron a cerca de trescientas familias pescadoras del lugar para enviarlas a vivir arrinconadas en barrios ubicados al otro extremo de la ciudad.

De esta manera, estos descendientes de los portadores de la sabiduría del mar perdieron sus modos de vida y su playa, no obstante, su «plebedad» fue llevada a esos nuevos recintos como si se tratara también de una prenda del baile que llevaban junto a una vigorosa tradición de convivencia.

Hablo de convivencia porque este fenómeno de migración interna se extendió por toda la ciudad y con ella se trasladaron también sus formas de goce y sus narraciones de plebeyez, narraciones que hoy se insertan en la música champeta y otras expresiones. Ese espíritu sigue vivo. Nadie te «mama gallo» sino te estima. En Cartagena de Indias las expresiones vulgares, antes que constituirse en una agresión verbal, son una invitación a la convivencia en el ámbito de lo festivo. Es la palabra como juguete, la palabra que recrea la vida y la dimensión de manera crítica. Toda alusión es enhebrada con acepciones dispares.

Es claro pues que «lo plebe» es indisoluble y que además sobrevive permeando cada rincón donde se explaya. No hay decisión de poder que pueda disolverle y que impone su presencia en los recintos íntimos y públicos. Ahí está y estará, aunque no les cuadre a muchos.

Por eso el análisis de una pieza musical o una canción de carácter «plebe» nos brinda la posibilidad de hallar relaciones históricas, tal es el caso de «El baile de la pluma» o de cualquiera de las de la Niña Emilia, o de las actuales de Míster Black.

Así como se hallan relaciones intrínsecas de desquite social en los versos de poetas como «El tuerto» López o Raúl Gómez Jattín, en las novelas de Cabrera Infante, de Roberto Burgos Cantor o en las del mismo Gabo, se pueden encontrar elementos contrapuestos al poder en una fotografía de anuncios en el Mercado de Bazurto, o en un aviso de fritangas.

Se trata de una resistencia ejercida desde los habitantes marginados por siglos a una vida espuria. Así, lo bien dicho *versus* lo mal dicho nos narra una historia inédita.

La sombra es cosa seria

La sombra es cosa seria. Muestra su risotada deforme cuando el funcionario ejemplar es pillado en video metiendo coca, cuando es encarcelado el pastor abusador, el pederasta depredador, o el corrupto. También cuando el profesor (o intelectual), aparente demócrata, es desnudado y visto como un consumado practicante del autoritarismo.

Carl Gustav Jung insistió en la necesidad del ser humano de reconocer a la sombra y de esa manera ser conscientes de nuestras angustias. Para Jung la sombra es un arquetipo, una forma de conducta. Hoy toma un auge impactante.

Se trata de un material inconsciente reprimido que se ha enajenado en el interior. Nuestros padres nos la transmiten junto con lo que consideran mejor o peor. Las religiones la definen como el mal dentro nosotros.

La sombra causa problemas porque tiene aspectos que sabemos que están en nuestro interior, pero que no queremos conocerlos porque son contrarios a la imagen elevada que tenemos de nosotros mismos. Odios, resquemores, prejuicios, condicionamientos y hasta secretos hacen parte de esas cosas que no queremos que los otros vean de uno.

También en ella hay cosas buenas, pero se trata de aptitudes que nos muestran como débiles: la bondad, la mansedumbre, o las expresiones artísticas.

El problema es que cuando se le niega a la sombra (o se le reprime, o se evita su contacto) se aumenta su poder. Al tratar de contenerla uno gasta demasiada energía. Pero luego se proyecta hacia otras personas esa energía psíquica.

La desplazamos hacia un pariente, un amigo del cual tenemos celos, o alguien conocido que tiene características iguales a las nuestras. Así uno se vuelve crítico con esa persona y es el origen de la manguala, los intereses creados, la envidia y la traición.

En la vida social la falsedad nace cuando no se reconoce esa parte brumosa. Mostramos siempre un rostro ideal y ocultamos lo que no nos gusta.

Una novela que la describe es *El retrato de Dorian Gray* de Oscar Wilde. Gray, hombre bello y joven, no quiere perder sus virtudes. Así que hace un acuerdo con

Mefistófeles para no envejecer ni morir. El contrato dio sus frutos. No obstante, Dorian abusa de las mujeres y se apropia de sus bienes para luego matarlas.

Un amigo pintor le hizo un cuadro mostrando su belleza. Al pasar el tiempo, el cuadro empezó a mostrar la parte maléfica que la gente no conocía de Dorian. Con el tiempo la imagen se vuelve tan fea que le tocó guardar el cuadro en el sótano.

Un día Dorian ve que el cuadro es horrendo, contrario a la belleza que él muestra a los demás. Con ira lo destruye, pero también se destruye así mismo.

La lección es que no podemos destruirla. Tenemos que abordarla, hablar con ella para reapropiarnos de una manera más saludable.

Hay que recuperar los aspectos que la conforman, no para volvernos como la sombra, sino para saber que somos capaces de apagar ciertos intentos de actos reprobados socialmente que la sombra nos sugiere.

Dice Jung que cuando se trabajan estos aspectos ellos se debilitan. Por un tiempo hay que vivir el pavor de verle el rostro, pero lo importante es no negar que dicho aspecto tiene un ámbito en nuestra vida diaria.

No se trata de la búsqueda de la perfección, sino de ser totales y verdaderamente humanos. Es asumir que somos divinidad encarnada, pero con un lado majadero. Todo ser humano que quiera realizarse seriamente tiene que enfrentar a su sombra, nadie puede evitarle.

Las pérdidas que vivimos en la actualidad son el resultado de vivir con el patrón social de engrandecemos ante los demás con una imagen que no está completa.

Pero la ciudad también tiene su sombra. Vemos lo que queremos ver de ella. Apartamos el rostro ante lo que no nos gusta o le echamos la culpa a otras sombras de lo que vemos. El problema es que hay una imagen idealizada de la ciudad que nos impide ver la totalidad.

Pero sobreviviremos a la sombra, a los delincuentes y a los corruptos, a los mentirosos y a los educadores del menoscabo. Hay que estar en la política y en la educación, y en todas las facetas de la vida, pero por las razones adecuadas. No por las razones de la sombra.

Hay gente dispuesta que sabe que el mundo es mejor cuando se entiende que no hay evidencias totales. Existen directivos éticos y gente con valores. Pero debe haber primero un cambio en los sujetos.

No hay otra manera de hacerlo sino empezar por nosotros mismos. Debemos impedir que la sombra de nuestra comunidad siga alimentando la guerra que conocemos.

Docencia para después de la guerra

Quienes saben más de paz (y de conflicto) en nuestro país son los educadores.

Son ellos quienes están en mitad del torbellino de una vida cercada. Son quienes conocen la tragedia y los rostros de ambos bandos.

Los educadores no son tontos. Saben que este modelo de educación impuesto lo que trajo fue la guerra a nuestros predios. Un modelo de educación adecuado para las élites, que forma el carácter para la ventaja y la imposición de unos sobre otros.

La clave del éxito de alguien es que tuvo un buen profesor. Pero ¿el éxito en qué? y ¿por qué medios? Conocemos a muchos profesionales que son ejemplo de lo que surge de una educación para la competencia y que le da prioridad al hecho de conseguir todo a costa de lo que sea. Profesionales capaces de «cartelizar» todo aquello que toquen (hasta la misma educación) y dispuestos a subirse a cualquier «carrusel».

No es por generalizar, pero es un modelo que no favoreció la diferenciación individual y la solidaridad, sino que impuso la entronización de caudillos y robusteció las ideas para el agrupamiento de los «seguidores».

Un modelo hecho a la perfección para el contagio emocional de las ideas sectarias, o para la unanimidad de opiniones y —en el peor de los casos— para el pensamiento dualista y la tolerancia de los prejuicios.

Como dijo Winston Churchill: «El problema de nuestra época consiste en que sus hombres no quieren ser útiles sino importantes».

Un país con una educación para la competencia descarnada será víctima (de nuevo) de los liderazgos enfermizos que conducen a la intolerancia y la guerra.

A todos nos toca pagar un precio por ese modelo, pero es a los educadores a quienes les toca el más alto precio, pues son ellos quienes, insertos en dicho modelo, terminan neurotizados. Empezando porque les toca aplicar esa forma autoritaria de evaluación que es el número.

Se forman así profesionales con la más alta inteligencia, pero para el litigio y para la contienda. Se impone así un estado «darwiniano» de cosas en el país que diseña el escenario para que persista la lucha de unos contra otros, y prevalezca la ley natural de que el pez grande se traga al más pequeño.

Por eso la universidad no es sinónimo de educación, pues prevalece en sus paredes un proceso de reproducción simbólica. Es producción en serie (igual que en el fordismo) de «funcionarios» (u operarios) del saber para una sociedad inmersa en el consumismo.

Es decir: todos tenemos que «saber lo mismo» para «ser profesionales» e ingresar a un nicho laboral. Todos debemos alcanzar unos objetivos parecidos para «ser» alguien. Quien no aprende un manajo de conocimientos (bastante limitados, por cierto) se queda sin «ser» profesional. Hay que apropiarse de un saber, un saber que es a la larga el instrumento de una élite.

Con este modelo viejo hay un divorcio entre formación y humanismo. Por ello se necesita una educación para la paz, pero más, una transformación de la educación que aborde temas de fondo, que prepare a nuevos seres para el sector productivo, pero que al tiempo los prepare para la convivencia.

Nos toca a todos. Sobre todo, porque la educación en Colombia nunca ha sido correspondida con una continuidad política y económica y por ello está separada de muchos aspectos de trascendencia del país. Un ejemplo es el hecho de que ad- portas de la paz aún no hay una propuesta clara.

El escenario del posconflicto lo exige. Y sería una educación que involucre a víctimas y a victimarios, pero al tiempo que tenga una altísima inteligencia con el fin de librar las ambivalencias.

Un país con una educación capaz de resolver los problemas de desarrollo y de gobernabilidad, además de los conflictos acérrimos.

Una educación que fomente las regiones apartadas en las que se dé un equilibrio de libertades que no se perturben entre sí.

La suerte futura del país depende de reorientar hacia la educación recursos que hasta ahora se habían dedicado a la beligerancia.

Y esa solución tiene que ser abordada por el Estado con la misma urgencia y la misma dedicación que ha tenido siempre frente la guerra.

Volver a ser héroes

Sabemos que algo marcha mal en nuestros días, los recientes acontecimientos indican que no somos tan íntegros como creíamos. Pocas son las personas que sienten que pertenecen a algo mayor que ellas mismas.

Nadie confía en el Estado, al contrario, se ve como válido y encomiable hacerle timo. La frontera de la ética se vulnera y es ya costumbre que al lado de la ley se ponga la trampa. Todo tiene un precio.

Esta cosa de atajar a los otros, de meterle el pie porque nos derrotan si llegan a sus metas, esta falta de «neuronas espejo», esta manera de ver a todos como adversarios, esta forma de actuar cuidando más a nuestras reputaciones y menos a nuestras conciencias, esta tendencia a «tener» y a «ser alguien» antes que “servir”, esta incapacidad para entender lo verdaderamente importante, hace que no le hallemos significado a la vida.

El mundo está inmerso en la dictadura del mercado (la alienación de las sociedades capitalistas avanzadas) y la dictadura de la identidad (los diversos tipos de fundamentalismos, credos e ideas reaccionarias). Ambas dictaduras nos ponen alertas para el litigio y la confrontación.

Las instituciones de las que dependen nuestras comunidades son ahora cuestionables. Todo es vocablo de neurosis y vano disfrute.

El poeta mexicano Ricardo López Méndez lo advirtió a tiempo: «Tú hueles a tragedia tierra mía: y sin embargo ríes demasiado».

Cuando Jean-François Lyotard habló de la caída de los grandes relatos se refería a que ninguno (cristianismo, comunismo, capitalismo, salafismo u otros tantos dogmas) nos dan hoy sentido.

La historia de Occidente es la historia de un error, un extravío. Nos hemos alejado de nosotros mismos al perdernos en el mundo.

La mística y la poesía fueron marginadas a lo raro y anormal por el imperio de la ciencia y la lógica, de paso, desterró al hombre del cosmos. «Hay que empezar de nuevo», es la propuesta de Octavio Paz

. El Nobel nos pide a cada uno convertirnos en un Gilgamesh, en un Sinué El Egipcio, en un Mahoma, en un Robin Hood, en un Lautaro, o en un Atahualpa, o en un Hijo Pródigo. Volver a ser héroes en medio de nuestra cotidianidad. Héroes, así sea estropeados. Hay que recuperar el sendero.

En medio de este horizonte desalentador debemos afrontar a los guardianes del umbral, el viaje puede hacernos morir. La aventura se lleva a cabo en el submundo o en un ámbito sobrenatural de terrores y maravillas, dioses y demonios (propios o extraños).

Paz nos invita a emprender el viaje de la vida tal como es: un viaje con infinitos imprevistos. «Hay que despertarse para descubrir que el sueño es sueño», dijo Jung. Debemos ser héroes y nuestra iniciación requiere que afrontemos pruebas.

En el punto más bajo de nuestra ordalía debemos afrontar nuestro desafío: matar al dragón, hallar algún bien, rescatar a la princesa o encontrar el tesoro. Hallar la paz o seguir matándonos.

El héroe debe sacrificar los beneficios sobrenaturales de su triunfo personal y volver con su «elíxir». Este retorno es la verdadera justificación y finalidad de todo su viaje: tanto la sociedad como el héroe necesitan renovación espiritual y él debe devolver el beneficio a sus semejantes, ya sea la familia, la aldea, o la nación.

No obstante, la única forma de ser héroes es continuar siendo jóvenes. Quizá por eso el fin de una civilización es más sentido por los jóvenes que no quieren resignarse nunca al derrumbe de lo absoluto. Son ellos los que ven la luz del amanecer con mayor esperanza.

No me refiero a los jóvenes mancillados por la idiotez, la distracción vacua del goce, la ordinariez mediática y consumista y las ideologías. Me refiero a los jóvenes incólumes, los que aún son rebeldes, capaces de transformar el entorno y sus propios destinos. Esos no lucharán en vano.

Esos jóvenes creen, como el poeta Salvatore Quasimodo, que: «el hombre aquel que en silencio se acerca / no oculta entre sus manos un cuchillo, / sino una flor de geranio».

Emil Sinclair, el adolescente de la novela *Demian* de Hermann Hesse, nos dice: «Mi historia no es agradable, no es dulce y armoniosa como las historias inventadas, sabe a disparate y confusión, a locura y sueño, como la vida de todos los hombres que ya no quieren seguir engañándose a sí mismos».

Volver al amor

Gandhi veneraba su rueca. Iba con ella a todas partes, incluso cuando visitó el palacio de Buckingham para hablar con la Reina. Lo hizo porque hilaba en sus ratos de descanso. Hilaba su ovillo de manera incansable. En vez de llenar su mente de discursos e indagaciones, la vaciaba realizando esa labor humilde. Dijo a todos que hilar era su ejercicio de amor. Y lo que uno ve en el fondo de toda esta arquetípica escena es que el amor es un acto de paciencia y constancia.

Gandhi se opuso al dominio británico y promovió la desobediencia civil como forma de protesta. En «la marcha de la sal», los ciudadanos desafiaron impuestos excesivos para la obtención de este producto y es un ejemplo de desobediencia civil que fue replicado por otros líderes con serias repercusiones sociales.

Gandhi propuso esa labor de amor como motor de una revolución que usó la rueca como símbolo poderoso frente a las industrias textiles inglesas que explotaban a la población. Consiguió que la gente fabricara su propia ropa para retornar a sus sencillos modos de vida y evitar que los monopolios textiles explotaran a los menos favorecidos.

Lo irónico es que hace algunos años esta rueca fue subastada en 130 mil dólares.

No obstante, más que esa anécdota mercantilista, lo que debería salvarse de su legado es la noción de amor que uno debería imponer en la vida diaria. Este líder entendió al ser humano como fundamentalmente virtuoso y no como una entidad proclive. Entendió que todos podemos alcanzar las virtudes con esfuerzo y dedicación. Deberíamos aplicar cada día ese esfuerzo en las labores, grandes o pequeñas, para construir nuestro sentido. En esencia es volver al amor confiando en el otro y los demás.

Hacer un ovillo es como trenzar o pescar, son actividades meditativas y profundas, repletas de amor y de espera. Es similar al acto de descascarar el arroz para los monjes zen. No se trata de concentración excesiva, sino de paciencia en labores minúsculas.

Gandhi nos enseñó que hay que tener la disposición de encontrar significado en las tareas ordinarias, encontrar el vínculo, el valor y la belleza en las cosas sencillas.

Es pretensión vana el hecho de exigirle a todo aspecto de la vida un drama cósmico o una intensidad extraordinaria. Ello nos lleva al egoísmo. No todo es apoteosis en la vida. Por lo regular, las cosas que más nos enriquecen son las más elementales.

El amor debería ser un susurro que llegue a tu oído con la cadencia del universo. No debería arruinarnos la vida, sino hacernos crecer.

Envidio a quienes hacen macramé, a quienes pintan miniaturas, a quienes siembran hortalizas o yucas. Usan el arte de la adivinación porque no saben cómo crece; no tienen la certidumbre de que el proceso esté dando frutos.

Admiro a quienes pueden hablar con los perros o criar pétalos o pescar durante largas jornadas. Es el engreimiento de la pompa de jabón. «Yo amo los mundos sutiles, / ingrátidos y gentiles/ como pompas de jabón», escribió en *Proverbios y cantares* nuestro querido Antonio Machado.

Deberíamos vivir la vida de esa manera. Allí está la mejor de las luchas: una vida conectada al presente continuo.

Estamos tan distraídos en la glorificación de la vida individual y en nuestra estúpida manera de construir improbables futuros que no nos damos cuenta de que en nuestro presente habita la constante alegría que nos espera y nos mira con su rostro radiante.

El poder de los corruptos

La timidez ante la autoridad en las sociedades es inducida desde nuestra infancia por medio de la represión sexual que nos hace sentir culpables y ansiosos. Así nos convierten en hijos que se atan a sus padres. Eso lo insinuó Wilhelm Reich, miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Este judío indagó cómo la represión de carácter sexual crea servilismo y sumisión a una autoridad estatal, situación que propicia la explotación. Los siglos de esclavitud tienen una gran deuda con la represión sexual impuesta por los dogmas religiosos.

Esto consume gran parte de nuestra energía biológica y paraliza las capacidades intelectuales y críticas. La advertencia que hace Reich es que la represión se instala en el inconsciente y actúa como una epidemia. Esto propicia que los individuos y las masas no tengan la habilidad de gobernarse en el mundo psíquico, por eso se supeditan al gobierno y los poderes religiosos organizados. Cedemos nuestra soberanía nacional e individual a cualquier persona o cualquier cosa, sobre todo a la idea de un líder salvador, de un mártir o un caudillo.

Las tiranías corruptas, antes de ser instauradas, son tiranías psíquicas. Nuestra irresponsabilidad de escoger a los corruptos para que nos gobiernen tiene algo que ver con nuestras limitaciones de derechos a ser felices. Siempre cedemos. Siempre asentimos. Y lo hacemos porque estamos llenos de odio, de miedo, o de apatía.

Entendemos de manera tácita que ellos son superiores y nosotros inferiores porque nacimos y crecimos en una sociedad clasista y llena de ideales engañosos. No tenemos espacio sino para silenciarnos y mordernos la lengua y no decir nada, ni siquiera aceptamos la idea de la protesta como derecho.

Los corruptos no son tan diferentes a nosotros. Conviven en nuestro entorno. Nos saludamos con ellos y asistimos a una puesta en escena. Nuestros líderes son facetas de nuestros falsos egos. Son nuestras proyecciones. Para los psicólogos la proyección es un mecanismo de defensa que consiste en adjudicar a otros individuos (o, incluso, a otras cosas) el propio sentir, las ideas o reacciones que no aceptamos como nuestras. En estos días el teatro de nuestras proyecciones son las redes sociales y allí podemos ver cómo cualquier irrelevante expresión mediática se convierte en un tratado de política.

Es difícil aceptar como propia la corrupción reinante. Ella es producto de la sociedad en la que crecimos. Solucionarla exige nuevos seres y nuevas generaciones. Pero por ahora está ahí cada día creciente e inmodificable.

Así pasa con la violencia: a diario la vemos, nos creemos distantes de ella, pero es nuestra sombra. Dijo Doris Lessing: «Todos nosotros hemos sido creados por la guerra, retorcidos y envueltos por la guerra, pero parece que lo olvidamos».

Y ahí vamos de nuevo otra vez apostándole a la paz. Es un reto amoroso en un mundo que no está confeccionado para el amor sino para la competencia, un mundo que nos confronta, un mundo que nos educa para ser los mejores; un mundo que nos impone la soledad.

De manera psíquica apoyamos y abastecemos de complicidad a los corruptos. Lo saben los empresarios de la construcción, los arquitectos e ingenieros en Cartagena; en esta ciudad se creó el pasar por debajo de la mesa el 10 % de los contratos. Y no fueron los políticos, fueron los profesionales de la ciudad. Aunque después hicieron un maridaje eficiente.

La lista es larga. Bueno, ya el monstruo estaba creado desde nuestros orígenes, pero lo que hicieron fue alimentarlo de tal forma que se extendió por todo el país y hoy la costumbre es, ya no el 10 %, sino el 20 % por contrato.

El poder de los corruptos surge de nuestro deseo de ser gobernados. En nuestra empatía con lo superficial y fácil. Está en la esencia de nuestras ansias de superarnos. Pero lo negamos. El miedo hace que pidamos a gritos ser protegidos por ese tipo de gobernantes. La causa de la corrupción no yace en el individuo que gobierna, sino en la psique de cada individuo que lo elige.

Los caudillos son semidioses

Colombia no ha podido curarse del caudillismo, rasgo con el cual emergieron en América Latina todas las democracias. El efecto encantatorio de los caudillos sobre la gente no se da por trampas, sino porque se halla afinidad emocional con «el solucionador de problemas» o con «el que nos viene a salvar». Por eso no posee pensamiento político, pero sí rostro.

El orden de las cosas se trenza de tal manera que a las gentes no les importa que el aspirante ofrezca el bienestar de todos, sino que tenga carácter para mandar, capacidad de respuesta frente al enemigo o en el interés por los desposeídos. En resumen, que el tipo tenga berraquera y conocimiento del país, que sea decidido, valiente, que nada lo detenga. Un gran sector desinformado de la población ha entendido a la política desde el lente de estas falsedades y no se ha dado cuenta de que se trata, a la larga, de carismas que mueren con el tiempo.

Esto nos viene como herencia de la estructura jerárquica de la vida en tiempos de la Colonia y llena el vacío dejado por el Rey como institución. La vida económica, social y cultural de nuestra nación tiene adentro el fermento para la continuación del caudillismo. Lo será en la medida en que creamos que las realidades concretas de la nación y las fuerzas que sustentan las transformaciones son las imágenes de los líderes y no los pueblos, las municipalidades y las regiones.

Una de las tantas secuelas del caudillismo es que se pierde la confianza en las instituciones por cuanto no se entiende a los gobiernos en función de programas y cambios, sino que cualquier logro se transfiere al personaje. Los éxitos tienen padres y los errores son huérfanos: la imagen del líder absorbe los problemas, su poder sobrenatural todo lo aclara. Es, sin dudas, un semidiós.

En una democracia deliberativa y robusta la discusión de las ideas no se da en torno a la imagen, sino en el consenso y la participación de todos, en el equilibrio de distintos pareceres en torno al bien común.

Otro grave problema que este fenómeno trae es que entroniza en el poder a gamonales (pequeños caudillos en pequeñas parcelas de poder) e impone el favorecimiento de unos pocos, aceita las roscas mayúsculas de la Nación para que pocos decidan sobre muchos convirtiendo en hábitos las prácticas corruptas y haciendo desaparecer al Estado.

No nos mintamos, la actual campaña a la presidencia ha recurrido de nuevo a configuraciones de caudillos tanto de la izquierda como de la derecha. Mientras el caudillismo domine nuestros horizontes democráticos estaremos como estamos, polarizados y en continua colisión de unos contra otros.





ENTREVISTAS



«El habla popular está siendo usufructuada por el poder»

Publicada en El Espectador, 2 Nov 2016

Entrevista con Juan Cristóbal Castro, quien publicó un libro que habla de los idiomas imaginarios en la literatura de América Latina.



Juan Cristóbal Castro (Venezuela, 1971), director del departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana, hizo una de las indagaciones del lenguaje más interesantes de la literatura de América Latina: los idiomas imaginarios. Investigación que sin duda se constituye en fuente primaria para futuros investigadores.

Castro se adentra en las creaciones de lenguas inventadas en la literatura de nuestro continente y trata de hacerlo en sus propios contextos. Estos son idiomas que al leerlos se descubren y, a la vez, se construyen. Dicha investigación organiza estos idiomas en tres momentos históricos: principio del siglo XX, con las obras de César Vallejo y sobre todo Jorge Luis Borges; la Guerra Fría en los sesenta y setenta, con el *boom*; y la crisis del Estado benefactor en tiempos neoliberales a finales del XX, con Eugenio Montejo y Ricardo Piglia.

El libro es un espléndido recorrido por las biografías de escritores tutelares, la historia de países y por distintos intersticios de la escritura y el arte. Castro describe lenguas como la de *Tlön*, *Uqbar*, *Orbis Tertius* (un referente central en esta investigación).

Sin embargo, este libro tiene un valor agregado, una pesquisa interesante: las relaciones del poder con los distintos tipos del lenguaje, tanto el popular como el oficial que emerge del Estado mismo. Asegura Castro que las lenguas vernáculas o populares que han sido marginadas por la imposición de un «decir bonito», hoy en día están siendo usufructuadas por los poderes.

¿Por qué el título del libro, «Idiomas espectrales»?

Muchos de los idiomas inventados son y a la vez no son. Están ahí, en la obra, y a la vez son idiomas que no se hablan. El espectro es una figura que surge del pasado y entra en el presente. Muchos de estos idiomas retoman dialectos y usos negados por los idiomas nacionales y estandarizados o retoman viejos proyectos utópicos que nunca fueron valorados, pero que autores como Borges, Cortázar, Montejó y otros, incluyen en sus literaturas y los reivindican. También son espectrales porque reaparecen en narrativas que se dieron después de los años treinta del siglo pasado, reviviendo algunas de las viejas experimentaciones de las vanguardias.

¿Qué son esos idiomas y para qué sirven?

Umberto Eco los denomina lenguajes ficticios, inventados por un escritor, aunque es bueno decir que en el campo de los idiomas artificiales hay varias modalidades. Unas son lenguas que pretenden ser universales, creadas por filósofos o matemáticos con la intención de dar con un verdadero sistema racional y lógico; no en balde proliferaron con la Ilustración. Otras son producto de una particular combinatoria de lenguas ya usadas, como sucede con el esperanto, o incluso con cierto rescate del latín, que buscan satisfacer las necesidades ecuménicas de conseguir una lengua franca para el comercio y el intercambio internacional, y que se diseminó mucho en el siglo XIX, pero sigue siendo un tema de preocupación en algunos círculos. Y luego están los experimentos con el lenguaje que ha hecho cierta tradición de la literatura y la poesía moderna, sin desestimar por supuesto los usos particulares de formas de hablar de sujetos y comunidades marginales (locos, niños, jergas de delincuentes, argots de grupos extranjeros o sociedades secretas).

Ahora, en el caso de mi investigación, si uno estudia estos idiomas se dará cuenta de que el autor tuvo propósitos que van más allá del simple juego verbal o erudito.

También en ellos hay una posición frente a la estandarización de ciertos usos y la legitimación de algunas políticas de la lengua nacional. Por otro lado, si uno quiere explorar los orígenes de estos idiomas ficticios, creo que el

mejor antecedente está en las novelas de aventura (siglos XVI y XVII). Ellas prosperaron bajo la modalidad de crónicas de viajeros en donde se narraba el encuentro con otras comunidades y tribus. Había una fascinación por las culturas distintas, y era inevitable la representación de su idioma. Así surgió toda una tendencia dentro de estos géneros en la que se describía el idioma de los mal llamados «bárbaros». Luego, en los siglos XIX y XX, la ciencia ficción los aborda, ahora para mostrar la manera como hablan los extraterrestres. Borges juega con esos géneros y en *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius* hace una parodia de ellos.

¿Esos idiomas se construyen hoy?

No lo sé, pero hay obras que hoy se están escribiendo. Sigue la ciencia ficción creando idiomas de alienígenas y esto está apareciendo en el cine y en las series de televisión. La literatura sigue experimentando con distintas formas de verbalidad. Pienso en el poeta venezolano Luis Moreno Villamediana y otros que tienen una modalidad de escritura experimental. Pero la fascinación continúa en el arte contemporáneo, algunos artistas juegan con las nuevas tecnologías y con el propósito de crear idiomas. Pienso, por ejemplo, en algunos trabajos del artista Yusef Merhi, como *Reloj poético* o *Perfect language*.

Esta investigación se presta para mirar en detalle las relaciones de poder entre gobiernos y ciudadanos. ¿Qué hallazgos arrojó su trabajo en este sentido?

No sé si fue un hallazgo, pero sí entendí la complejidad de ciertas dinámicas. El poder se mueve de manera expedita en la dimensión del lenguaje. Hay que tener cuidado de no establecer dicotomías muy fuertes entre escritura y oralidad, o entre lenguaje estándar y las lenguas regionales (vernáculos y populares). Más bien, hay que entender que el poder y el Estado se mueven en constante mutación. Y en ese proceso, a la vez que dialogan con una lengua estandarizada bajo principios propios de una comunidad hispanoamericana que sigue los protocolos del «hablar bien», también se apropian de ciertos usos del habla popular que consideran legítimos.

Así es que el poder establece mecanismos de persuasión y hegemonía. Por eso hay que entender a la literatura de otra manera, porque en muchas de sus apuestas más experimentales se evidencian los usos verbales que el Estado no incorpora. Dicho de otro modo, el Estado siempre establece protocolos para estandarizar e imponer ciertos «usos correctos» y ciertos «usos nacionales», y en respuesta a ello, la literatura tiene la potestad de problematizar esos usos. Hay formas de resistencia en ella que no apreciamos, porque tenemos una visión autonomista de la misma, sin dejar de lado el hecho de que

seguimos presos en la manía por dividir la literatura de la oralidad que no ve las variedades de «representación» y registro de cada una.

Recuerdo que durante los dos mandatos del presidente Álvaro Uribe se impuso una especie de «manual» desde el cual se debía establecer la comunicación con los ciudadanos. Esta es una forma consciente de estandarizar el lenguaje desde el Estado. ¿Existe una aplicación práctica de sus hallazgos?

No sé. Lo que quiero mostrar, entre otras cosas, es que el Estado se apropia tanto del uso correcto del idioma, como de un uso oral o regional. De hecho, si no se apropia de ciertos usos de la oralidad, de ciertas formas de dialecto popular, es imposible que logre legitimidad, por eso la existencia no solo de los manuales para uniformar el idioma, sino también de recursos para imitar la oralidad popular para adquirir esa legitimidad. El habla popular también está siendo usufructuada por el poder.

Lo mismo que ocurre con la fricción entre cultura popular y «cultura culta». Lo que se ve en la plaza pública y en la calle es marginado por parte de lo «bien dicho». ¿En su análisis cómo están nuestros países? ¿Tenemos lenguas restringidas en su totalidad?

Sí y no. Hay tres aspectos. El primero es que existe una comunidad del idioma hispanoamericano que tiene que ver con diccionarios, congresos de la lengua, con las afiliaciones a la Madre Patria y el «hablar bien» del siglo XIX para acá, y que deja de lado muchísimas expresiones vernáculas. El segundo es que también existe una institucionalidad nacional que incorpora, sin dejar de lado una práctica en el estilo de gobernar, tendencias vernáculas: las literaturas oficiales encarnan tanto un habla estándar, como un habla regional o nacional. Y el tercero, y es el que más me preocupa en estos momentos, es el auge de una nueva forma de estandarización que está pasando por una concepción «profesional» del idioma, un habla aséptica que sigue los rigores de una traducción literal del inglés para continuar con los protocolos propios de la profesionalización del trabajo y de cierto «*political correct*».

Eso proviene de una suerte de ética empresarial y pseudo multicultural que impregna todo, gracias a la cual las universidades, las iglesias y los deportes hablan ahora con jerga empresarial: «costos y beneficios», «impacto», «gestión». Se impone así un protocolo de formas de hablar que inducen a seguir ciertas praxis profesionales que dejan de lado otras formas de socialización donde imperan formas de hablar diferentes, con otros dialectos. Es una suerte de habla neoliberal. Lo peor es que esa forma de hablar se está extendiendo en todos los ámbitos de la vida, arrinconando otras tendencias

que poco a poco van acumulando el odio de la exclusión y pueden explotar en populismos radicales.

¿Por qué los países son máquinas lingüísticas?

Precisamente por lo que trato de decir. No hay que olvidar el protagonismo del Estado para conferirle poder a la lengua estándar, pero también el del gobierno de turno para nacionalizar unas prácticas verbales regionales o vernáculos por encima de otras. Dicho de otro modo, el poder tiene también una poética verbal que privilegia unos usos del idioma y cuyo efecto es el de producir una identificación de las comunidades y ciudadanos con la autoridad de su mandato. Sin esa operación, el Estado no sería tan efectivo en su comunicación con el pueblo.

¿Cómo son Colombia y Venezuela como máquinas lingüísticas?

Creo que hay que ver en detalle a cada país. La diversidad rompe con la tendencia a la estandarización, pero cada gobierno tiene sus políticas que se mueven entre el patrón estándar y los usos populares. Los casos de Colombia y Venezuela son curiosos.

Por un lado, Colombia tiene una tradición muy fuerte desde finales del siglo XIX, con los grandes gramáticos, y se impone el buen uso del castellano. Es más, muchos gramáticos fueron presidentes. Eso es significativo. Fue un pacto que se consolida con la Regeneración del siglo XIX. Uno lo aprecia hoy en la prensa y en los demás medios: hay una altísima corrección en el uso del idioma. Pero esa tradición se está vinculando hoy a un uso «profesional» que se mezcla con este «hablar bien». Por otra parte, Venezuela, si bien no dejó de tener una tradición purista, su esfera de poder fue leve, pues el campo político estaba intervenido por el igualitarismo militar de finales del siglo XIX, y después con el populismo democrático en el siglo XX, y ello generó, por un lado, una mayor permeabilización de la lengua estándar por usos menos correctos, y por otro, la necesidad de la clase política de apropiarse de ciertos estilos vernáculos para ganar legitimidad, incluso uno lo ve también en las clases sociales altas que han desarrollado cierto ventriloquismo para hablar con sus empleados y cambiar de registro cuando hablan con los suyos. En estos momentos, sin embargo, el poder del Estado erigió una política verbal que rescata ciertos usos del sustrato más bajo de lo social: ciertos giros de los fondos criminales, que se mezclan a su vez con usos de la retórica republicana del siglo XIX.

¿Por eso su uso reiterado de la palabra «patria» en su discurso?

Claro, la palabra «patria» tiene una fuerza republicana que se popularizó a finales del siglo XIX, pero no hay que olvidar que fue usada por gobiernos autoritarios y militaristas, quienes fueron los que gobernaron Venezuela después de la independencia.

En Colombia y Venezuela se ve la dimensión potencialmente autoritaria que se da con el uso del lenguaje, uno reificando cierta habla de las élites oligárquicas de finales del siglo XIX, y el otro reificando el habla cuartelaria de la más baja casta militarista, ahora bajo formas populismo radical.

Chávez llegó al poder en Venezuela rompiendo las convenciones. «Sobre esta moribunda constitución...», dijo en su discurso y eso fue el inicio de todo.

Exacto. Cuando dijo en su discurso la palabra «moribunda» ya dio el primer gesto de su política verbal y de todo lo que vendría después, usando el sustrato más bajo del habla popular, sobre todo el de los sujetos marginales que se mueven entre el resentimiento, el desengaño, la criminalidad y el autoritarismo; el «lumpen», diría Marx. Luego, haciendo uso de esa jerga en forma de «choteo», en todas sus alocuciones e intervenciones rompió con los lenguajes vinculados a las antiguas instituciones de Venezuela. Cualquier ejecución política se vio impregnada de estas prácticas verbales con propósitos corrosivos. Pero fue una emancipación de cierto uso del lenguaje popular (no todo), pero para fines de poder (y dominio), no para fines de reconocimiento de lo popular como elemento dinámico de la vida pública, que ocupa un espectro más plural y dinámico que ese sustrato más resentido que usó y usa el chavismo como habla de la «nación».

Winston Morales: «En la poesía hay muchos poetas de Fórmulas»

El Espectador, 3 de julio de 2016

El poeta, nacido en Neiva en 1969 y radicado en la Costa, es un caso de lamentable desconocimiento en la literatura a pesar de haber publicado más de veinte libros, ganado premios internacionales y a que importantes universidades de Europa lo invitan frecuentemente a leer sus poemas.



El poeta colombiano Winston Morales.

Es comunicador social y periodista, docente en la Universidad de Cartagena, magíster en literatura hispanoamericana de la Universidad Andina Simón Bolívar de Quito. Su poesía indaga la historia, los mitos y los misterios de la vida. Ha escrito sobre algunas de las poéticas más importantes del siglo XX en Latinoamérica, entre otras, las de José Antonio Ramos Sucre, Carlos Obregón, César Dávila Andrade y Jaime Sáenz. Escribe poesía, novela y ensayo.

Su obra ha sido traducida al francés, el inglés y el italiano y es incluida con bastante frecuencia en antologías internacionales. Algunos de sus poemas son más conocidos en el exterior que en casa. Con palabras asequibles, Morales ahonda en realidades inaccesibles. Sus poemas no se reducen al texto, en ellos lo estético no culmina en la escritura. Es la palabra como desafío y

ensalmo. Al acercarse a su poesía, el lector no obtiene un esclarecimiento de las cosas, sino una sintonía con el misterio. Lo que hace Morales es volver a «encantar» el mundo en la defensa de lo insólito. Dice en *Papiro a las hermanas de Lázaro*: «A pesar de la segunda resurrección de la carne / Seguían pensando en levantar en tres días la casa, / En resucitar al betanio / Para contagiar de belleza a los escribas del templo. / Aun tras la muerte del Nazareno, permanecían bellas / Bellas hasta la saciedad de los últimos caminos. / Lo único que las diferenciaba / Era el aroma inescrutable de sus ropas / El color de sus labios / Retocados por la espesura del bosque».

En *La dulce Aniquirona (II)* se lee: «A veces pienso / Que ese habitante / Joven entre los viejos / Ama las mismas cosas / La oscura puerta de las posibilidades / La famosa casualidad de las instancias / ¿A dónde van todas esas voces / que me conducen a tu reino?».

Hace unas semanas Winston Morales fue invitado por el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Varsovia y dio recitales en la Universidad Jagiellonski de Cracovia, en la Universidad de Szczecin y en la Universidad Adama Mickiewicza de la ciudad de Poznań, así como en la Biblioteca Pública de Zielona Gora. Hace unos días estuvo invitado por la Universidad de Sonora al Festival Internacional de Escritores Horas de Junio, en homenaje a Hernán Lara Zavala.

Dentro de su obra se destacan: *Aniquirona* (Trilce Editores, 1998), *La lluvia y el ángel* (coautoría, Trilce Editores, 1999), *De Regreso a Schuaima* (Ediciones Dauro, Granada, España, 2001), *Memorias de Alexander de Brucco* (Editorial Universidad de Antioquia, 2002), *Summa poética* (Altazor Editores, 2005), *Caminos a Rogitama* (Trilce Editores, 2010) y el libro de ensayo *Poéticas del ocultismo en las escrituras de José Antonio Ramos Sucre, Carlos Obregón, César Dávila Andrade y Jaime Sáenz*.

¿Qué lugar tiene la infancia en toda su obra?

La infancia, más que una edad, es un estado, muy autónomo, por cierto, que siempre estará presente en el camino de la creación. De hecho, es probable que ella aparezca sin que el escritor tenga plena conciencia. De manera inconsciente, la infancia es como ese universo akásico del que nos hablaron los místicos; un universo con toda la información pasada o futura, —porque allí no existen delimitaciones temporales—, que forma parte de esa unidad y ese todo que es el hombre creador y creativo.

No podría decirte con exactitud qué elementos de mi infancia o de mi niñez gravitan en mi obra, pero es muy seguro que esté presente, no solo en lo que escri-

bo, sino también en lo que callo, no solo en lo que creo, sino también en lo que recreo. La obra, poesía o novela, es la materialización de un universo mental, —consciente o inconsciente—, y ese universo mental está compuesto de todas las edades y experiencias del hombre (no solo físicas, sino también metafísicas).

¿Por qué insiste en creer en el hombre como especie?

La vida es bella, más allá de los seres humanos. Mas como soy un hombre, la concibo y escribo desde ese locus enunciativo que soy. Hablo desde los hombres, no puedo hablar, —aunque lo intento—, desde las plantas, desde los cristales, desde los animales, y al hablar desde los hombres creo en mí y creo en la bondad que me habita, —también en la maldad, por supuesto—, y razono un mundo desde una lógica más humana y más humanista, más sensible, más equitativa. Ahora, no es algo que yo haga de manera premeditada; digamos que es como un palpito, como un impulso eléctrico, y es ese impulso eléctrico el que se ve plasmado en esa obstinación mía de la esperanza y de lo remediable. Como especie, tenemos remedio. Es y será un proceso muy engorroso, muy largo, de unas purgas terrestres necesarias e infinitas, pero aún, como decía Gabo, nos merecemos una segunda oportunidad sobre la tierra.

En sus más de veinte libros, su escritura aborda temas disímiles. Las Escrituras con sus variados personajes, lo esotérico, la historia, las músicas secretas, el amor, la vida y la muerte. Todos los escenarios parecieran estar al oriente del Edén. ¿Por qué la insistencia en los orígenes?

Eso tiene que ver con mi origen, con ese locus enunciativo del que te hablé hace unos instantes. No es un asunto que se responda desde lo humano o, más bien, desde lo racional. Mis padres son amantes de los libros y de la lectura, pero ninguno de ellos, que yo sepa, tiene una proximidad con lo oculto, con lo esotérico, con lo místico (mi madre es muy religiosa, pero nada más). Desde muy chico tuve una vocación y una necesidad de búsqueda en lo invisible, en lo intangible. De niño creí ver cosas, —eso es algo que ya se pierde en la incertidumbre de lo ficticio o de lo real, mi estado natural—, y al creer en lo que aparentemente veía, tuve una virtud en lo onírico; sueños que se hacían realidad o que eran simples advertencias. Entonces no solo fueron visiones, sino también audiencias, cierto tipo de revelación, y eso está consignado en «La dulce Aniquirona», mi primer libro publicado. De ese origen, de ese lugar de encuentro, —conmigo y con mis intereses—, vienen el mito judeocristiano, el mito griego y romano, egipcio, esotérico, alquímico.

Se siente que «Aniquirona», su primer libro, tal como «Cántico de Guillén», atraviesa una continua reescritura y esos temas resurgen en sus libros si-

güentes: la naturaleza, una atmósfera casi bucólica, los arcanos y los sueños, y un eterno preguntarse por las cosas y los seres que se marchan. ¿A qué se debe?

Soy un hombre de eternas preguntas, un hombre cuya máxima preocupación es el tiempo. La imagen de Cronos devorando a sus hijos es para mí una revelación y una hecatombe. Me sorprenden la fragilidad del ser humano, la pequeñez, lo ínfimo de nuestras pretensiones y ambiciones, lo minúsculos que somos frente a la inmensidad del tiempo y del espacio, frente a los multiversos que nos rodean y nos circundan, —porque todo, como diría Trismegisto, se mueve y vibra—.

La poesía de Aniquirona —porque es ella la que habla— es un devenir, el inagotable devenir del hombre por el misterio. Puede ser la muerte, puede ser la historia, puede que sea la poesía. Nunca he sabido con exactitud qué es lo que representa ese sujeto-mujer onírico. A lo mejor, como diría Flaubert, soy yo. Mas me atrevería a decir que ella es todos los yoes que me componen, a la mejor manera de una síntesis alquímica. Si alguna vez dije que todas las mujeres están en una (Aniquirona), ahora puedo decir que todos los hombres que soy —incluso los que no he sido— están en ella.

¿Cómo fue el tránsito de la poesía a la narrativa?

Creo que nunca he dado ese salto. O a lo mejor siempre he permanecido en la narrativa. Si tú lees «Aniquirona», «De regreso a Schuaima», «Memorias de Alexander de Brucco» o cualquier otro de mis libros de poesía, te darás cuenta de que es narrativa. Amén de la unidad temática, mi poética, sin proponérmelo, cuenta una saga, toda ella. La saga de Aniquirona, la saga de su mundo, Schuaima, la saga de lo que recuerda Alexander de Brucco. Y así sigue: un tránsito por la ciudad de las piedras que cantan, que es un homenaje al mundo maya, o el viaje vertiginoso por los arcanos mayores. Tal vez mi libro más cercano a la poesía sea el más reciente, «¿A dónde van los días transcurridos?», publicado por la Universidad de la Sabana. Los demás son relatos, historias, crónicas en verso.

El yo de la poesía colombiana en la actualidad es muy curioso, es un yo que revela al autor como una gran nao que navega, el poeta como centro del mundo. En cambio, el «yo» de su poesía es un yo disgregado. ¿Por qué esa distancia de la corriente general?

Pregunta compleja y engorrosa. Lo único que puedo decirte es que la voz del poeta, por lo menos la mía, no es una voz que se someta al canon imperante,

o a las voces hegemónicas que dictan los sellos editoriales. En eso tenemos ventaja los poetas, —algunos, quizás—, que no respondemos a exigencias editoriales. Las voces hegemónicas, lastimosamente, se imponen en la narrativa. Entonces hay un discurso, —repetitivo, por cierto—, que rara vez se presenta en la poesía. En la poesía hay muchos poetas de fórmulas, como las 5w de la noticia. Vemos el mismo poema, pero, con otras palabras, o vemos cuadros, instantáneas (lo más usual). Es como si el poeta portara una cámara fotográfica y fuera retratando el instante, que casi siempre es inmediato, ordinario y superficial. La poesía ordinaria, esa que habla de lo que acontece afuera del espíritu, no trasciende. El lector sabe que no. El misterio de la poesía es que debe hablarnos de lo que no sabemos, de lo que desconocemos, de lo que nos es vedado. Para lo que sabemos, para lo que conocemos, está la noticia o, en el peor de los casos, los youtubers.

«En últimas, escribimos para Dios»: Gustavo Arango

Publicada en El Espectador, 25 de mayo de 2016

El escritor nació en 1964 en Medellín, pero pasó muchos años en Cartagena en donde se vinculó al diario El Universal en los 90. Hoy es novelista, periodista y profesor de literatura latinoamericana de la importante Universidad del Estado de Nueva York (Oneonta).



Gustavo Arango nació en 1964 en Medellín. /Lidia Corcione.

En El Universal Arango escribió una de las más importantes indagaciones sobre la formación de Gabriel García Márquez al lado del ya famoso jefe de redacción Clemente Manuel Zabala, bajo el título «Un ramo de nomeolvides: García Márquez en El Universal».

Héctor Rojas Herazo, Gustavo Ibarra Merlano y otros escritores a quienes marcó la disciplina y el método de Zabala le endilgaron el apelativo de «El hombre lámpara» y es que bajo la figura luminosa de Zabala se inició una nueva constelación de escritores que posteriormente influyeron a la literatura continental. Arango indagó cómo la dinámica de la sala de redacción de El Universal brindó los temas, los procesos y las lecturas que formaron a nuestro Nobel.

Arango es hoy es uno de los más importantes escritores de Colombia en la diáspora. Ganó el Latino Book Award en 2015 a la mejor novela histórica con

«Santa María del Diablo», el Premio Bicentenario de Novela en México en 2010 con «El origen del mundo» y el Premio Internacional de Novela Marcio Veloz Maggiolo en Nueva York en 2002 con «La risa del muerto». Fue finalista dos veces del Premio Herralde de Novela por «El origen del mundo» en el 2007 y «Morir en Sri Lanka» en el 2014.

Hace unos años dijo en un homenaje que se le hizo en Nueva York: «Soy el segundo de los tres hijos de Félix Arango, un vendedor de fantasías a quien mataron por saber demasiado, y de Nubia Toro, una mujer valiente que me enseñó desde niño a jugar con las palabras», lo cual nos dice cuál ha sido su camino. También diría: «escribir es un antídoto contra la insignificancia (...). Cuando esto que soy se haya ido, seguiré dando guerra a través de mis escritos».

Tendremos Arango por mucho rato y se perfila como un escritor prolífico, pues cada año nos sorprende con un nuevo y fascinante libro.

¿Cómo pasaste de la escritura diaria del periodismo (en la que te destacaste hace ya dos décadas) al ejercicio diario de la de novela?

En mi caso, la ficción y el periodismo siempre han sido expresiones simultáneas, que a veces se confunden. Escriba lo que uno escriba, siempre está haciendo la crónica de su vida, de sus obsesiones, de sus fantasías, de sus vivencias. Pero puedo decir que todo empezó en los años noventa, cuando trabajaba en el diario El Universal de Cartagena. En el día era reportero y editor del suplemento literario, pero en las noches avanzaba de manera muy lenta en la escritura de «Criatura perdida», mi primera novela. Siempre he dicho que al periodismo le debo la disciplina para escribir sin temores ni bloqueos.

Cuando escribía una crónica sabía que debía tenerla resuelta al final de la tarde, para que la diagramaran y saliera publicada al día siguiente. Siempre me propuse escribir textos que no fueran desechables, que pudieran ser leídos con provecho muchos años después. Así que a la hora de escribir novelas me he beneficiado de esa valiosa experiencia.

¿Sirvió de algo o tuvo incidencia el inmenso trabajo periodístico que realizaste en El Universal, para ahondarte en esas tramas succulentas de tus novelas?

Cartagena y El Universal fueron experiencias decisivas para mí. Dejé la ciudad de Medellín donde había vivido los primeros veinticuatro años de mi vida y, al llegar a Cartagena, mi lenguaje se enriqueció con la musicalidad del habla del Caribe. En El Universal tenía una gran libertad para escribir largas crónicas. Mi investigación sobre los inicios de García Márquez, que

dio como resultado el libro «Un ramo de nomeolvides», hizo que de algún modo también participara de ese maravilloso taller de escritura que fue El Universal, cincuenta años atrás, cuando lo editaba Clemente Manuel Zavala. En Cartagena entendí con claridad que el oficio de escribir no es otra cosa que el de un contador de historias. Muchas de las novelas que he publicado después se gestaron durante esos casi diez años que viví en Cartagena.

Siento que tus dos últimas novelas son muy distintas a las primeras. Abor- das narraciones históricas, personajes acaso inexpugnables en el sentido de que hay escaso material historiográfico. Esto evidencia una amplia investi- gación y una obvia evolución en muchos aspectos. «Buda en Resplandor» exigió una profunda reflexión y un serio abastecimiento de temas espiritua- les. ¿Cómo fue ese viaje fabuloso?

Mis libros recientes, «Santa María del Diablo» y «Resplandor», son trabajos que le deben mucho a mi experiencia como cronista. Ambas novelas se ges- taron cuando vivía en Cartagena, la ciudad que dejé en 1998 para vivir en los Estados Unidos. En el caso de «Resplandor», no exagero cuando digo que es el resultado de casi cuarenta años de reflexión e investigación: sobre Sri Lanka, sobre el budismo, sobre las alternativas contra la violencia y sobre ese personaje maravilloso, el monje Fa Hsien, a quien descubrí hace mucho en un libro de Julio Verne. Siempre me fascinó la historia de ese monje que viajó catorce años, desde la China hasta Sri Lanka, en busca de los libros de disci- plina del budismo. Siempre quise escribir su historia. Pero tardé en encontrar versiones completas de su viaje y tardé aún más en poder visitar Sri Lanka, un lugar que me ha fascinado desde que era niño.

Viktor Frankl pensaba que la literatura servía para curar la neurosis, Joseph Campbell dijo que todos podríamos alcanzar una cura espiritual por medio de los mitos. Jung que servía para aliviar el vacío espiritual de la vida con- temporánea a través de los arquetipos. Y muchos otros le ven alguna prac- ticidad. ¿Crees que la literatura sirve para algo hoy?

Creo que todos los seres humanos necesitamos historias, del mismo modo que necesitamos alimentos o abrigo. Cada uno va construyendo el relato de su vida a partir de los materiales que encuentra en el mundo y en los libros. El escritor, más que el origen de un mensaje, es un medio, a través de él se van manifestando las historias que el mundo necesita.

La escritura me ha servido para darle sentido a la vida. Soy feliz cuando es- cribo. A través de mis libros he podido conectarme con el mundo y con seres afines. Escribir es un antídoto contra la insignificancia. Creo que a través de

la escritura he logrado robarle terreno a la muerte. Cuando esto que soy se haya ido, seguiré dando guerra a través de mis escritos.

Hay mucho de poesía, mucho de ritmo, y en ocasiones muchas sincronicidades en tu relato (coincidencia significativa, según Jung). ¿Es una intención estética o surgen en el asombro de la escritura?

El ritmo y la poesía son fundamentales en lo que escribo. El primero, porque todo texto también actúa en niveles inconscientes, y el ritmo –la música del texto– comunica en los niveles más profundos. Cada libro nos obliga a volver a inventar la literatura, a encontrar la estructura que el texto necesita; su gestación es, en buena parte, una reflexión sobre la forma. La poesía, por su parte, más que adorno es un instrumento que nos permite descubrir la realidad. Es una mirada nueva, limpia, refrescante. La poesía ilumina las zonas oscuras del mundo.

En cuanto a la sincronicidad, entre las muchas historias que cuento en «Resplandor» está la del origen de la palabra inglesa «Serendipity», que en mi opinión está mal inventada. Horace Walpole se inspiró en un cuento que circulaba por Europa en el siglo XVIII, «Los tres príncipes de Serendip», para nombrar el don de los hallazgos accidentales y extraordinarios. En «Resplandor» rescato la historia de los príncipes y concluyo que sus hallazgos no tuvieron nada de accidentales. Por el contrario, fueron el resultado de una atención bien educada, de una capacidad cultivada para leer las señales del mundo. Heráclito decía que solo quien espera encuentra lo inesperado. Pienso que, cuando uno está atento a leer las señales del mundo, las sincronías empiezan a manifestarse. No es que antes no existieran; lo que pasa es que antes no estábamos preparados para percibir las. Este es el mismo concepto de «figuras», que tanto le interesaba a Cortázar. Cuando se observa con atención se empiezan a ver los hilos, los diseños, el orden que subyace bajo el aparente caos del mundo. En los capítulos autobiográficos de «Resplandor» ocurren muchas cosas que parecen «coincidencias». Pero mi explicación es que había pasado toda la vida preparándome para ese viaje y estaba atento a leer el lenguaje del mundo.

Leerlo exige una relación íntima de confianza y complicidad. ¿Cómo lo logra en términos estilísticos?

Estamos en los tiempos de la prisa, de la literatura de noticiero (muchos están atentos a las noticias del día para decidir sobre qué escriben), de los encuentros fugaces y virtuales. Pero la literatura puede seguir siendo el espacio de los encuentros significativos. Escribo con cuidado. El lenguaje puede parecer simple, pero tiene una dimensión poética que lo llena de matices, de posibilidades. Aspiro a que el lector quiera volver sobre las páginas y que, al

hacerlo, siga haciendo hallazgos valiosos. A veces escondo en el texto detalles casi imperceptibles, dejo marcas de agua; son regalos para los lectores más atentos. Es posible que algunos de esos detalles permanezcan ocultos para siempre; pero hace tiempo asumí que, en últimas, escribimos para Dios.

Orhan Pamuk en «El novelista ingenuo y el sentimental» dice que lo que distingue a la novela de otras narraciones literarias es que tienen «un centro secreto» que deberíamos buscar mientras leemos. ¿Cuál es el centro de tu novelística?

Estoy de acuerdo con eso. Todo libro tiene espacios recónditos y centrales. La lectura es la aventura de esa búsqueda. Decir cuál es el centro de mis textos sería como mostrar un atajo, como entregar una fórmula que los reduzca a un par de frases. También supone pensar que el autor conoce por completo lo que ha hecho. No creo que sea así. Siempre me estoy sorprendiendo cuando releo lo que he escrito. El autor es un artífice, construye un raro espejo en el que cada uno ve reflejadas cosas distintas. Para cada lector, ese centro secreto puede ser algo distinto.

Por último, vemos que cada año nos estás trayendo una novela con una altísima exigencia. ¿Cuál es tu método de trabajo? ¿Cómo es tu viaje creativo?

Los últimos años han sido de cosecha. Me he dedicado a completar proyectos en los que venía trabajando por mucho tiempo. Siempre estoy trabajando en varios libros a la vez y, al final, uno de esos libros exige ser terminado. En esa etapa final trabajo con mucha intensidad, incluso me impongo fechas para tener una presión similar a la que tenía cuando trabajaba en un periódico.

También estoy llenando cuadernos todo el tiempo y me olvido de ellos; después, revisando esos cuadernos, descubro que hay algo casi listo y me dedico a terminarlo.

No digo que escribiré toda la vida; quizá llegue un momento en que no tenga nada para decir. Pero ahora mismo siento que hay mucho por hacer. Tampoco creo que sea posible escribir demasiado. Cuando pienso que Chesterton escribió como cien libros, o que Joyce Carol Oates ya va llegando a los doscientos, me doy cuenta de que he sido un poco perezoso. La industria editorial es el gran destructor de vocaciones, con sus roscas y exigencias comerciales; promoviendo la idea de que solo vale lo que se vende mucho. Pero escribir es uno de los actos más libres que tiene a su alcance el ser humano. Quizá nos leerán, muchos o pocos o ninguno, pero habremos sido felices dejando el testimonio de la vida que nos tocó vivir. No hay que dejar que nos roben el entusiasmo.

«Hay que desmitificarlo»: El octavo de los hermanos



El último viernes de julio de 2004 en el hotel Las Américas de Cartagena García Márquez cerró un encuentro de cincuenta periodistas de lejanas provincias de Colombia que luchan por la libertad de prensa. Luego de un largo aplauso se acomodó en su silla, cuadró sus gafas, arregló con timidez unas cuartillas, y con los ojos cerrados (casi empuñados), se acercó al micrófono. Su voz tenía los rasgos del Caribe, pero sin dejos pedestres y sin golpear palabras. Era la misma voz del discurso en el Premio Nobel; una voz cercana, familiar, que metió a todos en el hechizo, porque —no había duda— se encontraban frente a García Márquez. Los asistentes se quedaron pegados a los atractivos de ese fraseo como buscando en García Márquez al mismo Gabo. Un fraseo en el que uno puede encontrar el cruce de mitos, sugerencias e ironías con la insólita eficacia del idioma.

García Márquez cerró su corta intervención con la frase que su madre Luisa Santiago Márquez decía cada vez que se refería a los que ejercen el oficio más bello y peligroso del mundo: «Pobres muchachos, tienen alma de toreros, pero a diferencia de estos no solamente les pagan salarios de hambre, sino que los matan por sapos». Enseguida se desató un aplauso.

Un grupo se le acercó a estrechar su mano, a felicitarlo, a tocarlo, pero sobre todo a oírle. Quien hablaba era Jaime García Márquez, el octavo de los hijos del telegrafista de Aracataca, un hombre que durante toda su vida ha sido ingeniero contrastista y hoy es el más cercano hermano del Nobel colombiano. En este hombre, por azar genético, todos escuchan la voz de Gabo, y de paso ven su encarnación. Su

cabello plateado, su estatura, el movimiento de sus ojos cuando busca una palabra, su sonrisa, pero más que nada su voz, tienen un inquietante parecido con los del célebre escritor a pesar de la diferencia de edad.

Esa igualdad fisonómica está en ese grupo de gestos con el que Jaime arquea sus cejas y aprieta las arruguitas de los ojos, como lo hace Gabo en muchas de las fotografías publicadas en el mundo.

Jaime tiene una recia constitución y mide más de 1,68, una sonrisa constante que da la impresión de que lo hubieras conocido hace mucho. Hay en él la vieja veta de la mirada trágica y festiva al tiempo que tienen los hombres del Caribe, y todas sus gesticulaciones están diciéndote que «no sabes de lo que te pierdes si no hablas conmigo». Y en verdad de lo que uno se pierde si no habla con él.

Algunos de los que lo rodean lo defienden aduciendo que no tiene la más mínima culpa porque no se trata de algo deliberado ni de arrogancia, parapetos que nunca ha tenido este García Márquez. «Lo que pasa», dice, «es que siempre que alguien me conoce el tema a tratar será Gabito, y lo verá en mí. Al principio me dio algún trabajo, pero ya me acostumbré y lo entiendo. Creo que lo más interesante es que la gente me da el amor que no puede darle a él».

Jaime García Márquez hoy es el subdirector de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, creada por su hermano Gabo a mediados de los noventa y que dirige el abogado y periodista Jaime Abello Banfi.

En esta empresa Jaime García Márquez ha añadido todo el amor que le tiene a sus monotonizadoras y buldózeres. En su diminuta oficina, enclavada en el centro amurallado de Cartagena, —a pocos metros de donde operó durante décadas El Universal, diario en que el escritor hizo sus primeras notas—, Jaime habla haciendo grandes círculos con las manos y trazando en una libreta mapas mentales, dibujos intrincados, mapas arduos y mandalas. Mientras lo hace cierra de nuevo los ojos, casi empuñándolos.

A diferencia de muchos ejecutivos sabe decir con exactitud lo que le pasa por la cabeza en su momento. Confiesa que le aterran las entrevistas. Considera —como su hermano— que hablar con un periodista es la cosa más peligrosa del mundo. Pero cuando suelta esta admonición se siente también algo de elogio. De las mil y una maneras insistió en que no se usara grabadora porque a él le interesaba más el diálogo.

«Hablo más que Gabito y de manera atropellada», dijo mientras imprimía algo de ternura al diminutivo y al tiempo escribía en su libreta mirando una y otra vez un grueso reloj azul de plástico con letras gigantes.

Aparte del terror a los aviones (innato a todos los García Márquez y ya distintivo en el Premio Nobel), Jaime tiene un miedo visceral a hablar en público. «Siempre que hablo en público lo hago queriendo salir del embrollo, con los ojos apretados y a la de Dios».

A pesar de que es un formidable conversador, teme ser fuente formal de declaraciones y más cuando casi todo el mundo ve en él a Gabo.

En una de las paredes de la oficina hay un grupo pequeño de fotografías. En una de ellas está Jaime, su esposa Margarita y Gabo; allí parece que quien hablara fuera el escritor. En otra en cambio está Jaime, Gabriel García Márquez y Eligio, el menor de todos, este último periodista y escritor fallecido en el 2001; en esta fotografía Gabo está en silencio mientras que a los otros se les ve que hablan hasta por los codos.

Lo que ocurre es que para Jaime hablar es uno de los modos del ser y es una de las mayores herencias de la familia. Eso se palpa cuando en situaciones específicas los García Márquez sueltan lapidarias frases que quedan inscritas en la memoria de muchos. Un ejemplo de ello son las frases de los padres cuando Gabriel García Márquez recibió el Nobel. El periodista Juan Gossain entrevistó a su madre por radio y ella respondió: «Bueno, entonces que me arreglen el teléfono que ya lleva 3 meses descompuesto». Por su parte el padre contestó: «Siento lo que siente un niño cuando le dan un confite». Jaime en cambio, tratando de continuar con la usanza de este tipo de respuestas, le dijo años más tarde a la periodista Silvia Galvis: «Más que un hermano Nobel me hubiera gustado que fuera banquero». Lo hizo para referirse a las necesidades por las que pasa un ingeniero civil con la financiación de sus obras.

Eso le costó a Jaime. Un día estuvo junto con Gabo de visita en La Habana. Fidel Castro se enteró, así que los visitó y, en el momento de la presentación, el Comandante le imprecó a Jaime: «¿Tú eres Jaime? ¡Oye, a ningún hermano se le hace eso! ¡Cómo es que prefieres que hubiera sido banquero antes que ganarse el premio Nobel! ¡Tú estás en nada!». Tratando de arreglar las cosas, Jaime no encontró argumento para explicarle a Fidel Castro. Gabo entonces le dijo que no perdiera el tiempo ya que él mismo había intentado mil y una maneras para explicarle a Fidel el contexto y, sobre todo, el porqué de la expresión. «Pero no lo entenderá, el Comandante no lo entenderá, Jaime».

—Creo —dijo Jaime— que fue un reproche amoroso, pero a este hombre, que tiene la cabeza ocupada en cosas tan importantes, se le pudo ver que estaba a la caza del momento para reclamarme.

En la libreta Jaime ahora traza un mapa que intenta ser un árbol genealógico tan sinuoso como el de los Buendía. Dice que todos los García Márquez tienen una fuerte herencia verbal que en Gabo alcanza su cúspide.

«Creo que el carácter de Gabito y de todos los hermanos está cimentado en la fuerza monolítica y la cultura ancestral de mi madre, una mujer de La Guajira; y en la fuerza de la digresión de mi padre, quien era un conversador delicioso y daba mucha vuelta. Algunas frases que están en toda su obra vienen de la herencia de mi mamá. Por eso muchas veces, cuando hablamos, la gente cree que estamos parafraseando a Gabito, pero se trata de la fuerza de la sangre».

Por estos motivos nunca se cansa de advertir que cuando él habla lo que formula es su opinión y no la de Gabo, porque la gente tiende a creer que está hablando con el escritor, lo que confirma una de las máximas de Augusto Monterroso: solo el renombre de quien lo emite hace que ciertas ideas valgan algo.

Para la escritura de «Vivir para contarla», Gabriel García Márquez entrevistó a varios amigos poetas y escritores y de paso entrevistó a Jaime y a otros integrantes de la familia. Usó una grabadora y al escuchar la voz de su hermano quedó impresionado por el extremo parecido de la voz de Jaime con la de él. «Esto corrobora mi tesis sobre la mitificación. La gente se agarra de algunas tonalidades y escuchan la voz de Gabo en la mía. Siento que es un hallazgo forzado, sin embargo, a mi esa despersonalización no me hace ningún daño porque, como dije, me entregan ese amor que está de alguna manera destinado a mi hermano, el famoso».

Este hombre carraspea, se menea, aprieta los ojos, mueve demasiado las manos, solo para insistir: «A mi hermano Gabito hay que desmitificarlo y sin duda hay que mitificar a Margot». Hay algo de ardor en sus ojos porque Margot, la primera de las hermanas, es quien se echó la casa encima en muchos momentos cruciales.

«Creo que la gente no lo conoce bien, conocen su obra, pero lo han mitificado, eso es natural. Es un hombre que convierte un tema elevado o escabroso en un tema a la altura de la vida. No deja que a nadie se le suban los humos a la cabeza y tiene una ternura portentosa. Es un hombre valioso. Es un hombre que conoce profundamente el alma humana, sobre todo a las mujeres. El Gabo que yo conozco es de carne y hueso, pero eso no lo van a creer muchos. Es un hombre de inmensa generosidad, su genio está en el trabajo porfiado y disciplinado. Demora más chequeando los datos que escribiendo. En una conversación Gabo es muy plano y callado. Por eso repite que no es un intelectual sino un escritor. Contrasta con los demás hermanos porque somos una familia en la que nos peleamos por la palabra».

No obstante, Jaime ha agregado más mito al mito. Uno de esos casos le ocurrió a él mismo y lo citan varios de sus biógrafos. Tiempo después de la publicación de «El otoño del patriarca», un día cualquiera iba por una calle de Barranquilla en su pequeño campero, cuando de pronto emergió de una esquina, envuelto en una aureola mágica, Gabriel García Márquez. Nadie se imaginaba que estuviera en esa ciudad, por eso la sorpresa fue grande, pues no tenía ni idea de que iba a suceder ese encuentro. Jaime no ocultó su alegría y Gabo se subió al campero con una tranquilidad pasmosa diciéndole: «Yo sabía que justo en esta esquina iba a encontrarme contigo, de eso no tenía la menor duda, no sé por qué medios, pero yo ya lo sabía».

Muchas anécdotas se agregan a esta al extremo de endilgarle la fama de agorero. «Lo que pronostica Gabo se cumple, tiene boca de santo». Y agrega que le creyó cuando dijo hace muchos años que algún día iba a escribir un libro que se vendería más que El Quijote. Pero la mayoría de las veces «predice» cosas negativas y por ello los hermanos le temen cuando abre la boca.

Desde la fotografía, Eligio lo mira mientras Jaime relata otro suceso. Eligio y Gabo van en carro por una de las calles de Bogotá. Este se detiene en un semáforo. Eligio bajó los vidrios, y enseguida desde la calle una mujer se percató de que el Nobel iba allí y gritó: «¡Gabo, tú no existes!».

Ahora lo interrumpió una llamada. Habló por teléfono sobre el Alzheimer y sin ninguna complicación explicó las condiciones genéticas del intrincado azar que hace que aparezca este mal progresivo en el cerebro: «Prefiero que me dé a los 85 y no ahora». Enseguida se entiende que todos digan que cuando habla parece un científico. Uno de sus autores de cabecera es el colombiano Rodolfo Yínás.

Jaime, aunque no tiene una formación racional, ama las matemáticas. Por eso es que Gabo le dice que es el racionalista de la familia. Un día Jaime le ripostó: «¡Óyeme, que racionalidad ni qué carajo!, en el fondo todo es producto de esa cultura caribe que es pura emoción, lo único que vale la pena en el hombre es eso: la emoción».

Son proverbiales las reuniones que hace la familia. Una costumbre que tienen los hermanos García Márquez —hasta el presente— es reunirse a conversar atando los recuerdos de la familia hasta el amanecer. A este juego del recuerdo lo llaman «el rincón guapo». Numerosas son las claves de la obra de Gabriel García Már-

quez, pero una de las de mayor peso es el poder sugerente de la recordación. De esta confección participan Jaime y todos sus hermanos vivos. Por eso se entiende que el epígrafe de «Vivir para contarla» esté tan lleno de sugerencias: «La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla».

Gabo le ha dado a su hermano Jaime más de un tatequieto. En uno de esos rincones guapos Jaime hablaba mucho de la pobreza de la familia en el pasado hasta que su hermano, el famoso, le dijo que no era que hubieran sido pobres, sino que eran muchos. Que pobreza es cuando no hay cosas, pero que cuando son muchos las cosas no alcanzan. Contrario a lo que se piensa eso demuestra el carácter práctico del Nobel. «Este hombre es capaz de hallar diferencias muy sutiles en el nivel del lenguaje que muchos otros no encuentran. Mi mentalidad es demasiado lógica, la de Gabo es intuitiva y de enfoques insólitos».

Jaime recuerda que cuando tenía 7 años ya Gabo salía en los periódicos. En aquel tiempo eso solo lo hacían las personas importantes. Así que siempre tuvo la sombra de su hermano y la de su apellido. Cualquiera estaría vigilante de sus actitudes. En eso consiste el peso de uno de los apellidos más prestantes de Colombia y del mundo. Por ello cuando Jaime estuvo de alguna manera muy cerca del uso del erario siempre tuvo encima la constante de no bajarle un centímetro a la honorabilidad de esta familia.

Jaime recuerda tantos pasajes de ese laberinto de la obra de García Márquez y ha sentido que de una u otra manera están relacionados con experiencias suyas y de su familia. Eligio, que murió en el 2001 de un tumor cerebral, escribió una extensa investigación sobre los orígenes de «Cien años de soledad», que se tituló «Las claves de Melquíades». Muchos de esos orígenes fueron momentos telúricos de la familia. Jaime, por ejemplo, recuerda que a los 10 años vio muerto a Cayetano Gentile, el personaje de «Crónica de una muerte anunciada». Lo ve aún con la camisa llena de sangre y barro y se acuerda claramente que el día estaba lluvioso.

Por su parte, Eligio, considerado uno de los mejores escritores de su generación, encontró la solución al problema de la sombra que monopoliza el apellido. En una entrevista sobre su novela dijo: «Cuando García Márquez ha tomado a Cartagena como de él, escribir es mucho más complicado. Pero mi Cartagena es totalmente distinta a la de García Márquez. En mi novela estoy yo».

Jaime tiene 10 hijos, siete suyos y tres que ha ayudado a criar a uno de los hermanos. Por eso empieza a compararse con el coronel Aureliano Buendía, que le llamó a eso «la cruz de ceniza», o sea tener hijos con distintas mujeres.

Podría pensarse que esta familia es un gran sistema planetario unido a un sol llamado Gabriel García Márquez en la mitad. Pero Jaime asegura que el verdadero centro de ese sistema es el espíritu de la madre Luisa Santiago y su extensa herencia.

La familia dice que Jaime es un despilfarrador, pero esto lo niega diciendo que la mejor inversión es la educación. Con todo, sus secretarías en la Fundación Nuevo Periodismo, Anyelina y Everly, aseguran que es un hombre dadivoso, que dos veces por semana compra El Baloto, una lotería en Colombia por acumulados que supera los 30 mil millones de pesos y que en una lista tiene a todos los trabajadores de la Fundación.

«Gabo cuando discute conmigo lo hace como el mejor de los amigos. Se distingue por las dos o tres frases que desarman al que sea, en cualquier discusión nos derrota con gran facilidad».

En 1966 Gabo le pidió desde México que hiciera una investigación para «Cien años de soledad» sobre la escena de la matanza de los bananeros en la plaza. Cuando Jaime averiguó se sintió orgulloso y le mandó la frase que repitieron los obreros cuando el militar les ordenó que salieran de la plaza: «Le regalamos el minuto», Gabo respondió tiempo después diciendo no se sintiera mal, pero que no había descubierto nada del otro mundo y que esa era la frase más conocida de Latinoamérica.

Ese es el tipo de sana emulación que ha caracterizado a esta hermandad por décadas y que ahora madura cada día.

Pero Jaime dice con gozo que es un contradictor del Nobel, en un nivel menor, uno más cercano y familiar, que es acaso en donde se dan los dominios más importantes de la vida. «Le contradigo y eso le gusta, lo sé por su manera de mirarme cuando lo hago. Será porque todos le adulan, debe ser aburridísimo para él tener siempre la razón. Pero como hermano no tengo duda que produce una indescribible seguridad cuando está cerca».

Fue a finales de octubre de 2004, en Cartagena, durante una reunión de aportantes del plan Colombia y de más de cien ricos de toda América Latina. Vestido de blanco García Márquez camina del lobby hacia la puerta de vidrio del hotel Santa Teresa. A pocos metros hay un grupo de asistentes al encuentro de ricos, junto a ellos un grupo de botones curiosos. De repente, una gran Van blanca blindada se detiene en la entrada seguida de dos automóviles. Todos se quedan expectantes.

De los autos bajan varios guardaespaldas. Un silencio precedió al ruido de la puerta corrediza de la Van. Luego emergió de ella, vestido de blanco y con sus cabellos canosos movidos por la brisa de octubre, García Márquez, el famoso. Ahora están frente a frente y, ambos, vestidos de blanco.

—Oye, tú me vas a matar de un infarto. ¿Cómo no avisas que vas a venir a Colombia? —dice pasmado Jaime.

—Qué te vas a morir tú, con todas las barbaridades que has hecho en tu vida —contestó el Nobel.

Ambos siguieron caminando con pasos cortos y con la premura que los caracteriza hacia el interior del hotel y en medio de la efusiva discusión que han mantenido a lo largo de la vida, acaso hablando de los nombres habidos y por haber de todos los pájaros sin nombres, o de muertos inmemoriales que salen con tapones en el cuello, o de los espíritus en pena de los Buendía, o de remotos primos y tíos irremisiblemente olvidados en la historia de la familia. Los testigos, a lado y lado, asombrados y con los ojos redondos, empezaron a comentar sobre los dos personajes y sobre la casualidad de que estuvieran vestidos de blanco y sobre ese aire indefinible que impone la celebridad a quienes toca. Justo en ese momento, ambos García Márquez resolvieron, de una vez por todas y para siempre, el enigma más grande de la vida de García Márquez: el del don de la ubicuidad.



UNIMETA

→ *Fundada en 1985* ←

ISBN: 978-958-8004-59-4



9 789588 004594